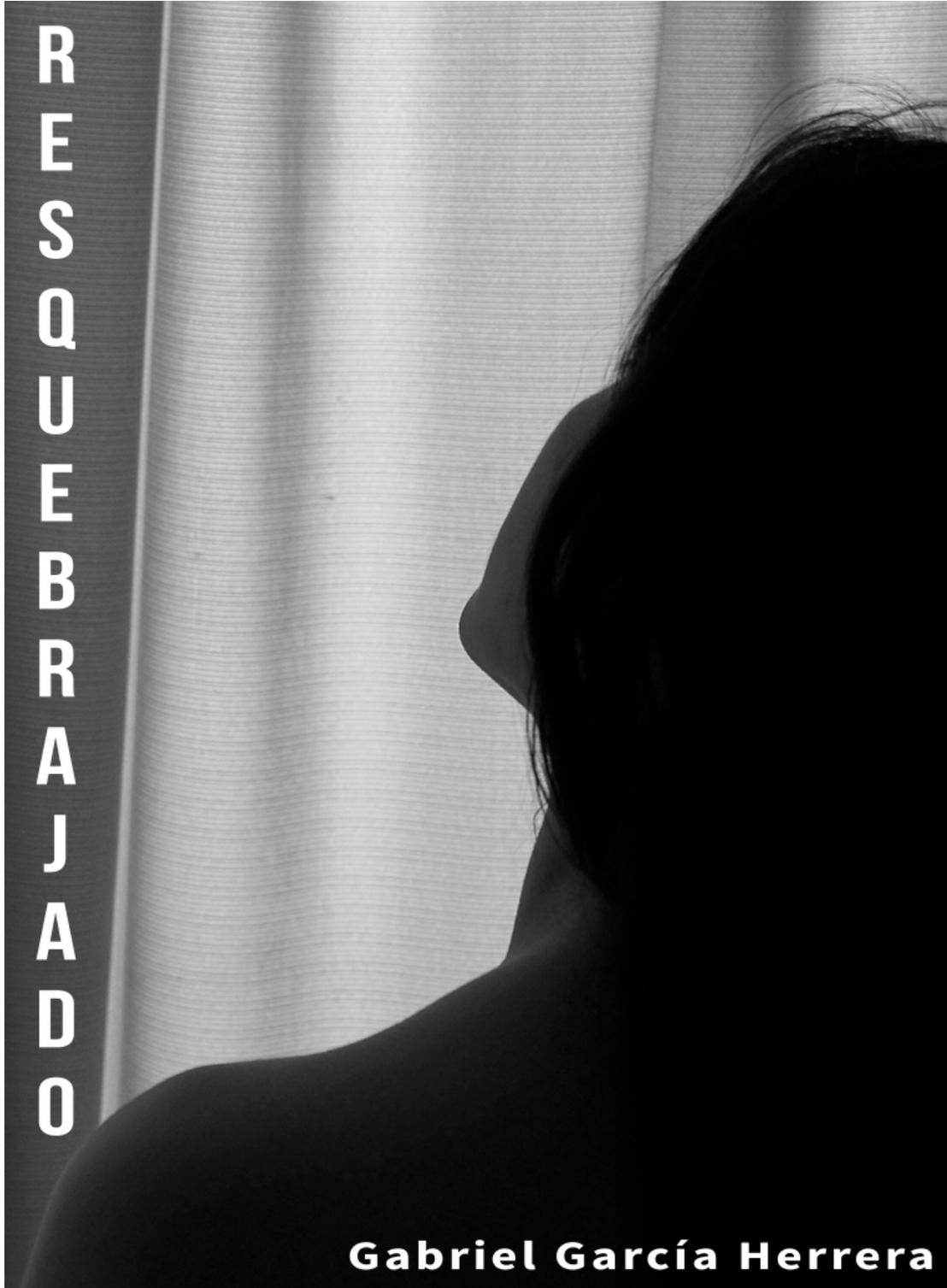


Resquebrajado

Gabriel Jesús García Herrera



Capítulo 1

Debía estar en Miraflores a esa hora. Si iba por Benavides y bajaba en Larco quizá llegaría a tiempo. Qué flojera salir después de trabajar, caracho. Marcos cogió su billetera y la colocó en el bolsillo trasero de los pantalones. Se observó en el espejo: tenía el cabello bien peinado, parejo al frente y las patillas largas. Mucha greña, le diría ella; visitaría al peluquero en su día libre. Se vio en el reflejo por unos minutos más y decidió que el bulto de la billetera no se vería tanto dentro de su chaqueta.

Salió de la habitación, se arregló las ropas mientras cruzaba el pasadizo y encontró a sus padres frente al televisor. Iba a salir, papá; regresaría temprano, antes de las once. El hombre giró el rostro, observó a su hijo por un momento y soltó un gruñido. Con esa mujercita de mierda, seguro, ¿no?; cómo le gustaba tirar la plata, carajo. Marcos permaneció callado y caminó hacia la puerta. La abrió cuidadosamente y cruzó el umbral, despacio, casi en puntillas. Pensó si debía decirles lo que ella le había propuesto. Pensó si podía formular la misma pregunta que ella le había hecho, antes de cerrar la puerta. Levantó una mano y la vio temblar. Viró el cuerpo, tragó saliva y decidió que aún no era el momento. Ya había acostado a los niños, mamá; que no cerrasen con pestillo, por favor.

Caminó con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Observó las líneas de la acera y evitó pisarlas, pero de pronto las calles se quedaron sin pavimento. Ese no era el camino, ¿no, Julia?; la combi pasaba por la dirección contraria. Las luces eran cada vez más delgadas y distantes, las casas se empequeñecían con cada cuadra y las personas desaparecían de los callejones. Vigiló las sombras que lo perseguían en las paredes. Esperaba que una de ellas lo detuviese y lo obligase a dar la vuelta. Quizá no le alcanzaría el tiempo, Julia; quizá debía volver, tomar la combi y reunirse con ella; quizá debía decirle que no tenía el valor de enfrentar a sus padres. De pronto, un perro asomó la cabeza por entre la oscuridad. Era negro en el lomo, café por las patas y el hocico. Observó caminar a Marcos por unos segundos y siguió su paso a una distancia. Sus pisadas eran firmes y espaciadas, como si cazase a una presa. Marcos se detuvo y esperó a que este llegase a su lado. Que no jodiese; qué irónico, caracho.

El perro hociqueó su mano y olió sus zapatos. Movía la cola sin cesar, como si lo conociese desde siempre. Se puso en cuclillas y estiró el brazo para acariciar el lomo del can, pero el animal dio media vuelta y se alejó de él. Desapareció entre la basura y la tierra del descampado sin siquiera voltear. Marcos formó un puño y se imaginó a sí mismo en cuatro patas, con un hocico y una cola. Recorría ese mismo lugar, buscaba comida entre la inmundicia y dormía al lado de un poste orinado. Se incorporó, respiró hondo, sacudió sus manos y pantalones, y volvió al camino. Perro de mierda.

Entre un par viviendas de adobe, Marcos encontró la casa azul que le habían indicado. Distinguió una luz entre la opacidad y se acercó a ella. Sus nudillos golpearon la puerta de vidrio tres veces. Acarició las curvas sobresalientes del cristal mientras esperaba que alguien le abriese; sin embargo, notó que temblaban con cada roce. Había empezado a sospechar de su propia sombra en el suelo y escuchaba una sirena que nadie más oía. Llegaría tarde y se jodería, carajo; y joderse con ella era como joderse con Dios. Su palma golpeó el vidrio más fuerte y oyó el eco de unas pisadas.

—¿Quién hace tanta bulla? —una sombra creció detrás de los cristales con cada palabra. Marcos, se alejó y mojó sus labios—. ¡Respondan, carajo!
—Marcos titubeó por un segundo y pensó en salir corriendo, pero permaneció quieto y en silencio—. ¡Respondan!

—Señor —dijo Marcos, mientras su voz disminuía con las sílabas y el ruido de las llaves—, estoy buscando a... Busco al Perro —las manos le empezaron a sudar. Refregó sus palmas contra la ropa y aclaró la garganta—. Busco al Perro, señor.

La puerta rechinó al abrirse. Un hombre pequeño y empapado de sudor apareció frente a él. Vestía una camisa blanca y manchada, pantalones parchados y zapatos desgastados. Él era el Perro; ¿qué mierda quería? Marcos bajó la mirada. Se concentró en las piedritas del suelo y pensó en cada palabra que vocalizaría. Venía a comprarle un par de bolsitas, señor. El Perro cruzó los brazos, examinó cómo vestía y se tocó el mentón. ¿Y quién carajos era?; ¿cómo sabía que él vivía ahí? Notó que los dedos de Marcos temblaban contra sus pantalones y sonrió. Que pasase, que pasase, carajo; que hacía un frío de mierda y no quería resfriarse antes de las fiestas patrias.

La tierra al interior era dura y desnivelada. Las paredes de adobe y quincha estaban cubiertas de una pintura blanca que manchaba al tacto. El Perro caminaba despacio, como si las extremidades le pesaran, y Marcos pensó que la caminata no acabaría. Un foco amarillento iluminaba una pequeña sala al final del umbral. Una mesa alta y cuadrada yacía debajo de la luz. Tres sillas de diferentes colores y un banquito de plástico eran los únicos muebles de la casa. Junto a una cortina negra, se alzaba

un repostero viejo con cortes en los cajones. Marcos advirtió que detrás de la tela había un televisor y que otra sombra se movía entre la oscuridad.

—¡A la mierda! Hace un hielo en esta época que se me congelan hasta los huevos ^¾el Perro se sentó frente a la mesa. Su barriga se derramaba por fuera de la correa desgastada y la camisa se mermaba tanto que los botones parecían asfixiarse.

—El frío de Lima es cada vez más crudo —dijo Marcos, con las manos dentro de los bolsillos y la voz baja.

—Sí, sí, sí —la mano del Perro se convirtió en una garra al rascarse alrededor del ombligo—. Esta ciudad se vuelve más fría y peligrosa por las noches, conchesumare ^¾miró hacia el foco y luego hacia Marcos—. Y para combatir este friecito, uno siempre busca algo que le caliente el cuerpo, ¿no?

La cortina se abrió de par en par. Una mujer de cabello ondulado y negro caminó hacia el Perro. Estaba descalza y sus dedos dibujaban una línea sobre la pared. Vestía un camisón blanco y translúcido que dejaba al descubierto sus brazos y piernas. Tenía la piel bronceada, los labios pequeños y los ojos tan verdes como las hojas de un roble. Marcos advirtió que sus gestos eran delicados y que las arrugas acechaban su frente.

—Bueno, ¿qué me vas a comprar? ¿Una bolsita blanca o una verde? —el Perro acercó a la mujer al tomarla por la cintura—. Te aviso que también me han llegado unos caramelitos nuevos, por si quieres probar. Dicen que son bien buenos si quieres experimentar otras cosas. Creo que los probaré más tardecito con mi Raquel —su mano subía y bajaba por la curva de la mujer, mientras ella observaba a Marcos de pies a cabeza—. Habla pues, carajo, que ya tengo un sueño de la conchesu...

—Sólo quiero dos bolsitas blancas —interrumpió Marcos—. ¿Cuánto sería?

—Este se va a lo serio, ¿no, Raquelcita? —el Perro sonrió y su mano desapareció detrás de la mujer—. Te dejo las dos a cinco manguitos verdes —Marcos notó que un hilo de saliva cayó por lo labios del hombre—. Nada de plata chola. Sólo quiero puros billetitos gringos.

—¿Cinco dólares por sólo dos bolsitas? —no se dejaría cojudear, Julia; tenía la plata, pero no se dejaría cojudear—. No pienso pagarle tanto por tan poco.

—Así es como lo vendo yo, pero, por ser nuevo aquí, te voy a hacer una rebajita —el Perro pellizcó a Raquel en la nalga. la mujer se dio media vuelta y abrió uno de los cajones del repostero. Sacó una bolsa negra y la

puso sobre la mesa—. Dos por tres lucas gringas. No te rebajaré más.

—Aún es muy caro —no lo iba a huevear, Julia; no se dejaría huevear.

—Si no quiere comprar, que se vaya mejor, papi —Raquel observó a Marcos de arriba hacia abajo una vez más y sonrió—. Ya quiero ir a la cama.

—¿Crees que la gente quiere invertir en este país de mierda? —el Perro levantó la voz y golpeó la mesa—. ¿Crees que alguien quiere hacer negocios en un lugar donde un chino conchasumadre se pasa el Congreso por las bolas y nadie dice nada? —dos bolsas blancas surgieron entre sus dedos y cayeron sobre la mesa—. Lo tomas o te vas a la misma mierda.

Marcos buscó la billetera dentro de su chaqueta. Sólo tenía dos billetes en soles, documentos, tarjetas de presentación y un pequeño puñado de billetes verdes. Buscó tres del mínimo valor y los puso sobre la mesa. Luego tomó ambos paquetes blancos y los guardó en uno de sus bolsillos. Los dólares desaparecieron de la mesa y buscaron refugio en las manos de Raquel. El Perro se puso de pie, mientras la mujer contaba el dinero una y otra vez. Marcos caminó detrás de él por el pasadizo. Volvió a sentir que la caminata era eterna, y evitaba pensar en lo que ese hombre podría venderle si se lo preguntaba. Escuchó un sonido suave, parecido a un silbido. Giró medio cuerpo y notó que Raquel le estaba mandando besos volados mientras agitaba los billetes como si fuesen un abanico. El chirrido de la puerta lo obligó a concentrarse en el Perro.

—Supongo que eres bien mosca y no te lo debería decir, pero, para que no quede duda sobre el tema: si abres la puta boca sobre mí o mi negocio, yo mismo te sacaré las tripas y se las daré como picadillo para las ratas —Marcos permaneció en silencio. El Perro se hizo a un lado y dejó que saliese—. Espero que regreses pronto por más dulces. Estaré esperando tus billetes, chibolo.

La puerta se cerró de golpe y los vidrios temblaron. Marcos buscó una de las bolsitas en sus pantalones y la observó por un momento. Perro de mierda. Se quitó uno de los zapatos y guardó el paquete dentro del cuero. Lo empujó con los dedos y observó lo que había a su alrededor. ¿Dónde, Marcos?; ¿dónde, carajo? Advirtió que en la esquina había un terreno vacío, con poca luz. Ahí mismo; rapidito, que ya no tenía tiempo. Dejó el calzado en el suelo, introdujo el pie e intentó acostumbrarse al bulto mientras caminaba entre las bolsas y la tierra. Las sombras entre las paredes parecían vigilarlo. Una vez más, la billetera emergió desde la chaqueta. Sus dedos indagaron entre los pliegues y se aferraron a la tarjeta más gruesa. Esa, esa, la del doctor del Seguro. Encontró el otro paquete dentro de sus pantalones y lo abrió con dificultad. ¡Rápido, carajo!; ¡irápido! Observó el contenido y sonrió. ¿Ahora dónde?; ¿dónde podría...? Sus ojos examinaron el lugar. Buscó una superficie limpia, pero

el polvo lo cubría todo. ¡Eso, carajo!; un billete. Juntó un par de adobes y dejó caer un poco del contenido de la bolsa sobre el rostro de Raúl Porras Barrenechea. La tarjeta peleó contra el polvo blanco y barrió la cara del historiador. Respiró hondo más de cuatro veces. Sintió que su cuerpo se calentó de golpe y pensó que lo observaban. Guardó la tarjeta en su pantalón y la cocaína manchó la costura.

Tarde, tarde; ya era muy tarde y ella se molestaría, como siempre.

Una bolsita completa; mucho por hoy, demasiado.

¿Había guardado el billete de veinte mangos?; porque era de veinte, ¿o no?

Le ardía la nariz, carajo; ¿por dónde era que pasaba la combi?; que avanzase, que avanzase, carajo; que algo le estaba jodiendo dentro del zapato y si llegaba tarde, ¡ay, carajo!, se jodía con ella.

Tenía que cambiar la plata del mes en dólares; no, no, no, verdad que ya no; ya habían cambiado el nombre de la plata y los dólares eran sólo de los pitucos.

Tres años desde aquella primera vez; que caminase, que ya faltaba poco para llegar; ¿esa luz era de la combi?; debía serlo porque ya le dolían los pies de tanto andar por las piedras con los zapatos sucios; y ella notaría los zapatos sucios.

El camino no era tan oscuro antes, ¿no?; era ese el camino y algo le molestaba en el bolsillo, ¿no?; ¡ah, una tarjeta!

¿De quién era la tarjeta del Seguro?; ¿era de él o del doctor?; ¿o era del Perro?

Enano ratero; le había robado porque se creía pendejo; como si no conociese la cosa; y carajo, le ardía la nariz como mierda.

¡Rápido, carajo, rápido!; que ya llegaba la hora de la cena y esperaba que le alcanzase la plata para todo lo que le quedaba del mes; ¿pero a dónde tenía que ir?

Larco; claro, claro, con Julia; ¿a las ocho o a las nueve?

Los dedos de Mariana construían un compás en las gradas del patio. Observó a las mujeres que caminaban bajo el sol, los arcos de fútbol en la esquina y, finalmente, el azul del cielo. Sonrió y dejó escapar un suspiro. Cómo le encantaba el final del invierno. Le recordaba a las tardes que pasaba en casa, con su familia. Giró el rostro y notó que su compañera estaba cabizbaja. Vio que Camila llevaba un collar y que había estado quieta por mucho tiempo. Quiso decirle que el lugar no era tan malo como creía y que para ella sería más fácil vivir ahí por un tiempo, pero prefirió quedarse callada. De pronto, Camila frotó las manos contra su ropa y movió los labios.

—¿Él nunca la llamó? —frunció el ceño—. ¿Nunca vino a buscarla?

—No, nunca lo hizo —Mariana dibujó una sonrisa falsa—. Y no sé si debería odiarlo por ni siquiera haberme buscado. Todavía tengo la pequeña esperanza de que fue engañado y que algún día vendrá. La tengo aquí —el índice de Mariana apuntó hacia su sien—, como si él mismo me lo hubiera prometido esa última vez que nos vimos.

—Esperanza... —dijo Camila, lentamente, como si le doliesen las palabras—. Es lo último que tendría al estar en este lugar.

Mariana observó sus uñas desgastadas. No dejaban que tuviese una lima en aquel lugar y no se había cuidado las manos desde la última vez que estuvo en Tacna.

—Estoy segura que vendrá, hijito —Mariana cargó al niño y lo acercó a su pecho. Quería que viajase con ella, pero sabía que no era el lugar adecuado para él—. No para Navidad, pero sé que tu abuelo vendrá para conocerte uno de estos días.

—¿Y cuándo vas a regresar a la casa, mami? —el niño observó a su padre, en la puerta, con un par de maletas al lado—. ¿En la noche?

—Date prisa, Mariana —dijo Renato, mientras tomaba la maleta más pesada—. El taxi no te va a esperar más.

—Miguelito, quédate aquí —Mariana dejó al niño en el suelo y acarició su cabello—. Quiero que obedezcas a tu papá en todo lo que te diga, ¿sí? —el niño asintió con la cabeza y Mariana besó su frente—. Regresaré antes de Navidad y ese día iremos a jugar toda la tarde en el parque —la mujer advirtió que los ojos de su hijo brillaban y que sus labios empezaron a

temblar—. Chau, amor. Cuídate mucho, por favor, y come toda tu comida.

—¡No salgas de la casa y no cierres la puerta, hijo! —gritó Renato, mientras colocaba las maletas dentro del auto—. No tengo la llave.

Apoyado sobre el auto, Renato esperó a que su esposa llegase. A un niño no había que darle tantas vueltas porque luego se ponían llorones; ya sabía, Mariana. La mujer observó su reflejo en la ventana y sonrió. Lo sabía, amor, pero le daba mucha pena dejarlo; aún era muy niño. Rodeó el brazo de Renato con el suyo y acercó su rostro. Que le diese un beso, que no se verían hasta la otra semana. Renato tocó la nariz de su esposa con la suya, mientras su mano escalaba por la mejilla. Le daba vergüenza hacer esas cosas en público; ya sabía. El sonido del claxon y el lloriqueo desde la puerta de la casa apresuró el beso. Mariana colocó su mano sobre la de Renato y la apartó lentamente de su rostro. Ya se iba, ya se iba, caracho; que Miguelito comiese toda su comida, por favor, porque ella no tendría ningún hijo melindroso. Renato cerró la puerta del auto y regresó al lado de su hijo. Mariana se despidió con la mano y besos volados. Ambos la imitaron, pero Miguelito aún lloraba abrazado de la pierna de su padre. Luego de tres intentos, el taxista encendió el auto. Qué calor hacía; el sol quemaba tan fuerte que no daba ganas ni de salir a manejar. Mariana observó al hombre por el retrovisor. Era Tacna; el calor era pesado y molesto en diciembre y ahora se sofocaría diecinueve horas seguidas hasta llegar a Lima.

—¿Viaja por las fiestas, señora? —preguntó el taxista, al refrescarse con manotazos al aire mientras jadeaba—. ¿A reunirse con la familia?

—Por fiestas, no —respondió Mariana, mientras se acomodaba la cabellera negra y se secaba la gota que caía por su frente—. Hace mucho que no paso ni una Navidad, Semana Santa o cualquier fiesta fuera de Tacna. Podría decirse que viajo por problemas de familia, o algo así.

—¿Familia? —dijo Camila, al inclinar la cabeza—. ¿Tiene familia aquí en Lima?

—Familia... Es un decir —Mariana sintió picazón en la quijada y luego en la frente. Su palma cubrió las palabras—. Una ilusión... Al menos, lo ha sido estos tres años de mierda.

—Tres años... Llevo aquí un solo día y ya me parece una eternidad —Camila volteó la cabeza y se preguntó, sin desearlo, por qué había escogido que la encerrasen.

Las mujeres en el patio caminaban de un lado para otro, solas, como si buscaran una salida entre los ladrillos y el concreto. Camila percibió que estaba siendo observada y buscó la curiosidad entre las caras. Las telas

blancas merodeaban como espectros entre las gradas y detrás de los vidrios del comedor. Encontró que una de las enfermeras la observaba y que sonreía de vez en cuando. Pensó que quizás aquella mujer no era quien aparentaba ser y empezó a temblar. Posó sus palmas sobre las rodillas e inclinó el cuerpo, pero la voz de Mariana la obligó a que volviese a la conversación.

—¿Tienes familia, aquí? —Mariana clavó la vista en las manos de Camila.

—Familia... De sangre, que yo sepa, no —dijo Camila, al parpadear rápidamente.

—Pero tienes a alguien que vendrá a verte uno de estos días —tragó saliva y aclaró la garganta—. No sabes lo que daría por que alguien me visite. Si no me pueden sacar de aquí, al menos, eso, que me visiten.

—No sé qué decirle —Camila observó una vez más a las mujeres y pensó que quizás ese no sería su destino.

—No tienes que decir nada. No creo que se pueda decir algo sobre esto —Mariana bajó el rostro y apretó los dientes. Cómo odiaba que sintiesen pena por ella—. Sólo espero que nunca te pase lo que me está pasando a mí. Quedarse sola es vivir rodeada de fantasmas; es sentirse muerta por dentro. Lo único que siempre quedan son los recuerdos, pero duelen más que la propia soledad, y se van poco a poco. Agonizan contigo.

Se golpeó el muslo con los nudillos y observó una vez más los dos arcos de fútbol. Quizá ella le ayudaría; quizá no había llegado a ese lugar por coincidencia. Levantó el rostro y notó que su compañera observaba su palma izquierda, mientras escondía su collar con la derecha. Quizá sólo se creaba ilusiones; quizá ella necesitaba permanecer en ese lugar.

—¿Cómo soporta estar aquí? —dijo Camila, al cubrir su pecho con ambas manos—. ¿Cómo soporta vivir encerrada, sin tener a nadie cerca, a nadie a quien pueda querer?

—No vas a quedarte por mucho tiempo —dijo Mariana, sin titubear—. Eres diferente al resto de nosotras. No viniste por la fuerza. Saldrás pronto de este lugar.

—¿Por qué dice eso? —el taxista la observó nuevamente por el retrovisor. Mariana cruzó los brazos y lo miró fijamente—. Viajar para visitar a la familia es lo más bonito de estas épocas. La Navidad nos une.

—Bueno —Mariana volteó el rostro y observó las calles que cruzaban—, yo viajo a Lima por el velorio de mi hermana.

Espinoza inclinó la cabeza, observó a la joven que le gritaba a su comandante y se le escapó una risa. La secretaria de la comisaría lo observó por un momento pero permaneció callada. Casi la había cagado, Anita; no se había podido aguantar. Sus manos formaban un puño detrás de la espalda y sus piernas se adormecían lentamente. Quería salir a caminar, Anita; a tomar una Inca Kola en la esquina, fumar un puchito a escondidas y regresar para sacarle brillo a sus zapatos. Su pulgar tanteó la superficie de uno de los bolsillos posteriores y supo que el trapito no estaba perdido. El brillo, Anita; siempre debían quedar relucientes como un espejo o dejaría de ser un policía. Los gritos de la oficina del comandante Salazar cesaron y la mujer apareció por el umbral, con la frente en alto, la mirada hosca y el paso apresurado. Los uniformados la siguieron con los ojos; sin embargo, ella caminó hacia la salida sin notarlos.

—¿De qué estaban hablando en esa oficina, Ramírez? —preguntó Espinoza, aún en posición de descanso—. ¿Por qué estaban gritando?

—Creo que la chica estaba hablando de un terruco —infirió Ramírez, al acercarse a su compañero—. Parece que el comandante no le ha creído y se han puesto a pelear.

—¿Un terruco? —Espinoza observó a la secretaria, luego a la puerta del comisario y se quitó el quepí—. ¿De eso estaban hablando? —Ramírez asintió con la cabeza—. Necesito que me cubras sólo por un rato, por favor. Tengo que hablar con esa chica.

—No jodas, Espinoza —dijo Ramírez, desconfiado—. La otra vez me dijiste lo mismo y no regresaste hasta la noche.

—No, no, esta vez sólo voy a hablar con la chica y regreso. Te lo juro.

—Carajo, está bien —dijo Ramírez—. Te cubriré por un rato, pero sólo si me traes unos cigarros cuando regreses. Nada de esas porquerías baratas. De los buenos.

Espinoza agradeció a su compañero y asintió a cada palabra que le decía. Salió de la comisaria sin apuro, observó hacia ambos lados de la calle y

distinguió que la mujer llegaba a una esquina. Esperó a que doblase hacia la avenida, se colocó la gorra de plato y caminó rápidamente en su dirección. Al llegar, se detuvo en la pared y pensó en contar hasta diez antes de seguir, pero la mujer apareció frente a él.

—¿Por qué me estás siguiendo? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

—La escuché hablar con el comandante —respondió Espinoza, sorprendido—. Vine a ayudarla en lo que pueda.

—¿Viniste para ayudarme o para llevarme a la comisaría? —la mujer colocó las manos sobre la cintura. Tenía los ojos grandes y el cabello castaño y largo—. Porque dudo mucho que el comisario ese te haya mandado a ayudarme —los brazos descubiertos, la blusa negra, una falda larga y guinda con dibujos de flores de color oscuro, y zapatos negros de tacón pequeño—. Además, persiguiéndome, y a escondidas, pareces uno de ellos.

—Vengo a ayudarla en lo que pueda —dijo Espinoza, férreamente, al observar el collar de la joven—. Escuché que hablaba con el comisario sobre un terrorista. Quiero saber si es verdad, señorita. Quiero saber si en realidad sabe algo.

—Primero, dime por qué quieres ayudarme, por qué estás tan interesado en los terrucos, mientras a tu superior le parece que quiero incriminar a alguien —la joven apoyó su peso sobre una pierna y movió la cabeza ligeramente hacia la izquierda.

Antes que todo, él era el suboficial de primera Juan Espinoza Bermúdez. La mujer sonrió. Bien, ella se llamaba Julia Venero; y que ahora le dijese por qué ayudaría a alguien que le había gritado al gordo bigotón de su superior. Espinoza movió su identificación de un lado a otro, se quitó nuevamente el quepí y se acomodó el cabello. Al carajo, le contaría todo; empezaría por mayo; no, mejor por Ayacucho, que ahí había empezado todo; o, de repente, el día en que había decidido ser policía; la puta madre, ¿qué mierda había pasado con su vida?

—Entonces —dijo Julia, secamente, mientras sus brazos formaban un lazo sobre su pecho—, ¿me dirás por qué me quieres ayudar o dejo de perder mi tiempo con un chupamedia de su superior? —Espinoza sonrió, bajó la cabeza y miró el piso.

—Está bien, le contaré —levantó el rostro, serio—. Pero no puedo hacerlo si usted no lo hace primero —los labios de Julia se movieron, pero Espinoza logró ganar la palabra—. Espere, espere... —las manos de la joven regresaron a la cintura—. De verdad la quiero ayudar, pero el motivo es muy personal y no pienso contárselo a una persona que acabo

de conocer y sin ninguna razón en concreto.

—No me convences para nada —Julia respiró hondo y observó el cielo rojizo—, pero acepto. Te diré cuál es mi problema: tengo a un terruco pisándome los talones.

—¿Está segura que de verdad la está siguiendo un terrorista? —que dijese toda la verdad, Anita, que no le estuviese hueveando porque se lo estaba tomando en serio—. ¿Y si sólo es uno de esos acosadores de mujeres? —la verdad, Anita, porque “terruco” era una palabra usual en esos meses por la comisaría—. Lo arrestaré si me dice su nombre y en la comisaría le enseñaremos a respetar las mujeres.

—Eso es bonito, ¿no? Todos los hombres se creen machazos y que deben salvarnos de su propia lujuria. ¿Acaso cree que estoy bromeando con esto? —una ceja hacia arriba y la cabeza hacia adelante—. ¿Acaso cree que si fuese un estúpido acosador no lo hubiese agarrado a cachetadas yo misma el primer día? —los labios de Julia temblaban cada vez que respiraba—. El propio terruco lo ha dicho: va a matarme. Todos los viernes se pasea por mi cuadra, mira hacia mi ventana por horas, como si estuviera buscando la forma de entrar, y luego se va.

—¿Qué? —Espinoza, enfadado, se frotó la nariz aguileña—. ¿El terruco se lo dijo?

—Sí, me lo dijo, antes de dispararme en la cabeza —dijo Julia, al suspirar—. Si hubiera estado cerca de ese infeliz, ¿no crees que ya me habría matado? —su tono de voz cayó junto a sus hombros—. Un viernes lo seguí hasta una casona abandonada en Barranco. Se reunió ahí con otros dos. Esas lacras se reproducen como cucarachas —notó que las nubes desaparecían y que el policía la escuchaba atentamente—. Les habló sobre lo que pasó el dieciséis de julio. Ese terruco asqueroso lo hizo. Lo vi correr del lugar como el malnacido que es. Él hizo explotar los coches bomba. Estoy muy segura.

Espinoza la observó por un momento, sacó un cigarro y lo colocó entre sus labios. Buscó entre sus ropas, sacó un encendedor, dejó que la llama quemase el borde del papel y expulsó el humo hacia un lado. ¿Quería un puchito, señorita Venero? Julia levantó una ceja y sonrió. No, no fumaba; no le gustaba gastar su plata en tonterías. Espinoza golpeó el cigarro con un dedo y la ceniza cayó al costado de sus zapatos. Que le explicase por qué no había declarado absolutamente nada el mismo día del atentado, por favor. La mujer rió a carcajadas. ¿Era en serio?; ¿acaso sabía por qué su comandante no le había hecho caso? Espinoza devolvió el cigarro a los labios y dejó escapar una bocanada. ¿Qué quería decir, señorita? Julia se acercó al policía y lo observó directamente a los ojos. Era una mujer; todos ellos, los policías, siempre creían que mentían para incriminar

hombres por ser unas despechadas.

—¿Tiene alguna prueba concreta de lo que está diciendo? —preguntó Espinoza, al notar que el día se oscurecía sobre las casas.

—Puedo llevarte a la casona que te dije —dijo Julia, al alejarse un poco—. Los escuché decir que se encontrarían hoy, más o menos a la misma hora que la última vez. Se lo dije a tu comandante, pero ni por eso me creyó.

—¿Y me lo dice recién? —gritó Espinoza—. Llamaré refuerzos e iremos ahorita a ese lugar. Nos llevará hasta el lugar y se quedará a una distancia.

—No, no harás nada de eso —Julia lo tomó del brazo que sostenía la gorra—. Si van más policías, los terrucos se van a dar cuenta. Sólo iremos tú yo. Nadie más.

—¿Está loca? —Espinoza se soltó—. Tengo que ir con refuerzos. Si voy solo, me matarán a balazos, y a usted también.

—No te preocupes —Julia levantó su falda hasta la rodilla y dejó al descubierto una correa pequeña atada a su pierna—. Yo te cubriré la espalda.

—¿De dónde ha sacado esa arma? —Espinoza dio un paso atrás, acarició la cache de su pistola y dudó en apuntar.

—Me quieren matar. ¿Acaso importa de dónde la he sacado? —Julia cubrió su pecho, instintivamente, con una mano. La superficie dispareja de su collar calmaba sus dedos y su respiración—. Necesito protegerme y esto lo hará.

—Cuando necesite ayuda y, especialmente, cuando se trate de terrucos, debe llamar a la policía —estiró el brazo y colocó la gorra como una canasta—. Deme el arma. No la acompañaré si no lo hace.

—Me estás jodiendo, ¿no? —dijo Julia. Espinoza movió la cabeza hacia ambos lados, mientras los dedos del cigarro aún tocaban su arma—. Está bien. Te la daré pero, con una condición: nadie más vendrá con nosotros —desabrochó la correa con cuidado, cogió el arma con dos dedos y dejó que cayese dentro de la gorra—. Si no puedo ayudarte con los terrucos y algo nos pasa, todo será tu culpa.

Espinoza colocó el cigarrillo en su boca y buscó el número de serie de la pistola; sin embargo, sólo encontró un borrón metálico. Quitó el cargador mientras Julia caminaba de un lado a otro y lo guardó en un bolsillo. ¿Iría con ella o se quedaría admirando el arma que le había quitado hasta que se esfumasen los terrucos? El policía se colocó el quepí, situó el cigarro

entre sus dedos y expulsó una nueva bocanada de humo. Muy bien, la acompañaría hasta el lugar y verificaría lo que le estaba diciendo; pero necesitaría que le obedeciese en todo lo que le dijera. Julia asintió, de mala gana, y ambos iniciaron la caminata.

—Ahora que me quitaste el arma y te dije lo que ocurría, tienes que cumplir con lo que prometiste —cruzó los brazos y miró al hombre—. Dime por qué me quieres ayudar.

Espinoza observó el horizonte. Ya no había estrellas en Lima, Anita; aún era invierno y la ciudad era débil.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —dijo el policía. Julia permaneció callada—. Por Ayacucho. Creo que debería empezar por ahí.

—¿Ayacucho? —preguntó Mora, con sorpresa—. ¿Nos mandará para allá, mi capitán?

—Ayacucho —respondió el capitán Carbonell—. Ustedes tres han sido escogidos para investigar unos asesinatos en Sancos —los oficiales se miraron entre ellos—. Se quedarán en el lugar por una semana. Quiero entrevistas, pistas, reportes completos, bien escritos y los nombres de los culpables, como mínimo. Son apoyo de la policía local, no los enviados del Señor, así que compórtense como verdaderos oficiales, o se la tendrán que ver conmigo. Espinoza, serás el encargado del grupo —asintió con la cabeza al observar a su superior—. El veinte de abril los quiero ver aquí, a los tres. Vivitos, coleando y jodiendo; y, de ser posible, con los responsables bien esposados. ¿Alguna pregunta?

Espinoza levantó el brazo. Tenía el rostro inmutable, las piernas muy juntas y la otra mano adherida al muslo. El capitán Carbonell se volvió hacia él. Que hablase, suboficial.

—No quiero que suene mal lo que voy a decir —dijo Espinoza, muy tímido—, pero ¿quién pagará los gastos?

—No se preocupe, Espinoza —el capitán sonrió—. La institución se encargará de solventar todos sus gastos básicos: estadía, comida y los viajes. ¿Alguna otra pregunta? —los tres oficiales permanecían inmóviles, como si estuviesen clavados en el suelo de la comisaría de Chorrillos—. ¿Nadie más? Muy bien, rompan filas —los oficiales realizaron el saludo, retumbaron las manos contra sus piernas y se dirigieron hacia la puerta—. ¡Mañana a las cinco de la mañana, antes que cante el primer gallo! —gritó el capitán mientras les daba la espalda—. ¡Si no están puntuales, pagarán sus propios gastos!

¿Y qué le iba a decir a su esposa? Mora caminaba por la comisaría, cabizbajo. ¿La iba a dejar con nueve meses de embarazo para ir a

Ayacucho? Suárez, el tercero de ellos, miró a Mora. Que dejase a su esposa con los suegros o una hermana. Mora se volvió hacia Suárez y lo miró a los ojos. ¿Estaba bien huevón, Popeye?; no dejaría que su esposa tuviese a su primer hijo mientras él estaba en el culo del mundo. Espinoza dio un paso hacia adelante y se interpuso entre ambos. Que se calmase; que Suárez tenía toda la razón: o se iba con ellos a Ayacucho o se ganaba un castigo por desacato y, peor, lo mandaban a la mierda del mundo. Mora murmuró por un par de segundos y luego se despidió de ambos. Salió de la comisaría a zancadas y al caminar golpeaba sus piernas con manotazos.

—Debiste quedarte con el pico cerrado —Espinoza apoyó su espalda contra la pared y la gorra se inclinó hacia adelante—. Sabes cómo es Mora.

—Él sabe que en la Policía se acatan las órdenes de los superiores —dijo Suárez, sin quitar la mirada de la salida—. Si no quiere obedecer, ¿para qué mierda entró a servir?
Hablas así porque no estás casado —Espinoza observó el anillo en su dedo—. No sabes lo que es querer tener un hijo.

—¿Y tú sí lo sabes? —Julia se frotó los y pensó que el aire limeño era más agresivo por las noches.

—Solía saberlo —la gorra se desacomodó pero Espinoza la puso en su lugar . Luego, tiró el cigarro al suelo y lo pisó—. O por lo menos lo intenté.

—Ella nunca me habló de usted —Marcos observó el rostro de Luciana y se preguntó cómo ambas podían tener la misma edad—. ¿Estuvo fuera de Lima por mucho tiempo?

—Cinco años —respondió Luciana. Marcos notó que el negro se había apoderado del contorno de los ojos de la mujer, y que sus cejas y labios eran muy delgados—. Ella tampoco me habló sobre usted —dijo, al sonreír.

Luciana observó las figuras sobre la pared. Recordó que alguna vez las había visto cuando ambas eran pequeñas, pero había llegado a la misma conclusión en ese momento: los colores y las imágenes no tenían sentido alguno. Además, notó que dos agujeros estaban separados por más de un metro. Sintió que los hoyos la observaban, que dos pupilas brillaban cuando su mente divagaba por los círculos oscuros. ¿Acaso era ella quien la estaba observaba?; ¿acaso era ella juzgándola?

—¿Dónde estuvo esos cinco años? —preguntó Marcos, mientras observaba a la mujer de veintiún años, avejentada y delgada.

—En Trujillo —llevaba aretes pequeños, la sonrisa rota y la mirada perdida—. Mi madre y yo nos mudamos para allá porque... Debe saberlo. No había plata para absolutamente nada en esos años. Tampoco había trabajo en ninguna parte. Lima ya no era segura.

—Y nunca lo será. Lima es la pesadilla que soñamos colectivamente —Marcos tanteó el agujero del cojín del mueble—. ¿Y por qué regresó? La ciudad, a pesar de todo, sigue como siempre y no creo que vaya a cambiar.

—Regresé a Lima porque ya no quería estar más tiempo en Trujillo. Esa ciudad me mató hace mucho.

Luciana llevaba un vestido largo, blanco, con el cuello negro, las mangas cortas y detalles por debajo de la cintura. Su cabello oscuro, que le llegaba hasta la altura del mentón, dejaba al descubierto un lunar a un lado de su cuello. Los tacones negros y altos, de tiras hasta la punta y una correa sobre el tobillo, golpeaban el piso. Advirtió que Marcos la observaba y que luego desviaba la mirada por unos segundos.

—¿Qué le pasó en Trujillo? —preguntó Marcos, al inclinar la cabeza hacia adelante.

—Me enamoré —Luciana apretaba los dientes. Llevaba el uniforme escolar y la mochila sobre los hombros—. ¡Me enamoré de él, mamá! No lo planeé, sólo pasó.

—Tenemos sólo tres semanas en esta casa y acabas de entrar al colegio la semana pasada —Úrsula hacía gestos con sus manos por cada palabra—. ¿Cómo carajos te vas a enamorar de un muchacho que nunca habías visto? ¿Cómo te vas a querer largar a vivir con él? ¿Te cabe eso en la cabeza? ¡Es tu último año en el colegio!

La cama estaba desordenada. Una gran masa de ropa reposaba en un rincón y el enorme cuadro del Sagrado Corazón de Jesús sobre la cabecera. Luciana sentía que sus ojos se empapaban, que el pecho le palpitaba y que sus labios se estremecían. ¿Acaso no sabía qué era querer

de verdad a una persona, mamá? Úrsula, con un pie dentro de la habitación, golpeó la puerta con un puño. ¿Acaso era una verdadera cojuda? La observó fijamente, mientras se mantenía bajo el umbral. Quince años, carajo; todavía era sólo una mocosa; ¿de verdad había criado a una tarada? Luciana levantó la voz. Que no lo conocía, mamá; que él era un chico bueno, que tenía sus ingresos y que lo quería con toda su alma. Úrsula tomó el picaporte y se acomodó el cuello de la ropa. No saldría a ningún lado; que de ahora en adelante sólo iría directo al colegio y regresaría a la casa, porque si salía sin su permiso, ¡ay, carajo!; ¡que Jesús, la Virgen y todos los santos la perdonen, pero la agarraría a correazos! La puerta se cerró y el llanto de Luciana se avivó. ¿Cómo podía ser tan mala?; ¿cómo podía hacerle eso?

—¿Lo amaba de verdad? —preguntó Marcos, con la mirada fija y los labios cerrados.

—No era amor —nuevamente, Luciana observó las figuras y los agujeros. Se frotó los brazos y la misma pregunta rondó por su cabeza.

—Entonces, ¿por qué se quería ir con él? —mantuvo la mirada en ella. Se frotó los labios reseco, la barba espesa y sintió que sus manos temblaron, junto a sus dedos y su mente—. Si no lo amaba, ¿por qué quería vivir con él? —Luciana sonrió y miró hacia un costado—. ¿Qué era?

—¡Una estupidez! —gritó Úrsula, al cerrarle el paso hacia la puerta—. ¡Eso es! ¡Una gran estupidez! —los abuelos de Luciana contemplaban la escena sin inmutarse—. ¡¿Es que no te das cuenta de la tontería que quieres hacer?!

—¡Déjame pasar! —Luciana forcejó con su madre—. ¡Quiero irme! ¡Entiende, por favor! ¡Quiero irme! —los manotazos de ambas morían en los brazos de cada una—. ¡Déjame salir, por favor! ¡Déjame salir!

Se miraban con rabia, mientras las palmas se convertían en puños. Primero en los brazos, luego en los vientres y en los pechos. Finalmente, uno de ellos tocó un rostro. Úrsula cayó al suelo, mientras sus padres permanecían en silencio. ¡Que la ayudasen, que Luciana estaba fuera de control! Su padre tomó la mano de su esposa y la acarició. No; que era su hija y que debía aprender a controlarla. La puerta se abrió. Luciana acomodó la mochila sobre su espalda, mientras su madre gritaba desalentada.

—¡Si te vas de esta casa, ya no regreses! —la voz de Úrsula flotaba entre la calma y las lágrimas—. No te abriré la puerta. Ni siquiera te miraré a la cara. Serás una extraña. Serás nadie para mí. Serás nada.

—Yo... Me voy, mamá... —Luciana resistió las lágrimas, cruzó la puerta y la

cerró.

—Ir, ¿a dónde? —preguntó Marcos.

—A su casa —Luciana bajó la cabeza y notó un pedacito de vidrio blanco y azulino a un lado de su zapato—. Él vivía solo. Su padre era militar y su madre murió cuando era muy niño. Sabía cómo cuidarse solo desde los siete años.

—¿Y él tiene un nombre? —la mirada de Marcos se volvió comprometedor.

—Los nombres son irrelevantes cuando olvidas. La mente sólo recuerda lo que vio o lo que quiere recordar —los tacones jugaron con el vidrio y Luciana advirtió del tercer agujero debajo de las manos de Marcos.

—Entonces, ¿por qué recordar lo que sucedió y no su nombre?

—Porque las acciones fueron lo que me marcaron. Los nombres fueron simples cortesías —Luciana liberó una sonrisa floja y se preguntó por qué existía un tercer hueco.

—¿Fue muy difícil irte de tu casa? —preguntó Javier, mientras acariciaba su cabello.

—Me dolería más separarme de ti —la cabeza de Luciana estaba sobre sus piernas. Lo miraba desde abajo con una sonrisa y pensó que quizá había soñado ese momento—. No hay que hablar de eso, ¿sí?

Una caricia suave recorrió la mejilla de Luciana, mientras una lágrima caía cerca de su oreja. Que no llorase, chiquita; que no llorase. La besó en la frente y luego en la boca. Una mano tocó su vientre, mientras la otra borraba el rocío en su piel. En algún momento, uno de los dedos tocó su ombligo, dudó de su destino por un segundo y caminó por debajo de la blusa blanca. Luciana lo detuvo con una mano. No, que parase, por favor; que tenía miedo de hacerlo. Javier se detuvo en sus ojos y sonrió. ¿Miedo de hacer qué?; ahora era su mujer. Colocó su mano sobre la de ella y formó una sola extremidad. Una dirigía a la otra mientras el sendero se volvía más suave y accidentado. El cuerpo de Luciana se sacudió. No, no, por favor, que esperase; que iba muy rápido. Javier, enfadado, quitó su mano de las ropas. Carajo, estaba bien. Levantó la cabeza de Luciana, se puso de pie y se dirigió hacia la cocina.

Luciana, ya sentada, observó las fotografías que colgaban en las paredes. Una mujer sonriente y con la cabellera larga tenía a un bebé en brazos; la misma mujer jugaba al castillo de arena con un niño en la playa; una mujer mayor, muy seria y con anteojos, cargaba a la misma criatura en lo que parecía ser una chacra; un hombre de uniforme con medallas y un

bigote delgado miraba hacia un costado, como si algún ser superior lo estuviese llamando. Advirtió, en la pared contraria, fotografías de Javier en su promoción de primaria, en su primera comunión, en fiestas de quince años y en su confirmación. Siempre con una sonrisa y sin la compañía de los primeros rostros.

—Aquí está —dijo Javier, al volver con dos vasos repletos de un líquido amarillizo—. Con esto te vas a relajar. Pruébalo.

—¿Qué es esto, Javier? —Luciana cogió el vaso, olió el líquido e inmediatamente alejó el rostro del mismo—. Huele extraño, como... No sé. Diría que huele como a vómito.

—Es chicha de jora. Pruébala. Es rica —bebió dos grandes sorbos y se secó los labios con los dedos—. ¿Lo ves? Toma un poco y verás —ella dudó y finalmente sorbió.

—Es fuerte —dijo Luciana, luego de tragar saliva. Abría la boca constantemente, como si quisiera que el aire le calmase el paladar—. Está rica, pero es muy fuerte. Por cierto —se puso de pie y caminó hacia los fotografías—, ¿este eres tú?

—Sí, ese soy yo —tomó otro sorbo y se acercó a ella—. Esa es mi mamá y ella es mi abuela, la mamá de mi papá. Ambas murieron ya, hace mucho, cuando era un chibolito. En esas, estoy en mi confirmación, en la Iglesia La Merced.

—Lo siento mucho. No lo sabía —Luciana encerró el brazo de Javier con el suyo. Él sólo sonrió—. ¿Y el hombre de ahí, el de uniforme? Es tu papá, ¿no? ¿Es militar?

—Sí, es sargento del Ejército —observó el cuadro de su madre y él en la playa—. Debe estar en la sierra u otro lado. No sé nada de él desde que vino para Navidad y Año Nuevo desde Ayacucho, hace como cuatro años ya. Se supone que va a regresar para la misma fecha. Ahí te lo presento. Es algo seco y jodido, pero no es mala persona.

—Pero estamos en setiembre —bebió un poco más y se lamió los labios—. ¿Qué hace por allá, tan lejos? ¿No lo extrañas?

—¿Extrañas a tu madre? —ella bajó la mirada y suspiró—. Uno se acostumbra —Javier bebió todo lo que restaba del vaso y la cogió por la cintura—. Vamos, toma toda la chicha, que ya he terminado la mía.

Luciana dio un pequeño sorbo y sintió que su cuerpo temblaba. Observó el vaso casi lleno, mientras una mano veloz recorría su espalda. Estaba rica; pero ya no quería más. Javier acercó su rostro al de ella y las frentes se tocaron. No, no, no, que la tomase toda de un solo golpe y no la sentiría

tan pesada; que confiase en él. Luciana lo observó por un momento y sintió que los escalofríos cálidos de su espalda iban más lentos. Dirigió la bebida hacia su boca y el sonido largo de la sed resonó en el vidrio.

Javier cogió el vaso y dejó ambos recipientes sobre la mesa. Seco y volteado; así le gustaba, chiquita; así le gustaba. Se volvió, limpió sus manos con su ropa y recorrió la espalda de Luciana con la mirada. Notó que ella se tocaba el pecho y abría la boca pausadamente. Rodeó su cuerpo con ambos brazos y entrelazó los dedos cerca de su ombligo. ¿Se sentía mal o qué le pasaba, chiquita? Luciana cerró los ojos y juntó una mejilla a su hombro. La chicha estaba muy fuerte, eso era todo; que no se preocupase. Los dedos de Javier curiosaron la piel cercana, mientras sus labios recorrieron el cuello de la mujer. Luciana movía su cabeza de un lado a otro, tímida. Que parase; que le hacía cosquillas y que ya estaba sintiendo calor cerca de su vientre.

Viene hacia mí, con la mirada perdida, entre lo que creo que desea y lo que aún no olvida;

las paredes blancas y la niña mudita: recuerdo el sueño y creo que solía llamarle vida;

camina por entre los muebles y me busca en el rincón donde no estoy, pero lloré;

le pregunto quién es, sonrío al notar mi ignorancia y calla el secreto como un retrato;

él se acerca a decirme su nombre y a contarme sobre nuestras vidas;

¿acaso esos oscuros botones de plástico me están mirando?;

me mira, ojos marrones, y suspira cuando no me piensa;

me recuerda a alguien porque está extraviada y en sus cabellos se hallan mis esperanzas;

¿quién eres?, como si no hubiésemos unido nuestros cuerpos entre caricias;

por supuesto, también debes ser como ellos, tan lejanos, tan muertos;

me pregunto si recuerdas que aquí te pedí ayuda cuando creí que moría;

¿te gusta este lugar o sólo te conformaste al no encontrar una salida?;

dentro de las palabras y la sonrisa quebrada, te encuentras de pie, con pensamientos dormidos;

es que no comprendo cómo sonríes al tener esta vida tan blanca, tan pequeña, tan niña;

siempre buscas entre mis ojos, pero no encuentras a la mujer soñada, a la mujer destruida;

una mujercita tan inocente como tú, conmigo, la mujer que está muerta y desgarrada;

me juzga, sin querer, con la mirada y me mira, sin juzgar, porque creo que aún me ama;

aunque verte jugar con ella no significa que realmente la quieras;

aun cuando me dices tu nombre, sé que me regalas palabras entre la verdad y lo que imaginas;

¿no sientes esta opresión en el pecho, este dolor en el alma, atrapada en telas blancas?;

sin pensarlo, el metal va desgarrando los hilillos de la palma de mi mano;

se descose lo que simula ser su boca y la comisura se cae por pedazos;

tocas mi mejilla, levantas mi mentón, me miras y me tratas como si fuese una niña;

no sé por qué no me dices quién eres y qué carajos quieres, pero sonríes;

¿todavía me contemplas, con los labios cerrados y la mente en pedazos ensangrentados?;

la plata toca mi pecho, mientras corroe mi piel su hielo;

finalmente, me dices cómo te llamas, y te recuerdo;

ambas manos se tocan, la piel y el metal parecen una fantasía;

pausado momento entre tu nombre, el silencio y mis dedos;

en el suelo: el cuerpo, un abrazo, una mirada y el triste sangrado del algodón;

¿por qué estás aquí, si puedes huir de mí?;

la conocí antes, en otra habitación donde lo que pensaba aún permanecía en los cimientos;

levanto el brazo, arrastro sangre, corto la tela del mueble, resquebrajo la piel bajo mi seno;

descubro la herida áspera cerca del pecho y me pregunto si sobrevivirá al caminar del tiempo.

Capítulo 2

Sintió que una mano lo había abofeteado en la mejilla izquierda.

Mierda; le había calado hasta el cerebro.

Sentía los labios secos, la lengua dormida, la nariz que intentaba desprenderse de su rostro y las pupilas desgarradas por la luz. Se tapó la cara, respiró calmadamente y se percató que a su lado había una mujer.

Si estaba molesta, definitivamente era ella; aquel dolor no lo había sentido antes, y la luz le estaba destrozando la vista con cada parpadeo.

—¿Estás consciente o quieres que te dé una más fuerte? —el puño de la mujer se formaba y deshacía en el aire, mientras él se balanceaba frente a ella—. ¡Oye! ¡Reacciona, carajo! —Julia le lanzó una nueva bofetada y sintió el mismo ardor en la palma.

¿Qué era lo que pasaba?; ¿y por qué le dolía tanto la cara?

—¿Cuál es tu nombre? —lo tomó de los brazos y lo sacudió—. ¡¿Cuál es tu nombre?!

¿Dónde estaba?; ¿dónde estaban?; ¿por qué lo había despertado?

—Mierda —lo soltó, le abrió los párpados y acercó su rostro al de él—. Dime cómo te llamas. ¡Dime cómo te llamas! —él abría la boca, cansado, pero las palabras se perdían entre sus labios y los de ella—. ¡Dime tu maldito nombre!

Un par de ojos avellana lo observaban como si entrasen en los suyos. Ella tenía la nariz fina y pequeña; las cejas y los labios delgados como plumas. Acarició la mejilla de la mujer y esta no se lo impidió.

Marcos; así se llamaba, ¿no?; Marcos Urrutia.

Sus ojos estaban cerrados y el mentón caía sobre su pecho, como si aún no hubiese despertado. Quiso hablar nuevamente, quiso decirle que quería recordarla, que conocía su voz; sin embargo, el dedo de la mujer cubrió su boca y pensamientos.

—¿Sabes quién soy? —dijo la mujer, al levantarle el rostro con la otra mano—. Dime, ¿sabes quién soy?

Ella estaba molesta con él; era; era Julia y estaba molesta con él, ¿verdad?

—Sí, soy yo —dijo Julia, amargamente—. Iré por agua.

Marcos la observó alejarse del sofá. Notó que ella vestía un pijama celeste, que llevaba el cabello revuelto por detrás de la espalda y que tocaba las paredes y los muebles al caminar. Se restregó los ojos, bostezó y advirtió que su ropa era la misma que vestía el día anterior.

¿Dónde estaba?; ¿por qué ella estaba con él?

Las paredes se hallaban limpias de fotografías o cuadros, y en la mesita de centro había un jarrón blanco cuyos detalles azules se asemejaban a tulipanes. Reconoció el suelo, la puerta, las ventanas, los muebles y los garabatos sobre una de las paredes. Intentó ponerse de pie pero perdía el equilibrio cada vez que se inclinaba. Observó el umbral que Julia había cruzado y contó cada segundo que ella permanecía ausente.

Estaba en casa de Julia, ¿no?

Pero, ¿por qué estaba ahí?

No, no, más bien cómo.

Sí, ¿cómo había llegado hasta ahí?

O peor, cuándo.

Un vaso alto, parecido a un pocillo, se asomó por la puerta de la cocina. Julia se acomodó el cabello por detrás de las orejas mientras caminaba. Se sentó junto a él, le entregó el recipiente y lo observó beber sin pausa alguna.

—Mucha sed, ¿verdad? —dijo Julia, al recibir el vaso. Lo colocó sobre la mesa de centro y miró a Marcos, molesta—. ¿Por qué estás aquí?

¿Qué?; ¿que por qué estaba ahí?

Marcos secó la gota que caía por su mentón, tosió ligeramente y cerró los ojos. No quería mirarla mientras hablaba. No quería verla mientras ella descubría todo.

¿Acaso ella no sabía?; era su cena de aniversario; ¿no se acordaba?

—Sácate los zapatos —dijo Julia, con una voz muy suave—. Ahora.

Marcos, en silencio, se quitó ambos calzados. Inmediatamente, Julia tomó uno de ellos y buscó en su interior. Le mostró el paquete y lo sacudió en su rostro. ¿Por qué le estaba mintiendo?; ¿por qué? La observó por un momento y las palabras se atoraron en su garganta.

No, no era de él, Julia; no sabía cómo había llegado eso ahí.

Ella se incorporó y caminó hasta la cocina. Marcos se puso los zapatos, se cubrió el rostro con ambas manos y se golpeó la frente con los dedos. Por un momento pensó en irse, pero notó que el lugar se había oscurecido y que ella ya estaba a su lado, de pie, con una tarjeta en la mano.

—¿Esto tampoco es tuyo? —dijo ella, mientras observaba fijamente el papel—. ¿Esta cosa blanca es talco, ¿o chuño, de repente? —le lanzó la tarjeta en el rostro y mostró una billetera—. Supongo que esto tampoco es tuyo —Julia buscó un documento y señaló el nombre escrito en él—. En la libreta dice tu nombre. Qué extraño, ¿no crees?

Él, él; ¿en qué momento le había quitado la billetera?

—Rebusqué tus bolsillos cuando te arrastré hasta aquí —dijo Julia, al lanzarle la billetera al pecho y sentarse a su lado—. ¿Dónde estabas? ¿Qué pasó ayer? —Marcos volteó la mirada y Julia le mostró la bolsa blanca—. Yo te diré qué te pasó: gastaste lo que no tienes en esta porquería, te apareciste inconsciente en mi puerta y te tuve que meter a rastras a la sala. Te esperé por más de una hora, parada como una cojuda en Larco. Estuve en un infierno mientras te metías esta cochinada quién sabe dónde —Marcos oía las palabras, pero no las entendía—. Si no hubiese salido para comprar pan, todavía estarías ahí, tirado, medio muerto y dando lástima ajena hasta que uno de los vecinos hubiera llamado a la policía.

Sí, él había comprado eso, ¿y qué?; era su plata...

Le quitó el paquete a Julia, lo abrió con los dientes y vertió el polvillo blanco en el vaso. Se lo ofreció y ella lo recibió, extrañada.

Que lo llenase de agua y lo botase por el lavadero; era su plata y podía hacer lo que le diese la gana.

Nuevamente, Julia se dirigió hacia la cocina. Marcos escuchó la caída del agua y apretó los párpados fuertemente. Sentía el zapato más cómodo, pero su mente aún le recordaba que ella no había terminado.

Ella regresaría de la cocina y le recordaría su vida, lo que le faltaba por vivir y lo que no viviría; ay, Julia.

Su estómago crujía y sentía la boca agria. Podía irse sin decirle nada. Sabía que ella no iría detrás, que su orgullo siempre podría hacerle compañía en lugar de él; sin embargo, no quería irse, quería escucharla. Julia cruzó hacia la sala, mientras sacudía sus manos. Tocaba cada silla, mueble y pared en su camino, como si se apoyase en ellos.

—¿Quieres saber qué pasó mientras estabas desaparecido? —preguntó, al llegar a la sala. Marcos sólo la observó—. Te esperé en Larco como estúpida. Una hora, Marcos. Una maldita hora y nunca apareciste. Preferiste una droga que a mí —se sentó, una vez más, a su lado—. Pero eso no fue lo peor. No, no, no... ¿Sabes por qué tengo esto? —Julia dirigió un dedo hacia su frente y Marcos notó que tenía un pequeño moretón—. Enciende la televisión.

Se puso de pie y presionó el botón del aparato negro. La imagen demoró en formarse, pero el relato amargo del conductor ya se escuchaba. Más de veinte personas habían fallecido y los heridos ya se contaban por decenas. Cuando escuchó el nombre del lugar del atentado volteó hacia Julia, abrió la boca y trató de abrazarla.

—No me toques —dijo Julia, al bajarle los brazos rápidamente.

¿Le había pasado algo?; ¿estaba bien?

—¿No ves el moretón? —Julia volvió a señalar su frente con un dedo—. Una mujer me golpeó. Me chocó cuando corría. Caí al suelo, pero sólo me miró, dijo algo que no entendí y volvió a correr como loca. Iba como si la persiguiera un fantasma.

Marcos bajó la cabeza y apretó las manos.

Era su culpa; lo sentía mucho, Julia.

—¡Por supuesto que es tu culpa! —Julia se puso de pie y caminó en círculos por la sala—. Debiste llegar a tiempo. ¡No habría estado ahí si no fuera por ti!

Lo sentía; lo sentía mucho.

—No, en realidad no es tu culpa —se detuvo frente a él y dejó de parpadear—. Es mía. No debí haberte esperado. ¡Ni siquiera debí haber

confiado en ti! —Marcos levantó el rostro y observó la mirada de Julia—. Fui una idiota por haber creído que llegarías.

Permaneció en silencio. Bajó la mirada y observó sus zapatos. Se percató que no había sido reprendido por tenerlos manchados de barro, ni por la pizca de polvo blanco cerca de una de las suelas.

¿Por qué seguía ahí?; ¿por qué no le decía nada?

De pronto notó que una sombra empezó a cubrir el suelo alrededor de su calzado.

—Ponte de pie —susurró Julia en su oído—, lávate la cara y vete de aquí.

Cuando sintió que ella no estaba a su lado, se incorporó como pudo y se dirigió al baño. Antes de abrir la puerta escuchó que el televisor había sido apagado. Eran pocas las veces que Julia lo encendía, así como eran pocas las veces que ella salía de casa.

La había cagado; pero aún faltaba más.

Se observó en el espejo y notó que tenía la camisa sucia. Trató de limpiarse, pero la tierra ya se había impregnado. Abrió el caño, se llenó la boca de agua y la escupió. Luego se mojó el rostro y se tocó la nariz suavemente. La sentía tan hinchada como un tomate, pero el espejo le decía que no lo estaba. Se secó con la toalla de mano, se acomodó el cabello y salió hacia la sala. Notó que Julia estaba al lado de la puerta. Sin mover los labios, Marcos recogió su billetera y la tarjeta, esperó a que ella le abriese la puerta y se detuvo en la acera.

—No regreses hasta que estés limpio —dijo Julia, con la puerta entreabierta—. Tanto de tierra como de la nariz, y del cerebro —Marcos apretó los dientes, pero no volteó el rostro—. Y por lo menos ten los huevos de decirle a tus padres que te mudarás conmigo —viró la cabeza suavemente y la observó de reojo—. Claro, suponiendo que aún quieras estar conmigo y no con un maldito polvo que te deja como un idiota.

La puerta se cerró de golpe. Marcos se acomodó el cuello de la camisa y caminó hacia la avenida, al apoyarse de las paredes de las casas

Regresaría; siempre regresaba a ella.

Estiró los brazos y dejó escapar un soplido.

¿Cómo les diría a sus padres?; ¿cómo iba a vivir así?

Notó que los postes de luz se habían apagado y que el cielo nublado de la capital lo acompañaría durante el camino. Pensó en voltear para saber si

Julia lo estaba observando desde la puerta, pero sabía que ella ni siquiera abriría una de las cortinas.

De repente no debía ir hasta su casa; de repente debía ir a otro lado.

Cruzó la pista sin mirar si venía algún vehículo y palpó su ropa hasta sentir su billetera en uno de los bolsillos.

De repente debía visitar al Perro otra vez; total, era su plata, ¿no?

—La casa en Barranco era tan inmensa como la recordaba —dijo Mariana, mientras tomaba un gran mechón de su cabello—. No había estado ahí desde que tenía nueve años.

—¿Desde los nueve años? —dijo Camila, al mirar al resto de sus compañeras. Buscaba rostros conocidos a lo largo del recinto, a pesar de que sabía que no encontraría ninguno—. Dijo que sus hermanos vivieron ahí toda su vida. ¿Por qué usted no?

—Porque la familia es una piedra en el zapato —formó un moño grueso y encaminó el resto de su cabello hacia atrás—. Necesaria, pero una gran piedra en el zapato.

—¿Eso le dirás a tu mocoso cuando te pregunte por su abuelo? —preguntó Roberto, mientras su rostro se enrojecía—. ¿Le dirás que su abuelo se fue de putas como siempre?

—¿Acaso no lo hace? —Mariana, sentada en la banca del patio, cubrió su boca con la mano y bostezó—. ¿O es que alguna vez lo has visto respetar la memoria de nuestra mamá?

—¿Ya lo has olvidado? —dijo Roberto, enojado—. Él no sería mujeriego, si tú no la hubieses matado.

Mariana observó a su hermano por un momento, mientras fruncía el ceño. De pronto, se abalanzó contra él. Lo golpeó por todo el cuerpo pero, lentamente, los manotazos perdían su fuerza y se estrellaban en las palmas de Roberto. ¡Imbécil!; ya estaba harta de la misma acusación de

siempre y lo iba a matar; ilo iba a matar! La tomó de las muñecas, la mantuvo frente a él, vio que los ojos de su hermana enrojecían y la empujó hacia el suelo. ¿Qué podía hacer ella, hermanita?; era sólo una mujer.

Una voz gritó que ya era suficiente, que dejaran de pelear en ese momento. Una anciana, con el cabello gris, había aparecido detrás de ellos. Llevaba un abanico en la mano y lo movía lentamente, como si le costase agitar las muñecas.

—Díselo a esta, que se avienta para golpearme como si fuera un animal —Roberto observaba a Mariana en el piso, con un atisbo de sonrisa en la boca.

—¡Imbécil, te voy a matar! —Mariana apoyó una mano en el suelo e intentó ponerse de pie—. ¡Te voy a matar!

—¡Ya basta! —gritó la mujer, mientras se acercaba con paso lento. Mariana se detuvo y prestó atención a sus palabras—. Sal de aquí, Roberto. Hablaré con tu hermana. Si te vas a ver lo del funeral, mejor.

—¿Irme? —Roberto volteó hacia la mujer canosa—. No. Que se vaya ella. Papá fue quien le dijo que viniese pero él no está aquí. Así que esta se puede ir por donde vino.

—¡Dije que te vayas! —gritó la mujer, mientras caminaba hacia Mariana—. ¡Ahora!

Roberto miró a su hermana, sonrió y desapareció del patio, en silencio. Mariana se incorporó y ambas mujeres se sentaron en la banca. Se limpió las ropas con cuidado y se secó los ojos con las yemas de los dedos. Lo sentía mucho, doña Guillermina; su hermano la había provocado. El cabello de la mujer era muy corto, sus ojos muy cansados y las arrugas estaban bien cuidadas. Que no se disculpase y que le diese un abrazo, niña.

—¿Estás bien? —preguntó la anciana. Mariana respondió con un gesto—. Olvido que ya no eres una niña —doña Guillermina la miró de arriba hacia abajo, en busca de quien había conocido—. ¡Cómo has crecido, Marianita!

—Y por usted no pasan los años, doña Guillermina —Mariana le tomó la mano y le dio un par de palmaditas—. La veo y creo que he regresado en el tiempo.

—¿Cuánto tiempo, mi niña? —el abanico refrescaba a la anciana—. ¿Veinte años?

—Veintidós —respondió Mariana, al soltar la mano de la mujer—. Veintidós años.

—Ya hasta me había olvidado tu carita bonita —doña Guillermina dejó el abanico a un lado—. Todavía recuerdo los días en que todos esperábamos noticias de tu paradero, hasta que tu tía llamó para decir que estabas en Tacna, con ellos. Es que el tiempo pasa y pasa, pero nosotros siempre le perdemos el paso. Es una pena que recién nos volvamos a ver, y sólo porque la niña Cristina... —la voz se le quebró y las lágrimas atacaron a la mujer.

Mariana consoló a la anciana, mientras ésta buscaba un pañuelo en el bolsillo secreto del vestido. Un infarto era algo imprevisible, doña Guillermina; ahora ella estaba en un lugar mejor. El sol avanzaba a paso lento por el suelo del patio y el silencio reinó hasta que la mujer dejó de sollozar.

—Discúlpame, mi niña, pero sabes que ustedes son como mis hijos —una mano le secaba los párpados, mientras que la otra apretaba el abanico—. A ti te crié desde que naciste, desde que te trajeron a la casa, toda gordita y pelona.

—Lo sé, doña Guillermina, lo sé... —dijo Mariana, luego de levantar su cabello y dejarlo caer por la espalda—. Usted es como mi mamá, pero tenía que irme de esta casa.

—Yo sé, mi niña, pero te fuiste muy pequeña. Cruzaste medio país hasta llegar con tus tíos y ni siquiera me dijiste algo. ¡Una niña viajando sola!

—Se lo quise decir, doña Guillermina. Se me cruzó por la cabeza hacerlo, pero, si se lo decía, usted no me habría dejado ir —Mariana esquivó la mirada de la mujer—. Me lo hubiera prohibido, se lo hubiera dicho a mi padre y él me hubiera metido en un internado para que estuviese vigilada. Lamento haberla preocupado tanto pero lo tuve que hacer.

—Sí, mi niña. Probablemente tengas razón, pero ya pasó. Ahora eres toda una mujer, tan bonita y con familia —la anciana observó las flores sobre las macetas y notó que una se estaba marchitando—. ¿No has traído a tu hijito contigo? Quiero conocerlo.

—No, doña Guillermina. No quería traerlo a un funeral, pero puede ir a Tacna cuando quiera. Mi esposo estaría encantado de conocerla.

—No puedo viajar, mi niña —Doña Guillermina bajó el rostro—. El doctor me dijo que era mejor que sólo caminase para ejercitar el cuerpo.

—Lamento no haber podido visitarla aquella vez —Mariana se tocó el

vientre—. No podía viajar con ocho meses de embarazo.

—No te preocupes, hija —doña Guillermina sonrió—. Las mujeres entendemos. Pero, bueno, los niños no se dan cuenta de estas cosas de adultos y, además, el señor Salas estaría feliz de conocer a su único nieto.

—No traería a mi hijo para que él lo conozca —Mariana movió la cabeza de un lado hacia el otro—. No quiero que conozca a nadie de esta casa, a excepción de usted.

—¿Por qué no? —preguntó Camila, luego de aclararse la garganta.

—Porque ninguno de ellos valían la pena. Ni siquiera mi hermana —Mariana cruzó las piernas y se detuvo en los zapatos que llevaba—. Todos eran una sarta de idiotas. Todos. Por eso me fui a esa edad. Me tenían hasta la coronilla con sus insultos y tonterías.

Su pie, inquieto, se columpiaba en el aire; dibujaba un vaivén blancuzco. ¿En verdad los odiaba, Mariana?; no sabía, no sabía; a veces pensaba que sí y a veces pensaba que sólo creía odiarlos. Observó los arcos de fútbol y midió la pared contigua. ¿Cómo le diría que necesitaría su ayuda?

—Quisiera tener a mi hijo, aquí, frente a mí —dijo Mariana, luego de un largo silencio—. Quisiera abrazarlo, ver cuánto ha crecido, cuánto ha cambiado.

—¿No teme que le tenga resentimiento por haber estado ausente tanto tiempo? —dijo Camila, tímida.

—No —dijo Mariana, sin observar a su compañera—. Tengo miedo de que me haya olvidado en todo este tiempo.

—¿Acaso crees que te ha olvidado? —dijo Doña Guillermina, luego de tomar un sorbo del café—. Tu padre te quiere. Ya debe estar viniendo.

—Ni siquiera vino al sepelio de Cristina —Mariana mordisqueó un pedazo de pan—. Ya ha pasado una semana desde que dijeron que se largó. No regresará a esta casa para verme. Y si lo hace, llegará borracho, con alguna puta de la mano y cuando me haya ido.

—No hables así en la mesa —la mujer dejó la taza de café sobre el platito, la observó fijamente y tomó la cuchara para revolver el líquido—. Serás mayor de edad y todo lo que quieras, pero la mesa se respeta.

—Discúlpeme, doña Guillermina, pero es sólo que... —formó puños en el aire y los deshizo—. Es sólo que me enerva que sean así conmigo, tan viles —sus manos cayeron sobre la mesa, y los cubiertos y la tazas

saltaron—. ¿Cómo se le puede culpar a una niña de matar a su propia madre por el simple hecho de nacer? ¿Acaso les pedí nacer? ¿Acaso yo les di el derecho para traerme a este mundo?

La puerta principal se abrió y cerró intempestivamente. Roberto, quien sudaba a mares, entró al comedor de forma abrupta. Respiraba muy rápido, como si hubiese corrido por horas. Mariana lo observó sobre el borde de la taza, con desdén. Ese imbécil otra vez; ¿ahora qué quería? Doña Guillermina se levantó de la mesa y caminó lentamente hacia el hombre. ¿Qué era lo que pasaba, Tito?; ¿por qué había llegado corriendo? Roberto expulsaba el aire como si lo estuviese escupiendo. Pensaba que su hermana ya se iría y quería hablar con ella; que por eso había llegado corriendo. Mariana dejó la taza en su lugar y se limpió los labios con la servilleta.

—¿Qué es tan importante como para que hables conmigo? —Mariana se apoyó en el respaldar, mientras su hermano aún recuperaba el aliento.

—Me dijeron que papá está por Barranca, alojado en un hotel. Cerca del centro de la ciudad —sus gruesas manos cubrieron sus rodillas—. Quiero ir a traerlo, mañana por la mañana. De repente, si vas y le hablas, te hace caso y regresa a casa...

—No —dijo Mariana, al ponerse de pie—. No me interesa lo que tu padre haga o deje de hacer. Debo regresar a mi casa, en Tacna, y me iré hoy.

—Mariana, es tu padre —dijo doña Guillermina—. Quédate unos días más y ve a convencerlo de que regrese, de que desista de esa vida destructiva —Mariana movió los labios, pero la anciana se apresuró—. Hazlo por mí, mi niña. Ve y ayuda a tu padre.

—No... No lo sé —Mariana miró hacia la mesa, la taza vacía y las migajas sobre el individual. La sentimentalidad le pesaba tanto como la culpa que no sentía—. Está bien, lo haré. Llegaré a mi casa en Nochebuena, pero lo haré.

—Muchas gracias, mi niña —la anciana sonrió y regresó a su asiento tan rápido como pudo—. Sé que lo traerás de vuelta.

—No le aseguro nada, doña Guillermina —Mariana observó a su hermano y volteó el rostro—. Ahora, si me disculpan, iré quitarme todo este calor de encima.

Agradeció el desayuno a la anciana y subió por las escaleras, hacia su habitación. Cerró la puerta con el seguro y ordenó las sábanas. Llamaría a Renato para contarle por qué llegaría tarde, pero primero tomaría una ducha fría. Se desvistió, se observó en el espejo y se dirigió al baño. El agua corrió por varios minutos. Tarareó una canción cuya letra no

recordaba y luego salió envuelta con una toalla, mientras que otra envolvía su cabeza.

Se sentó en la cama y secó sus cabellos delicadamente. Buscó lo que vestiría en la maleta, colocó las prendas sobre la cama y recordó que el peine estaba en el baño. Abrió la puerta y, en el espejo, unos ojos que ya había despedido la vigilaban. Dos manos aparecieron detrás del vidrio e intentaron tomarla del cuello. Mariana dio un salto, cayó al suelo y parpadeó sin cesar. Se incorporó rápidamente y corrió hacia la puerta de la habitación. Sentía que la presencia se acercaba y que el espacio se reducía a un pequeño picaporte que no abría. Logró quitar el seguro al quinto intento, pero cinco dedos detuvieron su hombro. Escuchó un susurro en su oído, se liberó de la mano como pudo y salió de la habitación mientras pedía auxilio a viva voz.

—¿Qué pasa ahí, mi niña? —preguntó doña Guillermina, al final de la escalera—. ¿Por qué estás gritando?

—¡Cristina me quiere matar! —gritó Mariana, aterrada, mientras sostenía la toalla que cubría su cuerpo.

La pista estaba plagada de tierra. Las veredas se convertían en polvo y las casas perdían su color a lo largo del trayecto. Julia contaba los segundos con los dedos, mientras vigilaba el arma que Espinoza le había quitado. El acero se balanceaba de un lado a otro, como si la saludase a cada instante.

—¿Cómo era Ayacucho en esa época? —caminaba al lado de las casas, con los brazos cruzados—. Nunca he viajado fuera de Lima, que recuerde.

—Era pura tierra. Pampa —Espinoza se acomodaba la gorra a cada momento, como si temiese que se le cayera—. Sólo las zonas más pobladas eran de cemento, pero había muchas, y todas eran casi sin plantas. Lo bonito eran las chacras, los ganados, la gente que tejía, las iglesias, las capillas y los retablos que vendían en las calles. Pero eso era en Ayacucho, en la ciudad. Al lugar al que me enviaron a investigar era

diferente. Era lejano. La tierra y el cielo estaban tristes. Llovía a cántaros.

—La Pachamama está llorando —el hombre hablaba con Suárez como si lo conociese de toda la vida. Observaba los zapatos brillantes del policía, mientras sus brazos detenían el agua y el viento—. Los que nacieron de su vientre han sido asesinados. Debemos callar el llanto de la Madre Tierra. Debemos hacer un pago.

—¿Un pago? —Suárez observó las casas, las marcas de sangre que se dispersaban con la lluvia y las moscas que rondaban las paredes. Su cabello era ondulado y corto; sus ojos, cansados y pequeños; sus hombros, anchos; y sus brazos, fuertes, como los de un lanzador de jabalina. Popeye zambo, como lo llamaban en la comisaría de Chorrillos, caminaba a un lado del hombre. Espinoza iba detrás de ellos, en silencio—. ¿Qué tipo de pago hay que hacer?

—Un pago que compense lo perdido por la Pachamama —tomó un puñado de tierra y se acercó a la casa más cercana. Una salpicadura de sangre pintaba la pared de adobe. El hombre lanzó la tierra contra la llaga roja y ésta se impregnó en el muro—. Un pago de sangre. La sangre de quienes la hicieron llorar.

Espinoza oía la conversación de su compañero y el sujeto que vestía un poncho y un sombrero marrón, mientras descubría las pisadas sobre la tierra. El barro se pegaba con cada pisada y el agua le obligaba a quitarse el quepí. Avanzó por entre las paredes, lento, como si el tiempo se detuviese con sus pasos. Olía a sangre, Ana; olía a soledad. Palpó la mancha roja que se había perpetuado al caer por la pared. ¿Por qué había llegado tan tarde, Anita?; ¿por qué siquiera había llegado? La puerta, pesada y bien labrada, dejaba al descubierto el interior de la casa de techo de caña gruesa. Empujó la madera y las bisagras se quejaron con un chirrido. Juntó la puerta y observó rasguños en la parte posterior. Encontró vasos de barro sobre una mesa irregular, sillas fuertes, camas de paja y piedra, y un telar pequeño en una esquina. Caminó por la tierra dura hacia el centro de la vivienda mientras observaba lo que restaba. Sin embargo, se detuvo a mitad del camino. Inclino su cuerpo, la gorra ahora colgaba en su mano y sus ojos se preguntaron qué había pisado.

—Espinoza —dijo Suárez, quien ingresó de pronto, mientras su compañero aún estaba en cuclillas—. Este tipo está loco. Dice que debemos matar a los asesinos, extraerles toda la sangre y verterla en el río Ancas para que la Madre Tierra se calme.

—No le hagas caso... —Espinoza tomó el lapicero que tenía en el bolsillo de la camisa y le dio la vuelta al bulto ensangrentado—. Con tal que traduzca lo que digan los campesinos, no importa las estupideces que diga. No arruinará la investigación.

¿Qué tienes ahí? —Suárez se acercó a su compañero con paso gallardo.

—Parece un pedacito de carne, pero aún no sé qué es.

—Es un seso humano —dijo Suárez y ambos se miraron al mismo tiempo.

—Si esto es realmente el seso de un humano —Espinoza se incorporó y observó las marcas que se habían tatuado en la puerta—, significa que los han matado a machetazos.

—¿Machetazos? —Suárez retrocedió unos pasos y tocó la cache de su arma con las yemas de los dedos—. ¿Qué mierda ha pasado en este lugar?

—Ellos habían llegado a ese pueblito, a Lucanamarca —dijo Espinoza, sin observar a Julia—. No contentos con todo lo que les hicieron a esos pobres campesinos, también mataron a más personas en otros pueblitos y en los caminos hacia estos. Eran unos animales.

—Son unos animales —dijo Julia, al crear un puño contra su falda—. Los que estuvieron en ese infierno conmigo te dirán lo mismo. Incluso los tuyos.

—Un infierno —la mirada de Suárez se perdía en cada rastro de sangre mojada en el camino—. Estos pobres paisanos vivieron un completo infierno.

—Todavía no hagas hígado, carajo, que no sabremos exactamente qué pasó en este lugar hasta hablar con algún testigo —Espinoza caminó hasta la puerta, se colocó la gorra sobre el cabello mojado y observó sus zapatos con barro—. Busquemos al tipo ese y luego nos vamos derecho a la comisaría. Debe estar en la plazuela, hablando alguna cojudez.

Ambos policías recorrieron el lugar en silencio. Tierra, piedras y el agua, Anita; llovía como mierda, se veía las nubes grises sobre los cerros; cubrían las cúspides nevadas de la cordillera, Anita. La pared blanca y el portón negro ovalado de la capilla se asomaron por el camino. La cruz de madera, en la cima de la pequeña construcción, se encontraba inclinada hacia un lado.

—Mira, Espinoza, ahí, en la pared de la capilla —el índice de Suárez se dirigió hacia la curvatura entre la tierra y la pared—. Es sangre —golpeó el aire con un puño mojado y luego la palma de su mano—. Esos hijos de puta no respetan nada, carajo.

—Que dejes de renegar, carajo —Espinoza se acercó a la pared, sacó el lapicero de su bolsillo y rascó la costra carmesí—. Sí, es sangre, pero, de repente, no es humana —guardó el bolígrafo, se incorporó y caminó hacia

la puerta—. Oye, zambo, ¿crees que alguien viva dentro de esta capilla?

—No vive nadie —el hombre apareció de pronto con la mano sobre el sombrero que lo cubría de la lluvia. Tenía los pómulos y la mandíbula bien marcados, la nariz partida, la piel quemada por estar tanto tiempo debajo del sol y las mejillas rojas por el frío—. El padre de Sancos sólo viene desde allá una vez al año y esta capilla permanece cerrada hasta entonces.

—¿Cómo dijo que se llamaba usted? —las pisadas de Espinoza levantaban barro que se impregnaba en los costados de sus zapatos—. ¿Y dónde dijo que vivía?

—Mi nombre es Edelmiro Yupanqui, señor policía —acarició la puerta de madera, se quitó el sombrero y dejó que la lluvia lo empapase—. Y vivo en Sancos, cerca de la plaza.

—Habla muy bien el español, señor Yupanqui —Espinoza se tocó el mentón, miró a su compañero y se acomodó la identificación—. Bueno, terminamos aquí. Vamos a Sancos.

—El camionero está en la otra esquina, ¿no, Espinoza? —dijo Suárez, muy serio.

—Sí —Espinoza giró la cabeza y observó a Julia—. Era un viaje pesado y violento. Los caminos no tenían pistas e íbamos saltando con cada bache. No podíamos descansar en las horas de viaje en el camión. Y por las noches hacía un frío feroz, peor que el de Lima.

—No imagino algo peor que el aire que corre por esta ciudad —Julia tragó saliva y pasó un dedo por sus labios—. Te cala hasta los huesos, como si se te metiera por los poros.

—Yo no imagino algo peor que ese hijo de perra —le dijo el cabo Paredes a Espinoza, luego de señalar la oficina del comisario de Sancos. De la habitación emanaban gritos de dolor y risas entrecortadas—. Espere a que lo vea. Va a querer matarlo tanto como yo.

—Yo quiero verlo... —Suárez se acercó a la puerta de la oficina, apoyó su cuerpo en la pared contigua y cruzó los brazos—. Yo quiero verlo.

El teniente Mendoza le sacaba brillo a sus zapatos con un pedazo de papel. ¿No habían dicho que vendrían tres de Lima? Espinoza se secó el rostro con una toalla y buscó su trapito en los pantalones. Sí, eran tres pero el tercero de ellos, Mora, tenía soroche y se la pasaba vomitando todo el día; estaba descansando ahora. Yupanqui ingresó a la comisaría y mojó el piso con sus pasos. Que chacchase una hoja de coca por las mañanas; le ayudaría a combatir el soroche. El sargento Flores se levantó

de su silla, se acercó al hombre y lo miró de pies a cabeza. ¿Y quién era ese?; ¿qué mierda hacía ahí? Suárez, aún cruzado de brazos, levantó la voz. Se llamaba Edelmiro Yupanqui y era traductor de quechua, sargento; había venido con ellos. Los militares observaban a los policías de reajo. El cabo Paredes se acercó al sargento. El cabo Huamaní sabía hablar quechua; ya no iban a necesitar sus servicios, señor Yupanqui. Suárez observó a Espinoza y este asintió con la cabeza. Popeye acompañó al hombre hacia el umbral de la comisaría, conversó con él por un minuto y le entregó un par de billetes. Luego, ambos se despidieron.

—Ahora que ha dormido un buen rato, el suboficial Mora se siente mejor —un policía local había ingresado a la sala—. Si quieren hablar con él, está descansando en la celda.

—Gracias, suboficial Pacheco —dijo Espinoza, con los brazos cruzados y un dedo que marcaba los segundos en su piel—. Iré a verlo, luego de hablar con el detenido.

—Yo haré lo mismo, Pacheco —Suárez había regresado a la sala.

—Los veo entusiasmados —el sargento Flores había regresado a su asiento. Su nariz era larga y puntiaguda; su cabello muy crespo, corto y bien peinado; tenía un bigote delgado, parecido a una pluma—. Iré a ver si el cabo Huamaní ya terminó de interrogar al rojo.

La puerta de la oficina fue abierta por el militar. Dentro, un hombre tenía las manos por detrás de la silla, la camisa rota y la sonrisa ensangrentada. La puerta se cerró y Espinoza la observó por un momento, callado, mientras los demás hablaban entre sí. Una cara conocida y demacrada se asomó por el pasadizo, a paso lento. Mora se apoyaba en las paredes como si aprendiese a caminar nuevamente.

—¿Te sientes mejor, Mora? —preguntó Espinoza desde el rincón.

—Todavía me siento mareado —tragó saliva abruptamente y se frotó los ojos—. Creo que mejor me hubiese quedado en Lima, con mi esposa. Prefiero vomitar viendo nacer a mi hijo en Lima, que vomitar por pisar una ciudad.

—Según dicen por aquí, si chacchas hojas de coca, te curas del soroche —dijo Suárez, al acercarle una silla—. Supongo que podremos conseguir algunas fácilmente.

—¿Pero no te vuelves adicto eso? —dijo Julia. Las manos le sudaban y las frotaba en su falda y blusa. La correa amarrada a su pierna le incomodaba al caminar—. ¿O no?

—No lo sé —Espinoza bajó la mirada y observó al pavimento correr en su contra—. No creo que sea adictivo, porque no se fuma como si fuese un cigarro. Pero quién sabe.

Acarició su arma, esquivó un hoyo en la calzada y ambos doblaron en una esquina luego que Julia lo indicase. De vez en cuando, ella tocaba las paredes con los nudillos, como si necesitara que le recordasen el camino. ¿Era un terruco al que torturaron? Espinoza la observó. La mujer abría y cerraba sus manos como si tratara de calmar su nerviosismo. Interrogado, en realidad; y sí, lo era, por eso los militares le querían sacar información. Julia dejó escapar una sonrisa forzada.

—¿Cómo se llamaba el sujeto? —preguntó, al apretar los dientes—. El terruco.

—Se hacía llamar camarada Gustavo —dijo Espinoza, al jugar con el arma que había incautado—. Y al principio no quería decir su verdadero nombre o de dónde provenía. Sólo se reía en nuestras caras como si no le importara.

—Uno de los terrucos de los que te hablé se hace llamar igual: camarada Gustavo —dijo Julia, muy seria—. Los otros se hacen llamar camaradas Camila y Raúl.

Los dedos recorrían su pierna; le cosquilleaba los pasos suaves y certeros. El roce de la piel con la ropa y la ropa con la piel ajena la estremecían. Le alejaba la mano, pero su igual se acercaba rápidamente. Luciana lo observaba mientras él le besaba el cuello y detrás de las orejas. Que no, que no tenía ganas y que le hacía muchas cosquillas.

—Ya, chiquita —dijo Javier, al besarle la mejilla—. Sé que te quieres hacer la difícil.

No es eso —Luciana detuvo el brazo antes de que abordase su cintura—. Es que no tengo ganas de hacerlo, amorcito. Ahora no. No tengo ganas.

Javier se alejó de ella, la observó por un momento, borró su sonrisa y se dirigió a la cocina. Luciana lo esperó, se mordió los labios y acomodó su blusa y cabello. Él apareció por el umbral y le dio un beso en la frente.

Había quedado en verse con un par de amigos; llegaría en la noche probablemente. Luciana vio cómo cerraba la puerta y pensó en el aroma a alcohol que la había besado.

—¿Usted no iba al colegio? —preguntó Marcos.

—Ya no, él me mantenía —Luciana miraba la pared y se preguntó por qué Julia habría hecho esos garabatos—. Me encargaba de la casa y de él. Su padre le enviaba giros cada mes y él conseguía plata, Dios sabrá de dónde. La verdad, no quiero ni imaginar.

—¿Y él? —Marcos apoyó sus codos en los muslos—. ¿Seguía estudiando?

—No, pese a que su padre le enviaba cartas cada tres meses —se quitó un cabello de la tira del vestido y lo tiró a un lado. Notó que la mirada de Marcos se mantenía rara vez en sus ojos, pero prefirió no comentarlo—. En todas y cada una de ellas le decía que debía estudiar medicina, que quería que sea alguien importante y de prestigio. Un hombre hecho y derecho. Nunca lo vi responderle una carta. Creo que nunca se le cruzó por la mente hacerlo.

¿Hacer qué?; si sabía que le gustaba eso, tenerla agarradita de la cintura y las manos contra la pared porque siempre se hacía la difícil; siempre se hacía la difícil, chiquita.

—¡Suéltame! ¡Estás borracho! ¡Suéltame! —gritaba Luciana, al intentar zafarse los brazos de Javier—. ¡Sabes muy bien que no me gusta cuando estás borracho! ¡Déjame!

No, no, que era su mujer y tenía que obedecerle; porque cuando él quería, ella tenía que obedecerle y darle lo que quería; y él la quería a ella, chiquita; a todita ella.

Empujó a Luciana contra la cama y saltó sobre su cuerpo. La detuvo entre sus manos y rodillas. El hedor que emanaba de su boca se impregnaba en cada beso en el cuello, en el pecho y en los labios. Luciana intentó empujarlo, pero sus manos la encarcelaron contra las sábanas y el colchón. Que la dejase, por favor; que no quería; no quería. Uno de los grilletes se convirtió en un abanico de hierro y cayó sobre el rostro de Luciana.

Era su mujer y él la quería, chiquita, la quería en ese momento; y ya, carajo, que le obedeciera o sería peor...

—¿Por qué seguía con él? —preguntó Marcos, luego de arreglarse el mechón de cabello que caía por su frente.

—¿Por qué sigue con ella? —Luciana esquivó su mirada y no esperó a que él le diese una respuesta—. Es así. Sólo se sigue a su lado porque no hay más, no conoces más, no tienes más. Es la única persona que me quedaba.

—No —dijo Marcos, decidido—. Hay más. Siempre hay más, o no estaría viva para contarme todo esto.

—No hubo más y no tuve a dónde ir —Luciana miró los zapatos de Marcos y notó que relucían. Su cabello cubrió sus mejillas y sus ojos se cerraron por un momento—. Soporté y creo que por eso sigo aquí.

—¿Y tu madre? —Javier bebía agua directamente de la jarra como si hubiese vivido en un desierto por cuarenta días—. ¿Algún día hablarás con ella?

—No —respondió Luciana, sin verlo a la cara—. No quiero hablar con ella.

—Pues deberías —dejó la jarra casi vacía sobre la mesa y enderezó el cuello de su camisa—. Al menos, pídele consejos para cocinar, que no lo haces muy bien que digamos.

Tomó sus llaves, abrió la puerta, desapareció de la vista de Luciana y la cerradura impactó tres veces contra la madera. Luciana tapó sus labios con una mano. El pecho le quemaba; la garganta le picaba. Se puso de pie y corrió al baño, mientras recogía su cabello con la mano desocupada. Empujó la puerta con el hombro, abrió la tapa del inodoro y luego descubrió su boca.

—¿Nunca lo denunció por los golpes? —Marcos la observaba, sin parpadear—. ¿Le ha contado a alguien más sobre esto?

—No, nunca lo denuncié —Luciana observó sus uñas, inclinó su cabeza e intercambió las posiciones de sus piernas—. Nadie te hace caso. No valía la pena.

—¿No valía la pena? —Marcos apretaba los dientes e hinchaba sus fosas nasales—. ¿Se está escuchando? ¿Acaso sabe lo que me está diciendo?

—Sí, lo sé, y muy bien —Javier observaba a Luciana de reojo mientras conversaba con un sujeto canoso, vestido con saco y corbata—. Pero no sé con qué otra cosa pagarle.

—Aceptaré este pago, Flores —respondió el hombre, al girar la cabeza hacia ella—. De todas formas, no completa la deuda que tienes.

La puerta no estaba cerrada lo suficiente para que ella se dispiera de la vista de ambos. La observaban sin discreción como si hablasen con ella, a

la distancia, con cada uno de sus parpadeos. Javier caminó hacia la habitación, mientras el hombre le sonreía.

—Luciana —la tomó de la cintura y una mano subió hasta el cabello—. Tengo... Tengo una cosa por resolver con el señor de afuera, pero... —volteó el rostro, observó al sujeto y acarició la mejilla y el cuello de Luciana—. Pero, primero, él hablará contigo. Eh... Digamos que necesita una perspectiva femenina.

—¿Por qué yo? —Luciana apretó los dientes y miró al hombre.

—Porque quiero que sea así, chiquita —la mano dejó de acariciar su cuello y oprimió su piel—. Tú obedeces todo lo que yo digo, ¿no es así, chiquita?

Luciana bajó la cabeza. Los dedos de Javier no la tocaban más y la habitación pesaba más que antes. Observó el intercambio de palabras entre los hombres; oyó las pisadas que se acercaban y el par de ojos que la lastimaban. La puerta se expandió por completo y el hombre canoso ingresó al cuarto. Javier sostenía el picaporte y lo giraba hacia ambos lados mientras dirigía su otra mano hacia sus párpados. Los dejaría solos; estaría fuera de la casa por si lo necesitaban. Las paredes se cerraron y el hombre se quitó el saco, la corbata y los zapatos

—¿Nunca hizo algo para detenerlo? —Marcos se puso de pie y empezó a caminar en círculos—. ¿Nunca pidió ayuda?

—Hice lo que tuve que hacer —le quitó la mirada y la centró en el agujero del mueble donde estaba él estaba sentado. Balas; eran agujeros de balas—. Traté de librarme de lo que ocurría, pero entendí que no podía. Dejé que pasara y pasó. Pasó y se quedó ahí.

Volteó la cabeza, cerró los ojos, recorrió su mejilla con el pulgar y suspiró sobre una línea negra de su vestido. La pared de colores se infiltraba en sus pupilas, mientras los agujeros la llamaban silenciosamente. La miraban; la miraban tal y como lo había hecho los ojos de su madre. Luciana volvió el rostro, observó inquietud en el zapateo de Marcos y abrió la boca, pero su mandíbula se cerró inconscientemente. Él levantó la mirada, e intentó pedirle una disculpa por entrometerse; sin embargo, ella lo silenció con una mano al aire y al mover la cabeza de izquierda a derecha.

—Él... —los labios de Marcos dudaban; sus dedos crujían con cada apretón—. ¿Él la dejó en paz en algún momento?

—No, —respondió Luciana, inmediatamente—, me quedé con él y ocurrió lo mismo varias veces. Fueron casi tres meses, pero me golpeaba cada

vez que se emborrachaba.

—Pero... —Marcos apretó los dientes y exhaló—. ¿Por qué?

—Porque no tenía más —Luciana no dudaba al hablar—. Era él o nada.

—¿Y su madre? —las manos de Marcos pesaban más de lo habitual—. ¿Sus abuelos?

—No he visto a mi madre en más de cuatro años. Un día la vi caminando por la calle. Me vio, escupió en el piso y siguió su camino —notó que debajo del sofá que ocupaba Marcos, había un vidrio azul y roto—. Ese amor está... Está muerto, por así decirlo.

—Pero es su madre... —insistió Marcos.

—¿Y crees que eso me importa? —dijo Javier, mientras bebía cerveza del pico de la botella—. Yo soy quien pone la plata aquí. Yo soy quien sale a trabajar todos los días desde que dejé el colegio. Tres meses de mierda para darte qué tragar y sólo escucho quejas. No me vengas a dar órdenes. Ninguna mujer me va dar órdenes.

—Sólo quiero que no tomes todos los días —dijo Luciana, de pie, mientras él observaba el televisor, sentado en el sofá más grande—. No me gusta verte borracho.

Javier dejó la botella en el piso, se limpió los labios con la muñeca y se acercó a ella con una sonrisa. ¿Acaso le estaba llamando borracho, chiquita? Sus dedos acariciaron el cuello de Luciana con firmeza. Los diez rodearon sus palabras y las convirtieron en gemidos entrecortados. Ella notó que él no parpadeaba, que sus ojos estaban inyectados y que sobre el ceño fruncido aparecía una vena. El hombre era él, chiquita; que nunca lo olvidase.

—Esa misma noche, mientras estaba dormido por la borrachera, le quité las llaves y me largué de esa casa —Luciana abría y cerraba su palma, como si aún estuviese sintiendo el metal en su mano—. Cerré la puerta con seguro y tiré las llaves en un terreno lleno de basura, muy lejos de donde vivíamos.

—¿Por qué en ese momento? —preguntó Marcos—. ¿Por qué no se fue antes?

—Porque, a pesar de que sentía como que iba a morir, sabía que no iba a pasar —frotaba sus dedos contra la tela de su ropa—. Pero, esa última vez fue muy diferente...

Su único acompañante era su propio reflejo en las ventanas. Los postes alumbraban su camino, pero no la dirigían a ningún lugar. ¿Ahora qué haría en esa ciudad sin ropa ni dinero? La noche de Trujillo era indiferente a la mujer que caminaba en pijama y sandalias por sus veredas. Ni la Luna se asomaba a verla; ni ella le tenía piedad.

—Quería llegar a la plaza de armas, pero mis pies ya no daban más —Luciana notó que Marcos le prestaba completa atención—. Busqué un rincón en una de las casas abandonadas y me tapé con todas las bolsas que encontré.

El ruido del agua la despertó. Las bolsas crujieron al mismo tiempo y los hombres se volvieron hacia el bulto de plástico. ¿Qué había ahí, huevón? Uno de ellos se acercó al cuerpo. Parecía una chibola que estaba durmiendo, huevón. El tercero cerró su cremallera y se alejó de la pared manchada. Luciana se puso de pie y se apartó lentamente de los tres sujetos. El de la cremallera sonrió al observarla. ¡Que la atrapase, cojudo! Luciana tomó una piedra, la lanzó contra su atacante y la sangre cayó por su frente. Ya se había cagado, chibola de mierda.

Los otros dos cogieron lo que encontraron en el suelo. Chapas de cerveza, vidrios rotos, canicas, piedras, botellas y un par de huesitos de pollo. Golpearon su espalda y piernas, mientras las paredes la encerraban. Ya no, por favor; que la dejaran en paz. Se acuclilló y lloró sobre sus muslos. Sintió que una botella de plástico le cayó en la cabeza, y que su pierna enrojecía su ropa. Los hombres reían al alejarse, mientras Luciana se empequeñecía en lágrimas. ¿Qué más podría pasarle, Dios?; ¿qué más?

Camino dentro de una casa como esta por primera vez en mi vida;

saco mis llaves porque escucho que alguien grita y mi rabia aumenta en este día;

se ríe de mí, cree que soy débil y me amenaza de la boca para fuera, pero es él quien tiritita;

su puño golpea el estómago de ella y ambos, como si no supiera, me

miran;

su cabello es tan fino y curvado, como sus labios y su cuerpo canela;

lo observo al entrar a la cocina, mis dientes rechinan y todo lo que pienso acaba en "mierda";

¿por qué es tan melosa con él, aunque la trata como si fuese un objeto?;

ambos aún me observan y tratan de darme una explicación del golpe y el momento;

los papeles verdes caen sobre la mesa, Raquel los toma y los guarda entre sus senos y ropas;

busco entre los cajones, cojo el cuchillo y veo, en el reflejo, mi boca;

lanza el arma sobre la mesa, me dice que la cargue, pero el acero pesa demasiado;

me impaciento con cada segundo y busco desahogarme con retazos;

me dice cómo usarla y me pide que la desbarate, con cuidado;

doy media vuelta, tratan de explicarme, pero ya me dirijo a su cuello, sin reparo;

apunto hacia sus caras, quemo mis dedos y retrocedo, mientras ellos caen al suelo;

las gotas rojas manchan el metal, mis dedos y su cuello;

me insultan, pero yo sonrío y me pregunto si fue la inexperiencia o si en realidad quise fallar;

lo dejo, me incorporo, él corre a un espejo y ella me abraza porque ya no quiere pensar;

me alejo de Raquel y su perro, aún los intimida el arma, pero los tres tenemos lo que queremos;

me pregunta por qué, me acerco y le digo: "mamá, lo quise hacer desde que te oí sufriendo".

Capítulo 3

Una mano en la cintura, otra en el hombro y dos se unían en el aire, a la altura de los cuellos y las bocas. Giraban al compás de los instrumentos, uno; se embriagaban entre miradas y roces, dos; marcaban el paso mientras cantaban con ojos brillantes y labios cerrados, tres. Y al dulce bordonear de las vihuelas, el día se estremecía como antaño; el viejo callejón de un solo caño con el repiquetear de castañuelas. La vio sonreír, mientras los vasitos repletos de cachina iban de mano en mano, boca en boca, y las risas peleaban contra la canción de tres cuartos que resonaba en toda la casa. Y seguían las guitarras con sus trinos quitando el sueño a todos los vecinos; y seguían las guitarras con sus trinos quitando el sueño a todos los vecinos.

—Hace mucho que no te veía sonreír —dijo Marcos, casi gritando.

—Hace mucho que no me sentía así —Julia se había acercado a su oído y le hablaba despacio, como si le estuviese enseñando a pronunciar las vocales.

Las parejas bailaban en medio de las sillas de plástico que rodeaban el salón. Los abuelos de Marcos daban cátedra en el centro de los círculos humanos y las miradas de quienes bebían alrededor. Los zapatos resonaban en el suelo de la casa de los setentones mientras las ventanas zumbaban con los golpes del cajón. Alegre taconear había hecho crujir el cuarto dieciséis, a la voz varonil de un buen cantor que, con sabor, en pleno jaranear había pedido un cajón antes de amanecer; y había empezado la sabrosa marinera. Los aplausos de los presentes se elevaron con un sonoro “¡Qué viva la santa!”, proveniente de un borrachín que se aferraba a su vaso en una esquina. Las parejas se dispersaron, los músicos callaron y las murmuraciones engalanaron el salón entre sorbos alcohol.

—Hijo —el anciano llamaba a Marcos al mover los dedos y alzar el vasito lleno—, ven, tómate una copita con tu abuelo —Marcos soltó las manos de Julia, se volvió y dio dos pasos al frente—. ¡Pero ven con tu chica, carajo,

que también quiero brindar con ella!

Julia no esperó a que Marcos le dijese que lo acompañase. Apareció a su costado, mano a mano, y caminaron juntos. Don Antonio, el abuelo de Marcos, se reunió con su esposa en un extremo del salón. Que agarrasen un par de sillas y se sentasen con ellos a conversar un rato. Ambos ancianos tenían el cabello gris pero el de la mujer, por partes, se tornaba tan blanco como la nieve. Dos sillas fueron arrastradas por el suelo y los vasos se llenaron de inmediato. Marcos levantó el suyo, mientras sonreía. ¡Por los quince años de la abuela Estela y por los quince que se repetirían el siguiente año y todos los que faltaban por venir! Las risas se disiparon con el choque de los vidrios, el sabor del trago y el remezón en el pecho.

—Está buena la cachina, ¿no? —preguntó don Antonio, mientras llenaba el vaso de doña Estela. Marcos asintió con la cabeza y Julia lo imitó—. Esta es de un amigo de Ica que fui a visitar el mes pasado. La tenía guardada porque en unos meses ya no habrá cachina hasta después de la cosecha. Le compré diez porrones pensando que me quedaría para otra ocasión, pero estos chupan como náufragos...

—¿Y nosotros no? —Marcos asió el vaso vacío de Julia y estiró ambos brazos para que el anciano les sirviese más—. Es más, creo que sólo hay nueve porrones y que el décimo se lo trajo en la barriga... ¡Y no me llevó con usted!

—No me lleva ni a mí —dijo doña Estela, muy seria, al dar un pequeño sorbo—. Quién sabe por dónde se perderá y con qué borrachitos se irá a tomar.

—Pero no dejo de volver —don Antonio bebió todo el alcohol de un solo golpe; Julia sonrió y Marcos imitó a su abuelo—. Siempre regreso a la casa contigo, vieja.

—¿Y quién más te va a aguantar? —doña Estela bebió el resto de su trago. La mano le temblaba cada vez que la acercaba hacia su boca. Al terminar, le alcanzó el vaso a su esposo mientras se limpiaba los labios con la muñeca.

Don Antonio lo recibió, sonriente. Esa vieja, carajo, qué jodida era. Doña Estela lanzó una mirada cómplice a Julia. Jodida, pero siempre decía la verdad, carijo. El brazo del anciano rodeó al de su esposa. Ah, caracho; Jalisco nunca perdía, hijo; Jalisco nunca, perdía.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos? —preguntó Julia, luego de beber un sorbo.

—Tengo setenta y cinco. Nos casamos a los veinte, yo; y ella, veintiuno —don Antonio clavó su vista en el techo del salón por sobre sus gruesos

anteojos—. Cincuenta y cinco años en noviembre —bajó la mirada, observó a su mujer y ella asintió—. Sí, casi cincuenta y cinco años soportando a esta renegona —doña Estela levantó una ceja—. Y ella a mí.

—Eso es toda una vida —Julia terminó su trago y miró a los ancianos.

—Tenemos cinco hijos y una casa —don Antonio aún abrazaba a su esposa—. Todos nuestros hijos tuvieron educación y nunca les faltó comida. Algunos no quisieron estudiar como la mamá de aquí, mi nieto, porque tuvieron familia y empezaron a trabajar; y bueno, ya estaban grandes y tenían responsabilidades que asumir —Marcos recibió el vaso de Julia, mientras ella se perdía en las pupilas de la anciana—. Tuve que trabajar por casi toda la costa y venir cuando podía, pero valió la pena.

—Al final, lo tienen todo —dijo Julia, luego de tocar su collar y acomodarse el cabello.

Los vasos se llenaron una vez más. El olor a uva se impregnaba en los dedos de don Antonio y en la mente de quienes bebían en la fiesta. Un hombre calvo se acercó al anciano, se disculpó con Marcos, Julia y doña Estela, y mostró una jarra vacía. Que había llegado su nieto, el hijo de Isabel, y que parecía estar un poco mal de la garganta. Don Antonio abrió sus piernas y tanteó debajo de su silla. Ah, carajo, que le diera su cachinita, que eso era bueno para los bronquios. Un porrón fue arrastrado por el suelo y la jarra tomó color con el sonido de una catarata. Las palabras fueron apabulladas por un cajón y una guitarra que extrañaban a un cariño. Donde se dormían sus ojos chinitos, cariño bonito, ¿por dónde andaría? Marcos se acercó a sus abuelos y les habló al oído. Acompañaría a Julia hasta su casa y regresaría; tenían que ir hasta Miraflores y por eso se estaba yendo un poco temprano. Doña Estela sonrió e hizo un ademán para que Marcos se acercase. Que tuviese mucho cuidado, hijito; que se regresara en el mismo taxi en que se iba. Don Antonio observó a su esposa y tocó el brazo de su nieto. Vieja, caracho; que mirase, tremendo muchachón; ya sabía cuidarse solo. Julia se despidió de los ancianos con un beso en cada mejilla y les deseó que disfrutasen lo que restaba de la noche. Sentía que venían sus pies chiquititos, cariño bonito, ¿cuándo volvería? Julia se despidió con una mano de quienes conocía mientras caminaba por el salón. Los padres de Marcos esquivaron su adiós y se concentraron en los músicos; sin embargo, los borrachitos le sonreían a lo lejos. Ambos ingresaron a la casa y caminaron hasta la sala tomados de la mano.

—Ya empezó a correr aire —el brazo de Marcos rodeó los hombros de Julia.

—Pero ese trago sí que calienta el cuerpo —Julia bostezó, mientras un

escalofrío le recorrió la espalda—. Y también marea, un poco.

—Es porque no estás acostumbrada —dolía su ausencia cuando estaba solito, cariño bonito venga, venga, le quería más—. Yo lo he tomado desde los seis años.

—¿Entonces eras un borrachito que salía a vomitar por la calle? —Julia giró la cabeza, levantó una ceja y se frotó los brazos con ambas manos. Estaban solos dentro de la casa, pero la música rebotaba en los rincones.

—¿Cómo sabes que salía a vomitar exclusivamente en la calle? —y si no sabía que la necesitaba, que pasase un ratito por su soledad; sabía que al verlo cantando solito, cariño bonito, tendría que llorar—. Bueno, a veces, cuando no quería ir al colegio o a misa.

La sala de visitas era pequeña. Sobre las paredes blancas colgaban un retrato y un par de diplomas a nombre de la nación. Al otro extremo, perpendicular a la ventana, se hallaba un librero de madera gruesa. Las pastas marcaban un par de biblias, enciclopedias, diccionarios, códigos civiles y constituciones del siglo veinte. Marcos llevó a Julia a un mueble. Llamaría un taxi desde el teléfono de adentro y ahora volvía. Ella detuvo su brazo mientras se sentaba. Que esperase; que le dejase su abrigo porque se moría de frío. Marcos se quitó la chaqueta y cubrió por el torso a Julia, quien había extendido los brazos para que las mangas encajasen a la perfección. Cariño, regrese a su lado; venga acá cariño, sabía que lo quería; cariño, cariño, su amor no se moría; venga acá cariño, no le había olvidado. Marcó el número de taxi habitual, pero el chirrido constante le pedía que esperase. Colgó el teléfono, ojeó un par de recibos de luz que se encontraban debajo y delineó el borde ralo de la mesita. Ordenó los papeles por meses y los puso debajo de las patitas negras y redondas del aparato. Quitó el polvo sobre una esquina del auricular, lo levantó como si sus dedos fuesen pinzas de quirófano y marcó el mismo número. La punta de su zapato tocaba el suelo en cada intervalo de los largos chirridos y empezó a sentir una conocida necesidad que temblaba en sus dedos. Él la extrañaría, ella lo extrañaría; él la recordaría, ella lo recordaría; él la buscaría, ella lo buscaría; él la encontraría, ella lo encontraría. Colgó la llamada y regresó sobre sus pasos, mientras abría y cerraba sus manos sin notarlo. El carro llegaría en veinte minutos, amor. Julia, aún sentada en el sofá, lo confinó entre sus pupilas y alzó el brazo a la altura de su hombro. No hubo un parpadeo.

—No es lo que crees —Marcos se detuvo en el umbral.

—Yo no creo nada —Julia le lanzó la bolsa a sus pies y, luego, la chaqueta—. Sólo veo la misma mierda de siempre. ¿De verdad crees que puedes engañarme con unas palabritas? ¿De verdad me crees tan

estúpida como para intentarlo?

La perdonaría, lo perdonaría; siempre la querría, siempre lo querría; siempre le diría, siempre se lo diría. Julia se incorporó, esquivó las manos de Marcos y salió por la puerta que daba hacia la calle. Corrió detrás de ella sin recoger lo que le había lanzado y el frío entró de lleno por su espalda y brazos, como un cuchillo que lo esperaba impaciente en la oscuridad. La tomó de la mano, fuertemente, mientras ella intentaba zafarse. ¿A dónde iba?; no podía irse sola por lo que ya sabía. Cariño, cariño, cariño; cariño, cariño, cariño. Julia golpeó sin fuerza el brazo de Marcos. Que se fuese a la misma mierda, que prefería morirse que verlo a la cara.

—No dejaré que te vayas sola —Marcos intentó traerla consigo; sin embargo, Julia logró soltarse—. Te puede pasar algo. No podré con mi conciencia si te pasa algo. Espera, al menos, hasta que llegue el taxi.

—¿Y yo qué? —se mordió los labios, apoyó ambas manos contra la pared y soltó tres puños sobre ella—. ¡¿Y yo qué?! ¿Acaso yo no me preocupo? ¿Acaso yo no pienso todas las malditas noches que te puede pasar algo cuando vas por esta porquería, o cuando caminas drogado por quién sabe dónde?

—Yo... —bajó la cabeza y observó las líneas de la vereda. Ya ignoraba el frío.

—¿Tú? —lo empujó, sin fuerzas. Él la miró, sorprendido—. Tú me vas a decir dónde mierda compras eso. ¡Ahora! —Marcos se quedó en silencio. Julia le dio un empujón más fuerte y con las manos extendidas—. ¡Dímelo, carajo!

—Cerca de la entrada a San Juan de Miraflores. A unas doce cuadras de mi casa —no la miraba; no quería verla; no podía verla—. Sólo preguntas por el Perro y te dirán que vayas a una casa de adobe, pintada de azul y con una puerta de vidrio.

—¿Qué vende ese infeliz? —Julia había cruzado los brazos y ya no levantaba la voz.

Lo que ya sabes... —dijo Marcos, con la cabeza gacha—. Algunos dicen que también vende otras cosas, pero no lo sé y ni quiero saber.

Julia respiró hondo, intentó golpearlo en el rostro, pero se detuvo antes de tocarlo. Que no la buscara si no dejaba esa porquería; no quería volver a verlo así; nunca así. Dio media vuelta y lo dejó solo en la oscuridad. Marcos la vio alejarse en la neblina y supo que no lograría que volviese. Cruzó los brazos, la observó una vez más y regresó a la casa. Donde se

dormían sus ojos chinitos, cariño bonito, ¿por dónde andaría?

—Lo encontramos borracho —dijo Mariana, sin mirar a Camila—. La puta que le estaba haciendo compañía recogió su ropa y el dinero del velador. Al menos tuvo un poco de pudor, un poco de sangre en la cara, como para irse sin tener que pedírselo.

La almohada estaba cubierta de manchas amarillezcas. El hombre roncaba tan fuerte que el silencio de la madrugada se perdía en cada grave que salía de su boca. Mariana lo movió por el brazo y le dijo que despertase; sin embargo, su padre sólo callaba los ronquidos por un par de segundos. Asió uno de los vasos que emanaban hedor a whisky, entró al baño contiguo, lo enjuagó tres veces, lo llenó de agua y mojó el rostro del hombre que dormía.

—¿Esto es lo que suelen hacer los hijos por los padres? —Mariana dejó el vaso en el velador y concentró su mirada en la sábana húmeda—. ¿Tienes que estar en este estado, tan borracho y asqueroso, para que tu hija pueda verte?

—Vamos, papá —dijo Roberto, quien aún permanecía en el umbral—. Debemos ir a casa para que descanses un poco. Si salimos más temprano, mejor.

—Mi padre no era así —Camila tragó saliva y se preguntó desde cuándo quería hablar de su padre con alguien—. No bebía, sólo salía a trabajar y nunca nos faltó nada; pero siempre tuve esa sensación de miedo cuando me hablaba. Como si supiera algo malo sobre él. Algo malo que no podía recordar o que no quería saber.

El hombre dormía como un niño en el asiento trasero del auto. Ambos hermanos estaban tan callados como dos desconocidos sentados en un autobús. El polvo ardía en la carretera hacia la capital y Mariana cerraba los ojos al enfrentar el viento que se cortaba en su ventana. Exhalaba con dificultad, bajaba la cabeza, calmaba su pecho y lo volvía a intentar. Veía en cada señal de curva a su sudoroso hermano en el retrovisor. Roberto bebía litros de agua mientras manejaba y se detenía en cada uno de los grifos de la carretera para comprar más. Mariana sabía que sólo era una

excusa para utilizar el baño, pero la comida y el café que le traía en cada parada la mantenía despierta.

—Fue la primera vez que tuve paz al lado de mi familia —observó sus uñas, dispares por el constante mordisqueo, y dibujó una línea invisible sobre la tela blanca que cubría su muslo—. Fue tan extraño y calmado, que hasta pensé que vería el rostro de mi hermana por el retrovisor para completar el cuadro —Camila observó los dedos de Mariana—. Pero ella ya no estaba ahí.

Doña Guillermina los había esperado en la puerta por más de una hora. ¿Estaba bien el señor Salas?; ¿dónde lo habían encontrado? El motor calló con el tintineo de la llave y Mariana cerró la puerta del auto. ¿Dónde más, doña Guillermina?; lo habían encontrado en un hotel de mala muerte con una pobre mujer que rogaba por el amor que salía de su billetera. El ronquido del hombre disminuyó con cada sacudida de su hijo. Los ojos de doña Guillermina apreciaron un brazo por encima de unos hombros regordetes y un par de zapatos que se arrastraban por la vereda. Mariana notó que la anciana estaba tranquila y callada, como si hubiese visto la misma escena en más de una ocasión.

—No volveré a buscarlo cuando se largue a emborracharse otra vez —Mariana esperaba por doña Guillermina, quien era la última en entrar a la casa—. Es más, creo que nunca más volveré a esta ciudad.

—No hables así, mi niña —doña Guillermina la tomó suavemente del brazo y la guió hacia las escaleras—. Volverás. Te acordarás de mí el día que vuelvas. Volverás porque el lazo que nos une es algo que no se pide y que no se puede ocultar.

—Ellos no son mi verdadera familia —Mariana se acostumbraba a los pasos de la anciana, un escalón luego de afianzar el anterior—. Al menos, no los siento como tal.

—¿Y quién habla de familia, hija? —la voz de doña Guillermina era tan fina como un suspiro de medianoche—. Yo hablo de amor. Ese amor que te hizo volver para darle el último adiós a tu hermana. El mismo amor que te obligó a buscar a tu padre y convivir por unas horas con tu hermano. Sólo pregúntate por qué te quedaste.

Mariana notó el brillo de la perilla al final del pasillo. Mejor no le respondía a doña Guillermina; no le gustaba discutir con ella. Se detuvieron frente a la puerta y la anciana levantó una ceja. ¿Tenía miedo de entrar, niña? Mariana dejó escapar un soplo. No lo sabía; sólo no quería estar sola en ese cuarto. La mujer canosa giró el metal y la luz solar cubrió los pies de ambas. La habitación estaba tal cual como la había dejado: el armario cerrado, los zapatos en línea, las cortinas amarradas y la sábana de la

cama sin una arruga.

—No hay nadie, mi niña —las mujeres ingresaron, se acercaron a la cama y sólo doña Guillermina se sentó sobre ella. Mariana caminó hasta la ventana, y observó las casas de los alrededores y a los niños que jugaban en el parque—. Es lo que te había dicho: extrañas mucho a tu hermana y recordaste que ella se escondía en el armario para molestarte.

—Ella dijo que yo la había matado. Me lo susurró al oído —los dedos de Mariana soportaban el vidrio y este soportaba su reflejo—. También quiso ahorcarme.

—Todo estuvo en tu cabeza —la anciana se incorporó y caminó hacia el ropero. Abrió las puertas de par en par e hizo lo mismo con las prendas colgadas—. ¿Ves? No hay nada más que tu propia ropa. Todo está en tu cabeza, mi niña.

—Quise decirle que no extrañaba a mi hermana, que sólo había regresado para estar segura de su muerte —Mariana observó a Camila y se percató que no había expresión alguna en su rostro, que se limitaba a escuchar lo que le contaba—. Quise decirle que mi hermana me había llamado una semana antes que muriera, pero sólo le había colgado el teléfono. También quise decirle que le faltaba un cuchillo pequeño en el segundo cajón del repostero blanco de la cocina porque me lo había llevado para el viaje hasta Barranca; y que lo había botado en un baño de los grifos de la carretera. Quise decirle que cuando vi a mi padre al lado de esa puta recé para que no estuviese respirando; pero me quedé callada, mientras ella hablaba y hablaba cualquier cosa sobre él, mis hermanos y mi niñez.

El día desaparecía lentamente en su ventana y una franja rojiza marcaba el inicio de la noche. Dos golpes en su puerta y un “Niña, ya está la cena” fueron necesarios para que su pie dejase la cama y finalmente tocase el suelo. Caminó hacia las escaleras y sus ojos batallaron contra la luz artificial mientras descendía. La mujer oyó sus pasos y le pidió que esté a su lado. Su padre aún dormía, niña; y su hermano todavía no llegaba a la casa. Mariana se sentó en la mesa y cogió la cuchara. Una vez más, las dos solas a la hora de comer, doña Guillermina.

—Has estado encerrada en ese cuarto toda la tarde —la anciana movía la sopa con delicadeza, como si escribiera un verso—. Parece que en esta casa nadie quiere verse.

—Hay uno que no puede ni abrir los ojos, doña Guillermina —Mariana sentía el humo salir del plato e imitaba a la anciana—. No podemos obligarlos a que maduren.

—No amargues tus últimas horas en esta casa, mi niña —dijo un pequeño sorbo a la cucharada de sopa y buscó la mitad de un limón—. ¿A qué hora viajas a Tacna?

—No he comprado un boleto y supongo que habrá mucha gente queriendo viajar. Creo que iré al terminal a las doce. Así llegaré cerca de las ocho de la noche a la casa.

—Tu hijo te debe estar esperando —se limpió los labios con una servilleta y bebió un poco de jugo de naranja—. La próxima vez, tráelo contigo o, al menos, una foto para mí.

—La próxima vez me la llevaré a Tacna como sea, doña Guillermina. Ya veremos qué dice el doctor. A ver si puede viajar o no.

—Hija... —una voz gruesa, como la de un león, se adentró en el comedor. La mujer canosa giró la cabeza, mientras Mariana sólo levantó la mirada—. Quería... Quería verte.

Doña Guillermina dejó caer su cuchara. Que se sentase, señor Salas, ahorita le iba a servir la cena. Mariana, aferrada a su cubierto, tragó saliva. Ya se había despertado ese infeliz. La silla de doña Guillermina se movió con lentitud; sin embargo, los pies de Anselmo Salas no se movían del suelo.

—No recuerdo haber estado en la garganta de esa mujer de Barranca —Mariana dio un sorbo a la cuchara, observó el rostro de doña Guillermina y partió los fideos con el cubierto—. O donde sea que hayas buscado.

—Esa no es manera de hablarle a tu padre, Mariana —la mujer se había detenido para escucharla—. Respétalo y respeta la mesa.

—Déjela, Guillermina —Anselmo dio un par de pasos largos hacia la mesa y sacó una silla de su lugar—. Yo hablaré con ella. Sólo tráigame un café muy cargado, por favor, como el de los domingos.

—¿Todos los domingos despiertas con una resaca de los mil demonios?

—Mariana empezó a comer pausadamente y no levantaba la mirada de su cubierto.

—¿Tienes algún problema conmigo? —dijo Anselmo. Doña Guillermina se guardó su reprimenda e ingresó a la cocina—. ¿O es que no sabes más que odiar?

—¿Odiar? ¿De verdad te aprecias tanto que crees que te odio? —había levantado el rostro y sus ojos no parpadeaban—. Por favor, no me hagas reír que estoy comiendo y no quiero botar la sopa por la nariz. Suficiente

tiene doña Guillermina con tus porquerías.

—¿Qué fue lo que te hice para que me hables de esta forma? —las manos de Anselmo golpearon la mesa.

Doña Guillermina asomó la cabeza por la puerta. La cucharita temblaba al lado de la taza y el humo se perdía a pocos centímetros del líquido amargo. Que hablase, Marianita, que dejase de sonreír y que le respondiese bien a su padre. Los pasos eran más cortos con cada segundo y la sonrisa de Mariana se convertía en una carcajada. Anselmo, con el rostro colorado, se había puesto de pie. Carajo, ¿de qué se estaba riendo?; ¿acaso era de él? La risa de Mariana cesó y Doña Guillermina colocó la taza sobre la mesa.

—¿Quieres saber por qué te desprecio tanto? —la voz de Mariana era lo único que se oía en aquel comedor—. ¿Quieres saber por qué me largué cuando tenía nueve años?

—¡Mariana, no le hables así a tu padre! —doña Guillermina se apoyaba contra la silla.

—No se meta, Guillermina —Anselmo, con el ceño fruncido, observaba a su hija sin parpadear—. Habla, Mariana, ¿por qué me odias tanto?

¿Lo odiaba?; quería creer que no, que al menos lo intentaba cada vez que se lo preguntaba, pero ni siquiera sabía si lo quería como para odiarlo. Mariana volteó y notó la mirada perdida de su acompañante. ¿Cuántas veces se había hecho la misma pregunta?; ¿cuántas veces no había encontrado un poquito de ese cariño que doña Guillermina le había hablado tanto? Camila apoyó su espalda contra la pared, cerró los ojos y preguntó: ¿los extrañaba?

—No —respondió Mariana, al instante—, no te odio.

—¿Entonces? —preguntó Anselmo, más calmado—. ¿Qué es?

—Es mierda —Mariana se puso de pie, intempestivamente—. ¡Es mierda! ¡Eso es lo que siento por ti! —doña Guillermina se tapó el pecho con una mano, mientras la otra recaía en su silencio—. ¿Cómo pudiste dejar que me trataran de esa forma? ¡¿Cómo dejaste que me llamaran asesina en tu propia cara?! —las lágrimas de Mariana cayeron sin encontrar una mano que las retuvieran.

Anselmo giró el rostro y notó la tristeza en los ojos de doña Guillermina. Que regresase a su casa, hija; que era mejor dejar las cosas como estaban. Mariana sentía que sus uñas se clavaban en sus propias palmas. ¡Cobarde!; ¡eso era, un maldito cobarde! Golpeó el mantel y las cucharas resonaron contra los platos. ¡Se quedaba callado, maldito cobarde!; ¡se

quedaba callado porque él también pensaba como ellos!; ¡él también pensaba que la había matado!

—Hija, regresa a tu casa, por favor —la voz de doña Guillermina se había quebrado—. No quiero más peleas. No más. Ya no más, por favor. Esto no es natural. La familia... La familia no se debe romper. A veces es mejor estar lejos y evitar matarnos con lo que decimos.

—Me mataron hace mucho, doña Guillermina —suspiró, mientras sus dedos secaban sus mejillas. Luego de ver el rostro de la anciana, Mariana bajó la cabeza—. No se preocupe. No estaré para cuando despierten.

Se alejó de la mesa y se dirigió hacia las escaleras. Por cada escalón rechinaban sus dientes como puños contra una pared. Las luces todavía permanecían en silencio y el pasillo se alargaba con cada pisada. Se iba, ya se iba, y se encontraría con ellos, con Miguelito y Renato; los extrañaba, demasiado, y estaba cansada de vivir con insultos que circulaban en las paredes, los espejos y dentro de los armarios. Abrió la puerta, las bisagras resonaron y los pasos en la escalera la obligaron a no cerrarla.

—Puede entrar, doña Guillermina —dijo Mariana, sin ver la rendija—. Por favor.

—Lo siento, mi niña —la anciana ingresó lentamente, como si temiese a Mariana—. No quise que eso pasara. Después de tanto tiempo... Eso no debió pasar.

Mariana cruzó los brazos, respiró hondo y esperó a que Camila dijese algo. ¿Cómo podría estar segura?; ¿cómo podría confiarle tanto y darle nada? Tocó el hombro de su compañera, ella volteó y notó que Mariana sonreía tristemente detrás de sus cabellos.

—¿Cómo llegó a este lugar? —preguntó Camila, con voz suave—. ¿Por qué vino a este lugar tan horrible?

—Como cualquiera otra mujer que está encerrada aquí —respondió Mariana, casi murmurando—. Me obligaron.

La luna resplandecía en su ventana, pero sus ojos ya se habían acostumbrado a la negrura de la medianoche. Se vio a sí misma en el espejo y pensó en lo que había dicho en la cena. Ya se iría; ya se iría. La maleta dormía sobre la cama, mientras su reflejo le hacía compañía. Diecinueve horas de viaje para llegar con ellos; sólo debía soportar diecinueve horas más. Sus dedos se tocaron a sí mismos en el vidrio y sus ojos observaron los de quien ya no existía. La miraba desde el espejo y ambas permanecieron inmóviles. Mariana volteó, su respiración se agitó y empezó a gritar. La maleta voló hacia la puerta, pero Cristina, como si

supiese lo que su hermana estaba pensando, esquivó el proyectil y se acercó lentamente, como si no quisiera llegar a su destino. Mariana gritó por ayuda, mientras las manos de su hermana buscaban su cuello.

No, que no la tocase, por favor; que ella ya se iría dentro de poco; ya se iría, ya se iría.

La luz del pasadizo alumbró la abertura entre el suelo y la madera, y una voz familiar apareció al otro lado del umbral.

—¡Mariana! —gritó doña Guillermina—. ¡¿Qué pasa, hijita?!

Mariana cogía lo que tenía al alcance y lo lanzaba hacia Cristina.

¡Era ella!; ¡la quería matar!; ¡que la ayudasen, por favor!; ¡la quería matar!

¡Que abriesen la puerta! Dos golpes se estamparon en la madera y el tercero rompió la cerradura. Doña Guillermina ingresó primero y notó que las ropas estaban por todo el lugar. ¿Dónde estaba, Marianita?; ¿dónde se había metido? Los tres bajaron la mirada y notaron que estaba arrinconada a un lado de la cama.

Ya se iba, por favor; que la dejaran en paz; que sólo la dejaran en paz, por favor.

Anselmo intentó ayudarla a levantarse, pero Mariana sacudió su brazo.

Que no la tocasen; que la dejaran sola.

Doña Guillermina se acercó y se sentó en la cama. ¿Qué le había pasado, hijita?; ¿quién quería hacerle daño? Mariana tomó bruscamente la mano de la ama de llaves.

Ella, había sido ella, doña Guillermina; había sido Cristina; quería matarla, doña Guillermina; otra vez quería matarla.

En el umbral, Roberto veía la escena, mientras intentaba calmar el dolor en su hombro por los golpes contra la puerta. No había nadie más en el cuarto, doña Guillermina; su hermana estaba viendo cosas.

Estaba ahí, doña Guillermina; la había visto y la quería matar.

—No hay nadie más, mi niña —dijo la anciana, con voz apacible.

Estaba ahí; la había visto de nuevo, y la quería matar.

—Sólo estamos nosotros cuatro —la mujer colocó su mano sobre el hombro de Mariana—. No hay nadie más en este cuarto, niña.

Pero la había visto; ¿cómo era posible que no hubiese nadie más?

—No, niña, no hay nadie más, sólo nosotros cuatro —replicó la mujer una vez más.

¿Qué le estaba pasando, doña Guillermina?; ¿qué le estaba pasando?

—No lo sé, hija —respondió la anciana, triste, mientras Anselmo y Roberto observaban la escena, inmóviles, desde la puerta—. No lo sé.

El teniente Mendoza vigilaba la puerta, arma en mano, mientras el puño de Suárez sangraba sin tener ninguna herida. ¿Ya quería hablar, rojito, o seguían jugando? Espinoza observaba callado en un rincón. El hombre amarrado en la silla sonreía con un vacío entre los dientes frontales. “Rojito” quedaría él cuando lo matase en la noche, tomo conchasumare. Los zapatos del suboficial se mancharon luego de que el detenido escupiera el nuevo diente roto.

—Tendremos que utilizar métodos más convincentes con ese rojete malparido —dijo el sargento Flores, quien también observaba el interrogatorio—. Supongo que si no le importa perder dientes, tampoco le importará perder un par de uñas. ¿Tienen algún alicate en esta comisaría, o algo que sirva?

—Creo que hay en la caja del cuarto de archivos —respondió el suboficial Pacheco.

—Ve a traerlo —dijo el teniente Mendoza, mientras observaba al interrogado, sin perderlo de vista—. ¡Empieza a cantar, terruco de mierda!

—Nunca —dijo Espinoza, al observar las ventanas de la calle—. Sólo eran preguntas y respuestas, nada de torturas. No éramos como ellos.

—Pero era un terruco —insistió Julia—. Yo que ustedes... Lo desangraba vivo.

El hombre cerró los ojos en el momento que el metal tocó su dedo. Las maderas mantenían inerte su mano, como si la hubiese congelado de un soplido. Espinoza, sentado al lado de la puerta, leía los informes de la investigación de la comisaría. Que tuviese mucho cuidado, zambo, que ese sujeto no era de fiar. Suárez, quien cargaba el alicate, logró coger la uña del índice. Ya, ya sabía, pero de todas formas estaba amarrado con cinco policías y tres militares alrededor; ¿qué podía hacerle?

—Tápenle la boca con algo —dijo Mora, quien apretaba las tablas de madera.

—No —respondió Suárez, al quitarse el quepí—. Quiero escucharlo gritar.

—Yo también quiero escucharlo, y bien clarito —dijo el cabo Paredes—, como el gallo que canta cuando amanece. Quiero escucharlo gritar como el hijo de puta que es.

Espinoza no quiso observar la escena. Tapó su rostro con los expedientes y se concentró en el papel. Que se callase, Anita; que dejase de gritar, por favor. El hombre se sacudió en el sitio mientras Suárez extraía la uña. ¡Que le dijese su nombre, carajo! Mora mantenía la mirada en el suelo: las náuseas habían regresado. Que dijera cuál era su nombre de mierda; que ya no soportaba más sus gritos. ¡No, nunca lo haría porque él daría su vida por la revolución! El metal dejó caer una uña al piso. El cabo Paredes dio tres pasos, formó un puño y lo impregnó en la mandíbula del interrogado. ¿Cómo se llamaba, terruco de mierda? Suárez, sin esperar una respuesta, colocó la herramienta sobre la uña del anular y la quitó. El grito del hombre atado resonó en toda la oficina.

—Está bien... Está bien —dijo el sujeto, quien respiraba con dificultad y gemía por momentos—. Les diré... Les diré cómo me llamo —Suárez dejó caer la uña extraída sobre su zapato—. Mi nombre... Mi nombre es el camarada Gustavo. Camarada... Gustavo. Ese... Ese es mi nombre.

—Tu nombre de verdad, hijo de perra —Suárez acercó, lentamente, el alicate frente al meñique—. O empezaré a sacarte dedos.

—No, por favor... No... Mi nombre es Aurelio Osorio. Osorio... Ese es mi nombre.

—¿Así nada más? —preguntó Julia, luego de cruzar una pista maltrecha—. ¿Les dio su nombre luego de preguntarle y amenazarlo un par de veces?

—Sí, aunque no lo crea —respondió Espinoza, al observar hacia ambos lados—. Ni lo llegamos a tocar. Le dijimos que le cortaríamos todos los

dedos de las manos y cantó como un pajarito. Son unos maricas.

—No te creo ni una mierda —dijo Suárez, al tomar de los cabellos a Aurelio.

—Es verdad lo que digo —respondió Osorio, quien sangraba de la boca—. Hice todo solo. Nadie... Nadie me ayudó. Lo hice yo solo.

—Este terruco cree que somos idiotas —el sargento Flores caminó hacia su derecha—. ¿Acaso piensas que vamos a creerte que mataste a casi setenta personas tú solo?

—No sólo eso —intervino el cabo Huamaní—. Piensa que le creeremos que se tomó la molestia de hacerlo no sólo a balazos, sino también a machetazos.

El cabo Paredes salió de la oficina sin decir una palabra. Cerca de los zapatos de Suárez, dos uñas ensangrentadas formaban una línea vertical. ¡Que hablase, carajo, o se iba a quedar sin meñique! La puerta de la habitación se abrió como si fuese de papel. El cabo Paredes había cruzado el umbral con un cuchillo en la mano.

—Córtale las bolas y verás cómo habla este hijo de perra —dijo Paredes, luego de ofrecerle el cuchillo a Suárez—. O lo haces tú o lo hago yo.

—Hazlo tú —respondió Suárez, luego de meditarlo por unos segundos.

Se apartó de Osorio y caminó hacia su compañero limeño. Espinoza volteó la cabeza y observó a su colega. ¿Zambo, en serio le harían eso al terruco? Suárez apretó los dientes y enfocó su atención en la silla y el cuchillo.

—Necesito a uno para que lo sujete —dijo el cabo Paredes, al mirar a su alrededor.

—Lo haré yo —el sargento Flores se había puesto de pie—, pero con la condición de que le tapemos la boca. No quiero escuchar su voz de mierda.

—Muchas gracias, mi sargento —Paredes sacó un pañuelo de su bolsillo trasero—. Se hará tal y como usted ordene —su voz cambió al ver al terrorista—. ¿Algo qué decir?

—¿Los militares son tan imbéciles? —dijo Julia, luego de formar un puño—. ¿Cómo le van a dar privilegios en la cárcel por decirles cuántos eran los terrucos? —gruñó, crujió los nudillos y gritó para sí misma—. Militares de mierda... Sólo quieren ascender y ascender para sentarse

frente a un escritorio y que la plata les caiga en bandeja.

—¡Cállate, carajo! —gritó el cabo Paredes, luego de abofetear al hombre—. No quiero que me lloriquees. Quiero que me digas cuántos eran.

—Se lo diré... Se lo diré, pero, por favor, no me haga nada —el sudor cubría la frente del interrogado y mojaba su camisa ensangrentada—. Éramos diecisiete al principio, pero... Pero luego... Luego nos juntamos con más de quince en el camino. No puedo... No puedo decirles cuántos éramos exactamente, porque los conocí ahí... Ahí los conocí.

El teniente Mendoza se incorporó de su silla y posó las manos en su cintura. Ya era suficiente por ese día; mañana lo volverían a interrogar. Espinoza salió de la oficina junto a Mora y Suárez. Irían a Ataccara, antes que saliese el sol. Los militares discutían con los policías locales detrás de la puerta entreabierta. Suárez hizo una mueca y murmuró un carajo. ¿Otra vez tenía que ver esas casas solitarias y toda esa sangre? Mora bajó el rostro e intentó calmar su mareo. Sólo quería estar con su esposa, carajo.

—Por la noche ocurrió algo —Espinoza observaba el cielo de Lima, como si buscase un punto en la oscuridad—. Mora estaba de guardia hasta las dos de la madrugada. Luego, yo lo relevaría hasta el amanecer. Desperté veintitantos minutos tarde, pero él no me había pasado la voz para el cambio.

—¿Y por qué? —preguntó Suárez, soñoliento—. ¿Acaso no te tocaba a ti?

—Sí —respondió Espinoza, en susurros—, pero me quedé dormido y Mora no ha venido a buscarme. Esto no me huele bien, zambo.

—De repente se quedó dormido también. Debe estar muy cansado, y si le sumas lo del soroche... Carajo... ¿Y si se atragantó con su propio vómito?

Espinoza se colocó los zapatos y saltó del concreto. Había dormido con el uniforme y sólo cogió su pistola. La puerta se abrió y el chirrido del metal oxidado resonó por el pasadizo y las rendijas de las ventanas. Hacía un frío de mierda, zambo; peor que el de Chorrillos. Suárez caminaba detrás de su compañero, sin tocar su arma. Sí, y él en polito; ya extrañaba las sábanas gruesas y los colchones de su casa, carajo. El salón principal estaba iluminado, pero el silencio era absoluto. Espinoza lo quebró con un susurro. Mora, ¿estaba por ahí? Sólo el eco respondió con la misma pregunta. Llegaron al lugar y vieron que un cuerpo vestido con el uniforme de policía se encontraba sobre un regadero de sangre. Ambos corrieron hacia él, pero Espinoza había sacado su arma y rondaba vigilando cada rincón de la sala. El hombre corpulento se acuclilló frente al

cadáver y dudo en tocarlo.

—Dale la vuelta —dijo Espinoza, al revisar la puerta principal—. Verifica quién es y de qué ha muerto —Suárez se negaba con la cabeza—. ¡Hazlo, carajo!

—Es Mora —dijo Suárez, luego de darle la vuelta. Sus nudillos se estamparon contra el suelo hasta que sangraron—. Tiene un corte en la garganta.

—Por eso no escuchamos gritos —Espinoza guardó su arma, luego de rondar por todo el salón—. Ve a la celda y verifica si está el terruco. Luego, despierta a todo mundo.

—No debimos venir a este lugar de mierda, carajo —Suárez golpeaba el piso con cada palabra—. ¡Nunca debimos venir!

—¡Muévete! —gritó Espinoza, sin dejar de mirarlo—. ¡Ahora!

Suárez se puso de pie y corrió hacia el pasillo. ¡Malditos hijos de puta! Los nudillos le ardían de tanto golpear el suelo, pero aún permanecían apretados. Espinoza cerró los ojos de su compañero y le acomodó el uniforme ensangrentado. Siempre pulcro y con la mirada al frente, Mora; siempre al frente. Le quitó el anillo de matrimonio, lo limpió con su pañuelo y lo guardó en el bolsillo de su camisa. Suárez regresó agitado y con su arma en la mano. No estaba, Juan; el terruco ya no estaba en su celda. Espinoza se incorporó y levantó la voz. ¡Que despertase a todos, carajo! Suárez desapareció de su vista, al instante. ¿Cómo le entregaría el anillo a la esposa, Anita?; ¿cómo le diría que lo habían matado? Rebuscó en los bolsillos y encontró la billetera. La dejó a un lado, junto con la identificación de su pecho.

—¡Mierda, es verdad! —dijo el sargento Flores, al ver el cuerpo—. ¿Tenía familia?

—Estaba casado y su mujer está embarazada —respondió Espinoza.

—¡Concha de su madre! —gritó el sargento—. ¡Terrucos de mierda!

—Mi sargento —el cabo Huamaní había llegado con el resto de los oficiales—. Es verdad, el terruco no está en su celda. Y esta parece no haber sido forzada.

—Con la lluvia de mierda no habrá rastro para seguir, puta madre... —el sargento Flores, se aclaró la garganta—. Paredes, vea qué tan seca está la sangre. Hay que saber hace cuánto ocurrió esto.

El cabo Paredes se acercó al cuerpo de Mora. Se quitó la correa del pantalón y con la hebilla revolvió la sangre. No había pasado más de una hora desde que lo mataron, sargento. El militar asintió e hizo un gesto de agradecimiento con las manos. Que llevarsen el cuerpo para adentro y lo limpiasen. Los cabos Huamaní y Paredes cogieron el cuerpo. Tuvieron cuidado con la cabeza del difunto y lo cargaron entre ambos con dirección hacia una de las celdas. El sargento Flores se acercó al teniente Mendoza, mientras acariciaba su bigote. Necesitarían un balde de agua tibia y una esponja, teniente.

—Pacheco, dale todo lo que necesiten los cabos, por favor —dijo el policía, al acercarse al charco.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Suárez, con el arma en la mano, la cual apuntaba hacia el suelo—. Lo mataremos, ¿no es cierto? ¿Mataremos a ese hijo de perra?

—Hijos de perra —respondió Espinoza, al recoger las pertenencias de su compañero—. Fueron más de uno los que mataron a Mora. Pero la pregunta no es esa, zambo.

—¿No? —preguntó Julia—. ¿No encontraron a ese terruco y lo que quieres es vengarte? ¿Por eso vienes conmigo? ¿Sólo para vengarte?

—Mi deber es encontrar a los asesinos —respondió Espinoza—. No importa el tiempo. Siempre puede faltar a su deber —dijo Julia, al estirar la mano.

—No, no puedo —Espinoza observó a Julia por un momento y le devolvió el arma que ella había conseguido—. Yo no puedo faltar a mi deber.

—Claro que no, suboficial Suárez —dijo el sargento Flores, pensativo—. O entraron a la comisaría quién sabe cómo, o tenemos a un terruco vestido de oficial.

No había sentido la suavidad de un colchón en poco más de cinco días y seis noches. Luciana abrió los ojos, movió los dedos de los pies y se tocó el vientre. Al sentir el crujir en su estómago, la duda revoloteó en su

boca: no conocía ese techo. Se sentó en la cama, notó que había adelgazado, que el mantón que vestía estaba limpio y que en una silla había ropa nueva. Caminó hacia ella y un retortijón en la pierna le recordó los golpes.

—Al fin despertaste —dijo una mujer que ocultaba su cabello y traía una bandeja con una jarra de vidrio llena de agua—. Has dormido por casi un día.

—¿Dónde estoy? —preguntó Luciana, al voltear el rostro—. ¿Quién es usted?

—Soy la hermana Pierina —la monja avanzó y colocó lo que cargaba en el velador, a un lado de la cama—. Estás en el Convento del Sagrado Corazón de Jesús. Te encontré dentro de una casa abandonada, con la pierna hinchada y negra —Luciana levantó el camisón y vio la costra y la piel morada que la bordeaba—. Te limpiamos la herida y la curamos. Dime, por favor, ¿cuál es tu nombre? ¿Por qué estabas en ese lugar?

—Mi nombre es Luciana —bajó la mirada y dejó que la ropa cubriese su pierna. La mujer vertía el líquido de la jarra—. Yo... Yo no... No tenía adónde más ir.

—Supongo que no me dirás tus apellidos —dijo la hermana Pierina, al entregarle el vaso con agua. Luciana permaneció en silencio—. Bueno, debes tener hambre.

Bebió sin detenerse. Devolvió el vaso a la hermana y trató de ponerse de pie. Le dolía la herida aún, pero logró incorporarse y seguir a la mujer hacia afuera de la habitación. Ya había pasado la hora del desayuno; pero creía que podía conseguirle un poco de fruta y una taza de leche tibia. El resto de las monjas las observaban entre las columnas mientras caminaban por el pasadizo hacia la cocina.

—Era joven —dijo Luciana, al alisar su vestido con una mano—. Creo que ni siquiera había cumplido los treinta cuando la conocí. Era tan bonita que parecía un verdadero ángel que vestía de negro para ocultar su luz.

—Quizás por eso era tan amable con usted —dijo Marcos, quien apoyaba los brazos en sus muslos—. Siempre he oído que las monjas eran unas ancianas renegonas.

—No todas —dijo Luciana—. Algunas sólo son muy estrictas y quieren que las cosas sean muy correctas, como si las hubieran lastimado antes de colocarse el hábito.

—¿Quién la lastimó? —preguntó una mujer mayor, de ojos grandes y labios pequeños. La hermana Pierina levantó los hombros—. Bueno, no

vamos a negarle a una niña un poco de comida. Además, está tan flaca que creo que es urgente que se alimente. Que coma aquí, en la cocina, y que espere a que yo regrese.

—Muchas gracias, madre Francisca —dijo la hermana Pierina. La mujer asintió con la cabeza y salió por la puerta. La monja volteó hacia Luciana y la tomó del brazo—. Ven, no seas tímida. Pasa y siéntate en una silla. ¿Prefieres unas manzanas o un poco de papaya?

—Manzanas, por favor... —respondió Luciana, al arrastrar la silla y sentarse.

—No eres de hablar mucho, ¿verdad? —esperó por una respuesta mientras escogía las frutas, pero sólo consiguió una mirada hacia la mesa—. Bien, voy a lavar este par y luego calentaré un poco de leche.

Las frutas tenían un color amarillizo en el centro y rojo con los extremos. Devoró la primera manzana tan rápido como pudo masticar, pero luego se sintió avergonzada por no comer despacio. La hermana Pierina, luego de colocar la olla en el fuego, dio media vuelta y sonrió al ver que una de las frutas había desaparecido. ¿Estaba dulce la manzana? Luciana asintió moviendo la cabeza y le agradeció con una mirada retraída. La monja colocó su palma sobre la olla, sintió el calor del líquido y apagó el fogón.

—¿Eres de aquí? —la hermana Pierina asió una pequeña taza blanca y vertió un poco de la leche en ella—. ¿Eres de Trujillo?

—Me crié en otro lado —respondió Luciana, tímida, antes de morder la otra manzana.

—Todavía eres una niña —colocó la taza sobre la mesa—. Aún deben criarte.

—Tengo dieciséis años y cumpliré diecisiete en unos meses —Luciana bajó la cabeza—. Ya no soy una niña.

—Tienes razón, pero sigues pensando como si fueses una —la hermana Pierina sonrió, al sentarse a su lado, mientras la joven levantaba el rostro—. La madre Francisca ha ido a buscar a la madre superiora para ver qué hacemos contigo. Podemos dar parte a la policía y buscar a tu familia. Aunque también puedes vestir los hábitos y servirle a Dios —Luciana bebió un poco de leche, sin dejar de observar los ojos de la monja—. Si de verdad quieres olvidar lo que sea que te haya pasado, deberás pensar bien en lo que vas a responder. La madre superiora no sólo averiguará tu edad, como yo. Ahora, come rápido porque no te dejarán comer con tantas preguntas.

Se enfocó en la manzana y en la taza de leche en silencio. Al terminar, agradeció a la hermana Pierina por todo. La monja sonrió, tomó la taza, se puso de pie y se dispuso a lavarla. Que sólo mantuviese la calma y cuidase sus palabras. La madre Francisca abrió la puerta y ambas giraron el rostro para ver a su acompañante. Una mujer pequeña, apoyada en un bastón grueso, ingresó a la cocina. La hermana Pierina se puso de pie inmediatamente y se quedó al lado de Luciana.

—¿Dónde está? —preguntó la madre superiora—. Llévame con ella, Francisca.

Ambas caminaron hasta la mesa y la mujer estiró el brazo. ¿Dónde estaba la chica de la que hablaba, Francisca? Su mano quedó en el aire, mientras Luciana no sabía qué hacer. La hermana Pierina tomó el brazo de Luciana e hizo que cogiese la muñeca de la mujer. Ah, era ella; quería verla. Luciana observó a la joven monja y esta le sonrió. Acercó la mano de la madre superiora hacia su mejilla y ella tanteó su frente, nariz y labios.

—Su piel es muy suave —dijo la mujer—. Es sólo una niña —bajó el brazo y se apoyó en el bastón—. Quiero hablar con ella... A solas.

—Pero, madre superiora... —la madre Francisca frunció el ceño.

—Es sólo una niña, Francisca —la voz de la anciana era delgada, como si murmurase al vocalizar cada palabra—. Lo peor que puede ocurrir es que se robe un poco de fruta de la canasta y me deje hablando sola por un buen rato.

La madre Francisca ayudó a la mujer a sentarse y luego abandonó la cocina junto a la hermana Pierina. La madre superiora acomodó el bastón al lado de la mesa y entrecruzó los dedos. ¿Todavía le dolía?; su pierna, ¿todavía le dolía? Luciana evitó observarla, temerosa de faltarle el respeto. Un poco; sólo cuando hacía mucho esfuerzo o se apoyaba en ella. La anciana asintió con la cabeza, lentamente. Gracias a Dios que Pierina la había visto ese día; si no, la herida se hubiese gangrenado en poco tiempo. Luciana levantó el rostro y observó la mirada perdida de la mujer. ¿Qué haría con ella, madre superiora?

—¿Cuál es tu nombre, niña? —preguntó la madre superiora con una sonrisa.

—Luciana —respondió, con la voz de una verdadera niña—. Mi nombre es Luciana.

—Parece que no tienes apellidos —los dedos largos de la mujer se dirigieron hacia la mesa—. ¿Cómo llegaste a ese lugar abandonado?

—Yo... —Luciana respiró hondo y exhaló suavemente, como si le doliese hablar—. Yo quiero quedarme con ustedes.

—Todo a su debido tiempo, niña —la madre superiora estiró el brazo—. Dame tu mano —Luciana dudó un segundo y colocó su mano sobre la palma de la monja—. ¿Te has dado cuenta de que puedes hacer cualquier cosa en este preciso momento por el motivo que sea y yo ni siquiera notaré que pensaste en hacerlo? —los hombros de Luciana cayeron lentamente, como una gota de lluvia sobre una ventana—. Eres una extraña en este convento. Una extraña bajo mi techo. Te estoy dando mi entera confianza —colocó la otra palma sobre la mano de Luciana—. ¿Me das tu confianza?

—Por supuesto que no —dijo Luciana, luego de volver a observar los dos agujeros en la pared—. Si me hubiera quedado callada, habrían dado parte a la policía; y la policía me habría enviado con mi madre; y si hubiera estado con mi madre, él me habría buscado.

—Entonces, ¿fue monja por un tiempo? —preguntó Marcos, extrañado.

—No, pero fui algo parecido. Digamos que fui una aprendiz de monja.

—¿Y qué hace una monja en un convento? —Marcos estiró un brazo sobre el respaldo del mueble e inclinó su cabeza hacia el lado contrario.

—Ayudar en la cocina, limpiar los pisos, hacer caridad en el orfanato y rezar —dijo la hermana Pierina, al abrir las cortinas—. Eso es lo que te toca hacer hoy. También, debes despertar temprano, como ya sabrás.

—¿Qué hora es? —preguntó Luciana, al frotarse los ojos—. Aún está oscuro.

—Serán las seis en diez minutos. Ahora, levántate, báñate, vístete y limpia tu cuarto. El rosario se reza a las siete, en ayunas, como siempre se ha hecho.

Salió de la habitación y le guiñó el ojo. Luciana tomó su ropa y siguió a la hermana Pierina. Se dirigió al baño mientras caminaba entre las monjas que llevaban sus rosarios en las manos. Un mes había vivido entre ellas y aún se preguntaba por quiénes rezaban tanto y a todas horas. Tomó una ducha rápida y secó su cabello como pudo.

Regresó a su cuarto y notó que las monjas aún iban y venían. Había un poco de tiempo. Unos golpes en la puerta y un susurro que le decía que faltaba poco para las siete la apresuraron. Intentó secar su cabello por completo con una toalla, pero las pisadas desaparecían de a pocos de los

pasillos.

Llegó un par de minutos tarde y se sentó en la última banca de la capilla. Era la única de todas las presentes que no vestía un hábito y era la más joven del lugar. Por favor, Diosito; por favor, que no sea verdad. Sus dedos contaban las avemarías sin que tuviese que mirar el rosario. Por favor, Virgen María; por favor, que no sea verdad. Las mujeres recitaban las plegarias en forma de eco consecutivo. Por favor, Diosito; por favor, que no sea verdad. Las palabras partían de la boca de la madre Francisca y arribaban a la de Luciana en menos de un segundo. Por favor, Virgen María; por favor, que no sea verdad. Amén.

—¿Otra vez llegaste tarde? —la hermana Pierina caminaba a su lado por el vestíbulo principal—. Sabes que si la madre superiora se entera que no llegas a la hora del rosario buscará a tu madre y le dirá que estás aquí, ¿verdad?

—La única que nota que he llegado tarde eres tú —respondió Luciana—. El resto, creo, que piensa que me siento al final porque todavía no soy monja.

—Debes entenderlas —la hermana Pierina sonrió—. No todos los días traemos a una chica con una herida horrible en la pierna y no damos parte a las autoridades.

—Lo sé, y ya sólo tengo una cicatriz, pero siempre les agradeceré que no dijeran nada sobre lo que me ocurrió antes de llegar al convento. Bueno, antes de que me encontraras —Luciana cruzó los brazos y bajó la cabeza—. Hermana, hay algo que he querido decirte hace un par de semanas.

—Sabes que puedes contarme lo que desees —Pierina observó hacia ambos lados del pasadizo y bajó el tono de su voz—. Creo que no hay nadie cerca.

—Es algo que me da mucha vergüenza... —bajó la cabeza, apretó los dientes y observó a la monja. La mirada de la hermana le dio confianza para acabar con el susurro—. No... No he sangrado en casi dos meses.

Se acerca, se sienta a mi lado, me habla de su vida y cómo continuar;

caminan cerca de mí y me dicen cuánto lo sienten, pero sólo tengo la pena de no poder gritar;

sonríe sin motivo, sin querer tiembla y sus ojos calmados me aterran;

¿acaso no saben lo que es desear estar solo, o vienen a burlarse de mí y decir mierdas?;

me mira como si me conociera, como si supiera lo que pienso, y mi pasado;

beben café cargado y creen que vestir de negro es suficiente para parecer educado;

¿quién es?, ¿por qué me habla?, ¿y por qué de todas es la única que me pide ayuda?;

no, no me escupan sus malditas mentiras, no lloren en mi cara;

la escucho, siento frío y me pregunto si de verdad podía seguir en ese lugar;

basta, no soporto que sientan una estúpida tristeza, por mí o por los que ya no están;

odio que me mire, odio que me trate como si realmente no fuese una idiota;

flores y lágrimas, como si eso reparasen a las personas que estamos rotas;

toma mi mano y la cubre con las suyas, como si no estuviésemos en aquel hoyo blanco;

me dicen que lo sienten por mis padres y los odio porque me tocan, porque creen que lloro;

no sé quién es y sólo dice que sin mi ayuda no saldría de esta maldita celda;

¡todos ustedes, lárguense, hipócritas hijos de perra!;

no sé si aceptar, no sé si creer, no sé si quiero pensar;

susurran que no respeto a mis padres, que, si estuviesen vivos, terminarían con mi cantaleta;

debía pensarlo, debía hacerlo porque sin mí, su tumba sería este techo;

¡lárguense!, ¡ustedes no saben lo que siento, todo el odio que llevo por dentro!;

quizá me pudriría en ese lugar, pero no deseo que otra mujer pase por el mismo fuego;

quiero destruir los ataúdes, hacerlos trizas con mis propias manos, pero no puedo, no puedo;

se va, murmura que sería muy pronto y que no dé rienda suelta a mi lengua;

ya no pienso en ellos, ya no los veo, y es que quiero creer que mi mente me dio una tregua.

Capítulo 4

—¿Quién pagará las cuentas si te vas? —la madre de Marcos se apoyaba en la puerta y lo observaba con cólera—. ¿Quién llevará a los niños a la escuela?

—¿Acaso esos niños no tienen padres? —Marcos cerró la maleta y cargó una mochila sobre los hombros—. ¿Acaso ustedes no trabajan para mantener la casa?

La mujer levantó el brazo y lo golpeó en el rostro. ¡No se iría, carajo, porque lo decía ella y punto! La puerta se cerró delante de él, mientras su mano recorría la mejilla roja. Dejó la mochila en la cama y se acercó al espejo. Debía irse, carajo; debía regresar con ella. Se detuvo frente al vidrio y supo que el hombre en el reflejo no era completamente él. ¿Dónde la había guardado, carajo?; él sabía, carajo; él sabía dónde. Lo arrinconó, lo miró a los ojos y lo golpeó sin quebrarlo. ¡Que le dijese dónde, mierda! El sujeto, temeroso de Marcos señaló la cama. No, no, la cama no; la mochila; sí, en la mochila. La abrió de par en par y vació el contenido sobre las sábanas. Sus dedos buscaron entre las fotografías y la ropa. Se movían rápidamente y sin que él lo ordenase. Encontró una bolsa pequeña envuelta en una media y supo que necesitaría su contenido. Arrimó los papeles de la cómoda, abrió el paquete con la boca y esparció el polvo sobre la madera. Creó una línea blanca con los dedos, cerró los ojos y aspiró lentamente, como si no quisiera que el momento acabase. Levantó el rostro y buscó a una persona entre las paredes. Encontró al hombre nuevamente en un cuarto muy parecido el suyo, advirtió que éste sonreía y que una mancha blanca había aparecido entre su nariz y la hendidura del labio. El sujeto limpió su rostro y se acercó a Marcos.

Debía irse, carajo; debía ser un hombre.

Introdujo en la mochila lo que encontró en la cama. La colocó en su hombro, cogió su maleta y notó que el hombre del reflejo también se marchaba. Avanzó hasta la sala y sintió que la gravedad le oprimía el

pecho, al igual que la mirada de su madre.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó su padre sin apartar la vista de la pantalla. Marcos permaneció callado y bajó la cabeza—. Te he hecho una pregunta. Responde, carajo.

Marcos apretó los dientes, levantó el rostro, observó la mirada inexistente de su padre y respondió calmadamente.

Se iba de la casa; ya no viviría más con ellos.

—¡Te dije que no, carajo! —dijo su madre, al voltear el rostro—. Deja tus malcriadeces para otro momento, que estamos viendo el programa.

—No te vas a ninguna parte —dijo su padre, con voz grave—. Regresa a tu cuarto y deja de joder la pita.

Se iba, era mayor de edad y ya lo había decidido; no podían impedirselo.

—¿Y dónde chucha vas a vivir, cojudo? —preguntó su padre, quien aún observaba el televisor—. ¿Con la zorra que ves cada fin de semana? Vas a estar de regreso en cinco días, pero nadie te abrirá la puerta.

Marcos se dirigió hacia el aparato y se situó delante del mismo.

¡Que no la llamase así, carajo!; no iba a dejar que lo hiciera, no en su cara; que la respetase o se las vería con él...

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar? —su padre sonrió—. Me tocas y te condenas.

Marcos permaneció callado por un momento, como si lo hubiesen congelado las palabras. Los observó con el ceño fruncido e intentó calmar su rabia. Tomó aire, abrió la boca y gruñó, pero las palabras se perdieron en su garganta. Sus piernas se movieron sin que él se las ordenase y sintió que su nariz le picaba. Su padre se puso de pie, caminó hacia la puerta y se recostó sobre ella. ¿No le había quedado claro que no se iría con esa zorra?

Que se callase la boca y que lo dejase pasar, o pasaría por encima de él; se iría de esa casa de mierda sí o sí.

—¿Qué dirán los niños cuando regresen y vean que te has ido? —preguntó su madre, aún desde el sofá—. ¿No piensas en ellos?

Ellos no eran sus hijos; ¿por qué le importaría lo que quisieran?

—Tampoco son mis hijos, pero son mi familia y una madre siempre cuida de su familia, así sean unos malagradecidos —dijo la mujer, con el rostro congestionado.

—Una madre siempre sabe qué es lo mejor para sus hijos ³/₄dijo el padre, al señalar a la mujer—. ¿Por qué crees que tu hermano y su esposa viven aquí, con nosotros? Esa chica, buena-para-nada, no lo atendería como se debe.

Que se quedase con él entonces; siempre había sido su favorito; que él les oliese los pedos hasta que los entierre.

La maleta cayó al piso, junto a la mochila, y ambos hombres llegaron a las manos. El forcejeo se trasladó al centro de la sala, al empujar cada objeto en el camino. Su padre lo tiró hacia el sofá y se quitó el cinturón. ¡Ahora iba aprender, carajo! El cuero golpeó el aire y, luego, la pierna de Marcos. ¡Malcriado de mierda!; ¡iba a aprender a comportarse, carajo! Su brazo quedó marcado por la hebilla, pero no sintió dolor. Esquivó un tercer correa y este impactó en un cojín. Inmediatamente, se aferró al cuero, jaló al hombre hacia él y lo golpeó en el pecho con el puño. Su padre cayó al suelo de espaldas.

¿Qué mierda era sin una correa?!; ¿qué mierda era, sino un imbécil que se creía el rey del mundo?!

La madre, quien se había puesto de pie, gritaba desde un rincón. ¡Que se detuviese!; ¡no podía golpear a su propio padre! Marcos la observó, levantó el brazo y golpeó la cara del hombre con el metal. La sangre cayó por su quijada, lenta, como si no fuese realmente suya. La mujer corrió hacia su hijo y trató de quitarle el cinturón. ¡Basta, Marcos!; ¡basta! Marcos empujó a su madre y ésta cayó al lado de su esposo. Levantó el brazo con la correa, observó el miedo en su rostro y se detuvo.

¡Que lo dejaran en paz, mierda!; ¡que ya estaba harto de ellos!; ¡se iba a largar de esa casa porque le daba la puta gana!

La puerta se abrió de pronto. Dos niños abrazaron las piernas de su madre y un hombre apareció por el umbral. ¿Qué mierda había hecho? Marcos tiró a un lado la correa y esperó a que su hermano intentase golpearlo. Esquivó sus puños, lo tomó del cuello y lo empujó contra la pared con una fuerza que desconocía. El hombre trató de zafarse, mientras su esposa golpeaba a su agresor por la espalda. Uno de los niños pateó a Marcos y éste se detuvo. Se alejó de su hermano lentamente y notó que sus manos temblaban como su pecho. Su padre se puso de pie, como pudo, y se tocó la herida. ¡Que se largase!; ¡que no regresase nunca más a esa casa porque llamaría a la policía! Marcos se arregló las ropas, oyó murmurar a su madre que era un mal hijo y un desgraciado. Cogió la maleta, la

mochila, salió por la puerta y escupió en el piso.

¡Que se pudriesen, mierdas!

La puerta se cerró detrás de él como si diez mil hombres la hubiesen lanzado al mismo tiempo. Respiró hondo, volvió a escupir en la vereda y advirtió que sus vecinos lo observaban desde sus puertas y ventanas.

¿Qué miraban?!; ¡chismosos de mierda!

Caminó hasta que sintió que las miradas se habían disipado. Se detuvo frente a una casa con las luces apagadas y trató de verse en la ventana. Notó que el hombre en el reflejo estaba solo y despeinado. Lo miró por unos segundos, mientras su respiración se calmaba lentamente. Lo maldijo, le escupió en el rostro y volvió a su camino.

Ya llegaba, Julia; ya había dejado lo que no quería.

Ya llegaba, Julia; llegaba sin padres, sin familia.

Ya llegaba, Julia; pero primero buscaría lo que lo había convertido en un hombre.

Ya llegaba, Julia; ya llegaba.

—Odio el blanco —dijo Mariana, al jalar sus ropas—. Es tan aburrido y tonto.

—No mientas —dijo doña Guillermina, al sonreír—. Amas el blanco. Todavía recuerdo cómo siempre decías que querías vestidos y zapatos blancos como las novias.

—Era una niña —Mariana observó a la anciana y suspiró—. Los niños son tontos. Nunca saben lo que quieren.

—Te fuiste —doña Guillermina tomó su mano—. Eras una niña y sabías lo

que querías.

—Quería alejarme de ellos, pero parece que ni muertos me dejarán en paz —Mariana bajó la mirada lentamente, mientras bordeaba su brazo y la superficie de la mesa.

—¿Por eso la trajeron aquí? —preguntó Camila, al mirarla a los ojos.

—Sí, ellos me trajeron —respondió Mariana—. Mi padre fue quien lo ordenó. Ella sólo me visitó esa vez, en mi segundo día. A las dos semanas, mi hermano vino de visita y me dijo que doña Guillermina había fallecido de un derrame cerebral.

—Lo siento... —dijo Camila con la voz de una niña—. No lo sabía.

—No te preocupes... —Mariana trató de recordar el rostro de la mujer, pero las facciones se perdían en las imágenes que recordaba—. Supongo que ya no pudo con todo lo que pasó. Mi hermana había muerto, mi padre había desaparecido al otro día y yo estaba en este lugar. Éramos las únicas personas que quería y la habíamos abandonado. Yo la había abandonado.

—Sabes que no es así —dijo Roberto, al golpear la mesa con sus nudillos y crear un sonido con la nariz—. No le hemos fallado. Ella ha estado con nosotros desde...

—Desde que mamá murió —Mariana sorteó la mirada de su hermano y se secó las lágrimas al cubrirse con las palmas—. Dilo, que ya lo he oído de ti y de todos. Y la verdad es que ya no me importa lo que hablen de mí —cerró los ojos, tomó un poco de aire e indagó en las secas pupilas de su hermano—. ¿Cuándo es el sepelio?

—El martes —Roberto respondió sin verla—. En la tarde.

—¿Y nuestro padre sigue desaparecido? —Mariana bajó la cabeza.

—Él... Él no sabe asimilar estas cosas. Se fue al siguiente día que te trajimos, luego del desayuno... —Roberto rascó su barbilla y se lamió los labios—. Yo sólo... Sólo estoy aquí porque nadie más vendrá a verte... Lo sabes, ¿no?

Las paredes blancas le obligaban a creer que la sala de visitas era infinita. Mariana tocó su cabello, enrolló una punta en su dedo y cubrió su vista. No, realmente no sabía por qué estaba ahí, Roberto; sabía que ella tenía una familia. Sobre sus hombros, advirtió que de vez en cuando alguno de los enfermeros la observaba. Roberto aclaró la garganta y tragó saliva. Creía que ya no, Mariana; había llamado el mismo día de Navidad para

decirle lo que pasaba, pero no había podido hablar con su esposo.

—Deseaba dormir sólo una noche —dijo Mariana—. Estaba muy cansada, pero los gritos no me dejaban. Si dormía una, otra despertaba a unos minutos —se frotó los ojos y respiró hondo—. Pero no sólo ellas gritaban. Alguien más también lo hacía. Me dolía en el alma escucharla y lo peor de todo era que sólo yo la oía.

—A veces también creo escuchar una voz que sólo yo oigo —Camila observó los arcos del patio—. Aunque quizá sólo estoy confundiendo recuerdos con sueños.

—Sí —dijo Roberto, al observar la mesa—, lo llamé cuando regresé a casa. Le dije que llamaba de tu parte, pero... —Roberto evitó mirar a su hermana.

—¿Pero qué? —Mariana acercó el rostro sobre la mesa—. Dime qué fue lo que te dijo.

—Me dijo que... —la observó por un momento y bajó la cabeza— Que no sabía de quién le estaba hablando. Que su nombre ni siquiera era Renato y que de repente me había equivocado de número.

—¿Qué? —Mariana cerró los ojos y apretó los dientes—. ¿Tienes la hoja donde anotaste el número que te di?

Roberto sacó un papel arrugado del bolsillo de su camisa y se lo entregó a su hermana. Mariana lo cogió al instante y se aseguró que había escrito correctamente el número de su teléfono. Su boca balbuceó lo que leía y repitió cada dígito con un dedo. Luego, tiró el pedazo de papel al suelo, se puso de pie, caminó hacia su hermano y lo tomó de la camisa.

—Necesito que me lleves hasta un teléfono. Ahora —acercó su rostro al de Roberto—. ¡Necesito un maldito teléfono! ¡Ahora!

Las miradas se centraron en su puño, mientras que la distancia entre ella y quienes la rodeaban se reducía con cada paso. Roberto quitó la mano de Mariana con delicadeza e hizo una seña hacia los enfermeros. La llevaría; había un teléfono en la sala de afuera. Ambos se incorporaron y caminaron entre rostros desconocidos y palabras incoherentes.

Las monedas interrumpieron el silencio del lugar. El tono de espera se alargaba con cada pitido, mientras que Mariana susurraba y tanteaba la pared con los nudillos. Que contestase, por favor; que contestase ya, por favor. Tenía la esperanza que una voz familiar le respondería al otro lado de la línea, pero la llamada fue interrumpida abruptamente. Mariana no

supo qué había ocurrido hasta que volteó el rostro.

—No lo vas a encontrar —dijo Roberto, con los dedos sobre el botón de colgar—. Ese hombre no es tu esposo.

—¡Desgraciado! —gritó Mariana, al dejar soltar el auricular. Se abalanzó sobre su hermano y ambos cayeron al piso—. ¡Te voy a matar!

Sus manos se aferraron al cuello del hombre. Roberto tomó a Mariana de los brazos, pero ella empezó a morder sus manos. La lanzó hacia un costado y se puso de pie como pudo. Dos hombres de blanco habían llegado al lugar al escuchar sus gritos. Se las pagaría, imbécil; nunca lo perdonaría por eso. Se lanzó nuevamente sobre él y este forcejeó con ella. Uno de los enfermeros trató de separarlos mientras el otro clavó una aguja en el brazo de la mujer. Las manos de Mariana perdieron fuerza lentamente, como si hubiese perdido control de su cuerpo. Sus dedos dejaron de tocar la piel de su hermano y este logró quitársela de encima.

—Desde ese día no he sabido absolutamente nada sobre ellos —dijo Mariana, al apoyar su espalda en la grada—. Pero, también, desde ese día no he vuelto a usar el teléfono.

—Nunca pudo hablar con él, entonces —dijo Camila.

—No, y nunca pude explicarle lo que me había ocurrido.

—¿Pero por qué su hermano decía que no era su esposo? —observó a su acompañante.

—Porque mi hermano nunca le dijo la verdad —Mariana observó sus muslos y una mano se convirtió en puño—. Cuando habían pasado como tres meses y ya no tenía alucinaciones, le supliqué a Roberto que me llevara a Tacna, pero me ponía excusas ridículas. Siempre mencionaba que el doctor “tal” le había dicho que no se podía. Esperaba al fin de mes, cuando él llegaba a pagar. Lo veía entrar a la oficina del dueño y, como a la media hora, salía sin siquiera verme. Uno de esos días logré acercarme.

—No es lo que piensas... —dijo Roberto, sin observarla—. Sólo no tengo tiempo para hacer visitas. Con papá fuera, alguien debe hacerse cargo de la plata.

—¿De eso se trata? —Mariana colocó sus manos en la cintura—. ¿De la plata?

—Soy el único que se ha matado trabajando todos estos años para mantener el negocio de nuestra familia —Roberto retrocedió un paso^{3/4}.

Soy el único de los tres que está cuerdo.

Mariana suspiró fuertemente y bajó los brazos. ¿Qué era lo que tenía que firmar para poder salir de ese lugar?; ¿qué quería? Su hermano esbozó una pequeña sonrisa y tragó saliva.

—Es sólo una firmita en un documento donde rechazas la herencia de papá.

—Firmaré lo que sea cuando esté en Tacna —replicó Mariana, sin titubear.

—Estarás en Tacna luego que firmes el papel —la voz de Roberto se endureció—. Además, no sé para qué quieres regresar. Ya te dije que ese hombre no es tu esposo y...

—¿Cómo sé que luego de firmar cumplirás tu promesa? —Mariana cruzó los brazos.

—No estás en posición de imponer ninguna regla —dijo Roberto, al alejarse de ella—. O lo tomas, o lo dejas. Volveré el siguiente mes.

—¿Él pagaba para que usted se quedase aquí? —preguntó Camila.

—Todavía lo hace, sólo que ahora envía a una persona —respondió Mariana—. Si yo estoy incapacitada y mi padre muere, él se queda con toda la plata. Y si nadie viene a sacarme de este lugar, siempre estaré “incapacitada” ante cualquier autoridad.

—¿Firmó ese documento? —Camila tragó saliva.

—No —la voz de Mariana adelgazó—. Estoy casi segura de que no cumplirá con su palabra. Además, no quise darle el gusto.

Camila alzó el rostro y cerró los ojos. Pensó en quien la esperaba en su habitación, en quien la esperaba en casa y en quien le hacía compañía en ese instante. ¿Cuántas veces se había sentido sola?; ¿cuántas veces había deseado que alguien le dijese que estar encerrada era sólo un castigo hacia sí misma?; ¿cuántas veces había buscado el momento en que debió haber notado su condición?

—Tú saldrás de aquí rápidamente —dijo Mariana, al acercarse a su compañera—. Pocos vienen por voluntad propia y dentro conoces personas que realmente te quieren ayudar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Camila, extrañada—. No la entiendo.

—A que no pasarás tantos años encerrada como yo —Mariana sonrió—. Me aseguraré de que alguien te ayude.

—¿Y usted? —su voz se había suavizado—. ¿Cómo hará para regresar a casa?

—Con tu ayuda —respondió Mariana—. Ayúdame a escapar de aquí.

—Tira la puerta cuando Pacheco dé la señal —susurró el sargento Flores, arma en mano y recostado sobre la pared—. Luego entramos, verificamos si el lugar está vacío y sólo dispararemos si hay algún movimiento brusco, pero no a matar. Aún no estamos seguros si la información es verdadera —Espinoza asintió—. Me cubrirá la espalda, suboficial.

El cielo nocturno estaba cubierto de grandes nubes. Espinoza revisó su arma una vez más mientras sus dientes rechinaban en la oscuridad. Hacía mucho frío, sargento; luego de eso, querría un buen plato de sopa. El sargento Flores sonrió y volteó el rostro. Un disparo al aire ocasionó que los perros ladrasen y ambos oficiales se observaron. ¡Ahora, Espinoza! La puerta se abrió con una certera patada del policía. El sargento ingresó a la vivienda de adobes y caminó lentamente, como si sospechase hasta de sí mismo. Las velas se fundían en sombras deformes sobre las paredes, como si bailasen por su llegada. Espinoza apuntaba a todo lo que se movía, mientras su dedo cubría el gatillo y los pasos no parecían acortar el camino.

—¡No te muevas, carajo! —gritó el sargento Flores, al apuntar con el arma—. ¡No te muevas, mierda! —avanzó lentamente, casi sin pestañear—. ¡Ni respire, conchatumadre!

—¡Ah, sargento! —dijo el hombre, con las manos a la altura de los hombros—. Pensé que no lo volvería a ver tan pronto... Menos de esta forma.

—¡Cállate la boca, mierda! —gritó Espinoza, quien también tenía el arma en dirección hacia Aurelio Osorio—. Hablarás cuando se te diga que hables

y te callarás el hocico cuando se te diga que te calles.

—¿Dónde están? —preguntó el sargento—. ¿Dónde están los otros terrucos?

—Estoy solo, sargento —Osorio sonreía y mostraba los dientes que aún conservaba—. ¿Acaso ve a alguien más conmigo?

—¡Habla, carajo! —los dedos de Espinoza temblaban, pero su voz era fuerte—. ¿Quién mierda te ayudó a escapar de la comisaría? ¿Quién chucha te abrió la puerta? —el hombre permaneció callado—. ¡Responde carajo!

—¿Qué pasa, tombito? —rio Osorio—. ¿Dudas de tus compañeros?

Avanzó hacia Aurelio y, sin dejar de apuntarle, lo golpeó en el rostro. El sargento le grito que se detuviese y que fuese a buscar al resto. ¡Ahora, Espinoza!

Salió de la casa de adobe y una llovizna cayó sobre su rostro. Encontró a Suárez y al cabo Paredes en el lado derecho de la vivienda. Habían encontrado a Osorio y el sargento Flores llamaba por ellos adentro de la casa. Siguió su camino, mientras sus compañeros se dirigían hacia la puerta. Detrás de la vivienda encontró un corral viejo, con las cercas rotas y apolilladas. Lo rodeó y notó que la puerta que daba hacia él se encontraba sin cerrar. ¡La puta madre! Corrió hacia el otro lado de la casa y encontró al cabo Huamaní junto al teniente Mendoza. ¡Con él!; ¡ahora, con él! Los oficiales corrieron por todo el perímetro, pero la oscuridad de la pequeña chacra y las gotas delgadas impedían una buena visión.

—Miren —dijo el cabo Huamaní, al apuntar con el dedo—. Hay algo ahí —los oficiales se acercaron al objeto. Espinoza y el teniente le cubrieron la espalda—. ¡Carajo! ¡Esos hijos de puta! —la lluvia se intensificó. El cabo se arrodilló en el barro y cerró los ojos del hombre con delicadeza—. Es él, es Pacheco... Es Pacheco.

El teniente Mendoza se acercó al cuerpo y verificó que era su subordinado. La sangre que corría por el cuello de difunto se perdía en el barro y el agua. Le habían cortado la garganta como lo habían hecho con Mora, carajo. Espinoza guardó su arma y tomó el cuerpo por las piernas. Que lo ayudasen a llevarlo dentro de la casa con el resto; ahí lo limpiaría para darle un entierro digno.

—¿Y los terrucos? —preguntó Julia, al tocar su falda para asegurarse que el arma aún estaba ahí—. ¿Dejaron ir a los terrucos?

—No —respondió Espinoza, quien ya veía la casona—, teníamos a uno y lo

íbamos a interrogar de inmediato.

—¿Qué dices? —preguntó el cabo Paredes—. ¿Pacheco era un terruco?

—Deja de hablar huevadas —Suárez golpeó a Osorio y la sangre volvió a brotar de su nariz—. Di la verdad, concha de tu madre.

—Le estoy diciendo la verdad —Aurelio Osorio respiraba por la boca, con dificultad, y trataba de detener la sangre—. Él es del partido. Él abrió mi celda el día que escapé.

—Está diciendo la verdad —dijo Espinoza, quien había estado callado durante todo el interrogatorio—. Nunca le dijimos que sospechábamos que teníamos un topo.

—¿Y por qué lo mataron? —preguntó el sargento Flores—. Si era uno de ellos, ¿por qué matarlo en primer lugar?

—De repente atraería la atención ver a un "policía" con ellos —respondió Espinoza, al mirar el cuello ensangrentado de Pacheco—. De repente no quería que cantara como este.

—Entonces, ¿le hicieron preguntas y eso fue todo? —Julia sonrió desganada.

—Eso fue todo lo que podíamos hacer —respondió Espinoza, al mirarla a los ojos—. No era nuestro lugar hacer justicia, a pesar de que era un terruco.

—¿Y cómo sabemos que no eres tú el terruco, suboficial Espinoza?
—preguntó Paredes.

—¿Tiene algún problema con mi compañero? —Suárez se interpuso entre ellos.

—Imbécil —la voz de Espinoza no transmitía emoción alguna—, vengo desde Lima, sin conocer el lugar ni a la gente, ¿y voy a matar a mi amigo? ¿A Mora? —los hombres lo observaron atentamente. Incluso Osorio había dejado de sonreír—. Deje de hablar mierdas de los demás y vamos a asegurarnos que él, Pacheco, era el terruco infiltrado.

Las miradas se centraron en el teniente Mendoza. Pacheco era nuevo; tendría poco menos de un mes dentro de la comisaría y podrían constatarlo cuando regresaran el resto de los policías que estaban investigando los poblados que faltaban. El silencio se acumuló entre los adobes y la quincha, hasta el momento en que Suárez abrió la boca. Y si Pacheco lo había ayudado a escapar, suponiendo que en verdad se llamaba así, ¿quién mierda lo había matado si él estaba dentro de la casa?

El cabo Huamaní chasqueó los dedos y caminó hacia sus colegas. Había que recordar que ambos habían muerto con un corte en la garganta; Mora y Pacheco.

—¿Quiénes te habían ayudado, Osorio? —preguntó el sargento Flores.

—Nadie más —respondió Aurelio, luego de tragar saliva—. No sé quién lo mató a él.

—¡Déjate de mierdas, carajo! —Suárez le apuntó con el arma a la sien.

—Si nos dices un nombre, te dejo vivir —Espinoza mantenía los dedos en la cacha del arma—. No puedo decir lo mismo de mis compañeros, pero de repente puedo convencerlos.

—Está bien —murmuró Julia, al sacar el arma debajo de su falda—, pero no le prometo que no dispararé a matar.

—Yo tampoco —Espinoza ingresó a la casona, delante de la mujer—, pero me gustaría interrogarles antes, sacarles un poco de información.

—Edelmiro Yupanqui —dijo Osorio, luego de pensar en sus opciones. Espinoza sacó su pistola lentamente, mientras Suárez quitaba su dedo del gatillo—. Él estuvo aquí conmigo. Quería saber si yo había cantado con ustedes.

—¿Por qué mataron a Pacheco? —preguntó Suárez, al mover el arma—. ¡Habla, mierda!

—Porque todos ustedes conocían su cara —respondió Osorio, mientras una gota caía por su frente—. Ya no nos servía.

—Creo que es suficiente, ¿no? —dijo Espinoza, al observar al resto, quienes asintieron con la cabeza al unísono—. Tenemos lo que queremos —sonrió, levantó su arma, apuntó a la frente de Aurelio y jaló el gatillo—. Ahora ya sabemos a quién buscar.

Las monjas murmuraban cuando Luciana caminaba por los pasillos. Una niña que cargaba a otra; la perversión que sostenía a la pureza. La bebé dormía plácidamente en sus brazos y ambas hacían oídos sordos a las frases entre las paredes. Dio dos ligeros golpes en la puerta, como si fuese un código secreto, y la madre Francisca apareció de inmediato.

—No tienes que llevar a esa niña a todos lados —dijo la monja—. La hermana Pierina te puede ayudar a cuidarla.

—No quiero que le pase nada, madre —dijo Luciana, con una sonrisa—. Y tampoco quiero separarme de ella en ningún momento.

—Deja pasar a la chica, Francisca —la madre superiora estaba sentada en el escritorio, mientras tocaba con la yema de los dedos los papeles sobre madera—. Quiero hablar con ella.

Francisca se hizo a un lado y anciana buscó el bastón a su derecha. Que las dejaran solas por un rato, por favor. La monja desaprobó la orden con la boca, respiró hondo y dejó la habitación. Luciana se sentó frente a la mujer y observó a la niña que dormía en sus brazos. La oficina era del mismo tamaño que los dormitorios y detrás de la madre superiora se alzaba un cuadro enorme del Sagrado Corazón de Jesús. El escritorio era de madera dura y muy gruesa, con adornos en los bordes, y fotografías del Papa Juan Pablo II y el obispo de Trujillo encima. Luciana observó a la anciana por un momento que le pareció eterno y luego bajó la mirada. Madre superiora; quería hablar con ella de algo muy importante. La sonrisa de la mujer y la mano que buscaba la suya incrementó su confianza.

—Creo que ya sé qué me quieres decir, hija —dijo la madre superiora, cuando Luciana le dio la mano—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí —respondió Luciana, sin titubear—. Ya ha pasado mucho tiempo y ustedes me han ayudado en todo, pero necesito hacer esto. Necesito encontrar mi camino, ver otras personas.

—Pero ese camino no es tan fácil, hijita. ¿Crees que nosotras, todas las hermanas, nacimos monjas y no hemos visto lo que hay fuera de estas paredes? —la madre superiora dio un pequeño suspiro—. Hace unos quince años, más o menos, todavía podía ver las caras sin tener que utilizar las manos. En esos días, no tenía que imaginar las cosas o a las personas; pero uno nunca se da cuenta de lo bonito que tiene al frente si no se lo quitan, de golpe y sin previo aviso —se aclaró la garganta y dejó la mano de Luciana—. Pero el gran problema de lo bueno y bonito es que no existiría sin lo malo y lo feo; y estos ojos, que nunca te verán como realmente eres, también vieron lo que había donde no llegaba la luz.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Marcos, quien había cruzado los pies.

—Pierina, como la hermana que me salvó —respondió Luciana, al observar el vidrio debajo de sus tacones—. Primero pensé en el nombre de mi madre, pero fue la monja quien me dio una segunda oportunidad.

—Eres madre —dijo la madre superiora—, pero también eres una niña. Tienes muchos problemas, como yo los tuve, como muchas chicas de tu edad los tiene; pero tendrás que decidir antes de cruzar la puerta que está detrás de ti. ¿Prefieres sentir lo que tu madre sintió en el momento en que te fuiste, o prefieres hacer sufrir a tu hija lo que tu madre te hizo?

Luciana bajó la mirada y notó que su bebé había despertado. La veía, fijamente, pero no se movía. De repente, Pierina comenzó a llorar y a mover las extremidades. La madre superiora se puso de pie y tomó el bastón. Esa niña tenía hambre, hijita. Luciana meció a la bebé lentamente, mientras se incorporaba. Necesitaba a su madre; su hija iba a necesitar a su madre. La mujer del hábito y la cruz que colgaba en su pecho buscó el hombro de Luciana y ambas se dirigieron a la puerta de la oficina. Sí, como todo niño, necesitaría a su madre; sin embargo, ella podría tener a muchas madres si no supiera quién de todas era la verdadera.

—¿Qué decidió? —preguntó Marcos, al cruzar los brazos.

—Me quedé despierta toda la noche y pensé qué hacer —replicó Luciana, al mirar los colores sobre la pared una vez más—. Había pensado en abortar primero, pero las hermanas me convencieron de lo contrario. Había tenido a Pierina y ella era mi responsabilidad en ese momento —observó a Marcos y suspiró—. Aquel día, la bebé dormía muy tranquila, pero yo sabía que antes de las cuatro de la madrugada se despertaría llorando.

Le quitó los pañales, la limpió con delicadeza y le colocó uno nuevo. Tranquila, su niñita; tranquila. La cargó y le dio de comer de su pecho. ¿Cómo sería la vida sin una cruz, una banca de capilla y unas velas debajo de la Virgen María, su bebida? Se cubrió el seno, caminó un buen rato hasta que la niña eructó y luego la dejó en su cuna. Tomó la basura y se la llevó al bote detrás de la cocina. Antes que el resto se despertase; antes que ella le dijera que no debía hacerlo.

Regresó a su habitación rápidamente y la pequeña entrecerraba los ojos. Que descansara, su niña; tranquilita, muy tranquila. Esperó a que se durmiera por completo y acarició su mejilla suavemente. ¿La recordaría?; en algún sueño extraño o cada vez que pensara de dónde venía, ¿la recordaría? La cubrió con las mantas, tomó la maleta que estaba en la cama y se dirigió hacia el umbral. Se detuvo por un instante y se secó los

ojos con las muñecas. Juntó la puerta y recorrió los pasillos desolados.

—Imagino que sería muy difícil salir de esa habitación sin la bebé —dijo Marcos.

—Habría sido mucho peor —dijo Luciana, sin observarlo—. Habría sido como si hubiera perdido una parte de mí, como si yo misma me hubiese amputado el brazo.

—No sé qué decirle... —Marcos titubeaba con las palabras—. No tengo hijos, y no pienso tenerlos por ahora...

—Pero sí quieres tener hijos con ella, ¿no? —Luciana se acomodó la falda.

—Sí, claro que sí —Marcos se detuvo por un instante—, pero no sé si ella querrá.

Había dejado sus cosas afuera, al lado de la puerta. Entró sin generar ruido, notó que la monja aún dormía, se acercó a ella y la despertó con un ligero movimiento en el brazo. ¿Qué ocurría?; ¿por qué la despertaba? Luciana se sentó al lado y bajó la cabeza.

—Me voy, hermana Pierina —tragó saliva y su voz se quebró—. Me voy.

—No te puedes ir de aquí, Luciana —susurró la hermana Pierina—. No puedes dejar sola a tu hija. ¡Es muy pequeña!

—Lo haré, hermana, me iré —dijo Luciana, al ponerse de pie y llorar—. Es mejor ahora que está chiquita porque así no recuerda. Prefiero que tenga a más de una madre que sólo una simple hermana, a una niña como ella.

—No dejaré que te vayas —la monja se había puesto de pie—. ¿Dónde está la bebé?

En su cuna —respondió, aún con lágrimas—. Está sola.

—¡No puedes dejar sola a una criatura! —la hermana notó que Luciana ya estaba en la puerta—. ¡No! No me hagas escoger. No te atrevas...

Luciana salió de la habitación, cogió la maleta y se dirigió hacia la salida tan rápido como pudo. La hermana Pierina salió detrás de ella, descalza, pero a medio camino dio media vuelta y corrió hacia el cuarto donde estaba la bebé.

—Me habría sentido como una mierda —dijo Luciana, al observar los ojos de Marcos—. Me habría sentido como una completa mierda si la hubiera abandonado.

Él camina, acero en mano, con el agujero que muestra lo que me queda de vida;

la explosión nos ha callado y el humo ha devorado la brisa;

“sin cabos sueltos”, me dice, “no quería, pero debía hacerlo”, como si entendiera su pena;

no oigo mi respiración y me aterra pensar que quizá no podría salir de aquella miseria;

me siento en el mueble y trago saliva, ¿así era como todo acabaría?;

todos gritan, todos corren, y poco a poco los siento;

¿por qué?!, quiero, tengo que saber, ¿por qué realmente lo va a hacer?;

camino hacia ellos y sangran, pero uno huye muy calmado, lleno de poder;

porque si yo no muero, él lo hace, y ya había perdido demasiado en este tiempo;

me mira con el ceño fruncido, como si me amenazara en medio de ese infierno;

podía irme y desaparecer por mucho tiempo, pero él no puede equivocarse;

corre, de repente, y desaparece entre las calles, las luces y el mar de gente sollozante;

no quiero verlo, no quiero que la muerte se acerque a mi cara;

el cemento, los vidrios y la sangre, ¿ocurre esto en la mente de una niña o una anciana?;

el frío toca mi nuca y, arrodillada, busco debajo de los cojines lo que él apunta;

gritan por ayuda, pero quienes ya no respiran sólo parecen descansar;

oculto la mano en mi pecho, me aferro a la plata y recuerdo cuando me lo obsequiaron;

las sirenas cantan con más fuerza y las llamas consumen todo a su paso;

cojo el arma con ambas manos, respiro profundamente y doy media vuelta;

lo busco, pese a que ruego, a quien me escuche, que no quiero encontrarlo en la acera;

uno en su brazo, en la pared, en la porcelana y el cuarto empuja su cuerpo sobre sobre la sala;

entre los fierros y manchas rojas, encuentro el nombre de una calle que no recordaba.

Capítulo 5

Encontraba la noche muy fría. Sentía los brazos cansados por el peso y las piernas le ardían por tanto caminar. Marcos pensó que pronto las calles se empaparían, que ella lo recibiría con una toalla y que le abrazaría fuerte, como si no lo hubiese visto en años. Le diría que se había convertido en un hombre, que había dejado de temerle a sus padres.

Ahora era un hombre de verdad, Julia; uno al que podía respetar.

La neblina se había asentado en los postes de luz. Sintió algo diferente en las calles, un brillo que cambiaba del rojo al azul y viceversa a lo largo de la avenida.

Esa calle; ¿no era la calle donde vivía...?

Sus pies, aún adoloridos, avanzaron más rápido. Con cada paso la certeza se hacía más concreta y el miedo se acumulaba en un escalofrío.

Era la calle, carajo; era la calle donde ella vivía.

Corrió como pudo, con las maletas que revoloteaban y la mochila que golpeaba su espalda. El pequeño tumulto de personas alrededor del auto policial murmuraba sobre unos disparos en una de las casas. Marcos se abrió paso por la pista y llegó al lado de los policías.

¿Qué pasaba ahí?; ¿por qué toda esa gente y todo ese alboroto en la calle?

—¿Quién es usted? —preguntó el oficial, al observarlo fijamente, mientras Marcos dejaba las maletas en la vereda.

Su nombre era Marcos Urrutia; ¿por qué estaban frente a la casa de su enamorada?

—Mi compañero, Ramírez, y yo recibimos llamadas de unos supuestos disparos dentro de esta casa —dijo el policía, al señalar el nombre 'J.

Espinoza Cáceres' que aparecía en su identificación—. ¿Sabe si su enamorada tenía armas?

¡Mierda!; tenían que entrar; ella le había dicho que los terrucos la perseguían desde el atentado de Tarata.

Los oficiales se miraron entre sí, dudosos, y llegaron a un acuerdo con sólo mover la cabeza. Las armas apuntaron hacia el suelo, mientras Marcos les mostraba una llave que había sacado de su mochila.

Les abriría la puerta y ellos entrarían; sólo que no le hiciesen daño a Julia.

Espinoza estiró el brazo que no sostenía la pistola. Que le diese la llave; ningún civil participaría en eso. Marcos lo observó por un momento, respiró lentamente y le entregó la pieza de metal al oficial. ¿Estaba listo para entrar, Ramírez? El policía introdujo la llave en el picaporte tan silenciosamente como pudo y dio vuelta a la cerradura.

Por favor, que no la lastimasen; que no le disparasen.

La puerta se abrió al giro de la muñeca y los oficiales ingresaron rápidamente. ¡Que no se moviesen, carajo, o dispararían! Marcos notó que las armas apuntaron nuevamente hacia el suelo y se acercó al umbral con cuidado, como si aprendiera a caminar. A los pies del sofá, una mujer se encontraba en posición fetal, frente a un jarrón quebrado, y la mirada perdida.

—Creo que la conozco —dijo el suboficial Espinoza, sin mirar a su compañero—. ¿Recuerdas a esa chica que puteó al comandante Salazar en la comisaría hace unas semanas?

—¡Carajo! —exclamó el suboficial Ramírez, al guardar su arma—. Es verdad. Es ella, es la chibola que lo puteó en su oficina.

Marcos corrió hacia ella y los policías no lo detuvieron. Se arrodilló a su costado, levantó su rostro y le acarició el cabello.

¡Julia!; ¡que dijese algo, por favor!

Espinoza notó que la gente se amontonaba en la puerta. Quitó la llave, tomó las cosas de Marcos, las dejó al otro lado de la madera y clausuró el espectáculo. Ramírez revisó el resto de las habitaciones y regresó con el arma en su funda. ¿Cómo se encontraba la señorita? Los dedos de Marcos mostraron un objeto negro y pesado.

Que se llevasen eso, por favor; no quería tenerlo cerca.

Ramírez tomó el arma mientras Espinoza revisaba la pared contigua. Se preguntó por qué alguien pintaría su sala con tantos garabatos de colores. Luego de un momento, notó que había agujeros en el cemento.

—Son balas —dijo Espinoza, al tocar el borde de la figura—. Pero sólo hay dos. Las llamadas advertían de cuatro disparos.

—Suponiendo que disparó desde el lugar donde está ahora, el mueble funcionaría como escudo parcial de la pared —dijo Ramírez, al esquivar el vidrio que había caído de la mesita de centro—. Sí, aquí está. Debajo de los cojines hay otro agujero más.

Marcos había logrado incorporar a Julia y la había sentado en el sofá.

Que se largasen; que se largasen todos.

La mujer tocaba su collar como si la protegiese de la realidad. Marcos fingió sonreír y la besó en la frente.

No, no la dejaría sola; no la dejaría, Julia.

La tomó de la mano, se percató que estaba fría y cerró los ojos por un instante.

¿Por qué dispararía?; ¿cómo había conseguido esa arma?

Julia apretó los dientes y las lágrimas brotaron hacia el pecho de Marcos.

La iba a matar; lo había hecho porque no quería morir; no quería morir, Marcos.

Los oficiales observaron a la pareja y se preguntaron con la mirada quién había muerto en aquella casa. Espinoza suspiró y notó que Marcos estaba tan asustado como la mujer.

¿A quién creía haber matado, amor?; ¿a quién?

Se separó del pecho de Marcos y su mirada era de asombro.

¿Acaso no lo veía?; ¡estaba ahí, en el piso, frente a ellos!

Los oficiales bajaron la mirada y movieron la cabeza lentamente de un lado hacia otro.

No había nada ahí, Julia; nadie había muerto en esa casa; sólo estaban los

policías y ellos dos.

Estaba ahí, lo veía; aún sangraba, aún la miraba.

No, no había nadie, amor; sólo el vidrio roto del jarrón.

¿Y por qué ella lo veía?; ¿por qué sólo ella lo veía?

Lo averiguarían, amor; pero primero tenían que salir a buscar ayuda.

No, le estaba mintiendo; ella lo había matado, había matado al terruco.

Marcos se puso de pie, caminó hacia la mesita de centro y pisó los vidrios. Julia cayó en el respaldo del mueble, se frotó los ojos y no contuvo el llanto. Espinoza dio un paso hacia adelante y guardó su revólver. Los llevaría a buscar ayuda; que no se preocuparan por eso. Marcos la tomó del brazo, luego de la cintura y la ayudó a caminar.

Gracias, oficiales; por todo, y por no hacerle daño.

Ramírez abrió la puerta y la gente empezó a murmurar al ver a la mujer. El oficial les abrió paso hasta el auto. Marcos observaba el tumulto con el ceño fruncido, mientras Julia buscaba un rostro que sólo ella había visto. Espinoza cerró la puerta de la casa y dio tres vueltas con la llave. Ambos ingresaron al vehículo mientras Ramírez esperaba a un costado.

—Hay uno a veinte minutos de aquí —dijo Ramírez, al cerrarles la puerta—. Es un poco caro, pero se supone que atienden bien.

No importaba el precio; eso lo vería luego, cuando todos estuviesen calmados.

—Aquí tiene su llave —Espinoza sostenía el metal con el índice y el pulgar. Marcos dejó de abrazar a Julia por un momento para recibirlo—. Y no se preocupe por nada. Tendrá que llevarnos el certificado a la comisaría y olvidaremos que esto pasó.

—Será luego de la última pastilla del día —dijo Mariana, al observar los arcos—. Irás a la cola y ese será el momento. Aún no sé qué puedes hacer para llamar la atención de todos, pero espero que se te ocurra algo bueno.

—Ya pensaré en algo —replicó Camila, muy calmada—. Tenemos una semana todavía, así que hay tiempo suficiente para planear todo.

La fila parecía más larga y lenta de lo habitual. Mariana se había situado al final, mientras su compañera se encontraba por la mitad. No quería destacar, pero tampoco podía evitar sacar la cabeza para saber cuánto faltaba para el turno de Camila. Una de las enfermeras pasó por su costado, le tocó el hombro y le sonrió para que se calmase. Las manos de Mariana se clavaron en su cintura y sus ojos se desviaban con cada movimiento de quienes la rodeaban. Un paso al frente, una de las mujeres se iba acompañada de una enfermera y el corazón de Mariana palpitaba en su garganta. El sudor se apoderó de sus palmas y el frío le entraba por los dedos. Caracho, tomar una maldita pastilla parecía eterno en ese lugar. Una vez más, un paso al frente, otra mujer se iba acompañada de una enfermera y los dientes de Mariana rechinaban por el inesperado frío que le remecía la espalda.

Había llegado el turno de su compañera. Que no le fallase, por favor, que era su única oportunidad; y que confiaba en ella, confiaba en que lo lograría. Camila bebió el agua tan rápido como pudo, devolvió el vaso y quien la acompañó fue la jefa de los enfermeros.

—Intenta no hacerle daño —dijo Mariana, al cubrirse la boca con la mano—. No quiero que tengas problemas serios por mi culpa.

—Espero que no se le ocurra nada raro cuando haga la distracción —replicó Camila, al imitarla—. En realidad, espero que sea mucho más fácil de lo que planeamos.

—Pides mucho —Mariana respiró hondo golpeó las gradas con sus nudillos—. A pesar de que alguien me ayudará, las cosas nunca salen como las planeamos.

Había desaparecido de su vista y pronto le tocaría a ella. Un paso más al frente y el rostro calmado de la doctora la tranquilizó. Ya sabía cómo era, Marianita; esa última pastilla y a dormir. Abrió la boca, bebió el agua y le mostró que la había tragado. Sintió que alguien la cogió del brazo suavemente, como alguna vez Renato la había tomado para darle un beso. La enfermera la guió por el pasillo y luego se alejaron de las habitaciones. ¿Estaba lista para irse?; era en ese momento o nunca. Mariana abrió la boca lentamente y luego movió la cabeza como respuesta. Que no se preocupase; su sobrino sonaría la bocina tres veces cuando fuesen las ocho de la noche y la llevaría hasta el terminal. Mariana

escuchaba las palabras, pero no creía que en verdad estuviese ocurriendo.

Ambas llegaron hasta la puerta del patio. La mujer se aseguró que ninguno de sus colegas estuviese cerca y, con paso apresurado, llevó a su acompañante hasta la pared del fondo. Ah, al otro lado había una bolsa negra que tenía la ropa y el dinero, pero la chompa estaría dentro del carro; así su sobrino buscaría a una mujer que tuviese frío. Los arcos seguían juntos donde la luz no alcanzaba, pero para Mariana eran tan altos como la pared y tan brillantes como los focos de los postes. Que no tuviese miedo porque pronto todo acabaría; pronto estaría con su familia. Trepó el travesaño con ayuda de la enfermera y sintió el frío del metal. Logró incorporarse a mitad del vacío y se colgó de la pared. Mariana escuchó los gritos de una mujer que provenían del mismo hospital y pensó que había creado una película de terror. Se sentó sobre el muro y observó la amplitud del lugar.

—Es ella —dijo Mariana, al observar a la enfermera—. ¡Es ella! ¡Es ella la que grita como si la estuvieran matando!

—Debes irte —respondió la mujer, al alzar las manos—. ¡Es ahora o nunca, Mariana!

—Cuídala, por favor —le dio la espalda a la enfermera—. Asegúrate de que tome todas las pastillas y... Y gracias. Trataré de contactarte cuando pueda.

—Hay un papel con mis datos en el bolsillo de la blusa y el dinero está dentro de un monedero de los pantalones. Sé prudente y espera unos meses —golpeó la barra de metal con las palmas—. ¡Ahora, vete, Mariana! ¡Vete!

Saltó de la pared y cayó sobre las el plástico negro. Sus piernas temblaban y el cielo, tapado por el estupor del alumbrado público, se apoderaba de sus ojos. Escuchó su respiración por un momento, notó que el olor a basura se convertía insoportable y se incorporó. Buscó la bolsa con la ropa tan rápido como pudo y corrió hacia el callejón de al lado. Se quitó la bata y se puso los pantalones. El frío erizaba el pecho desnudo de Mariana cuando se colocó la blusa y pensó que estaba demorando más de lo que debía.

Encontró el papel y el monedero donde la enfermera le había indicado. Buscó los zapatos y los encontró dentro de otra bolsa. Temía que fuesen muy pequeños, pero eran nuevos y una talla mayor a la que ella calzaba. Se acomodó el cabello como pudo, guardó la ropa usada en la misma bolsa de basura y la dejó al lado del resto. Cruzó los brazos para protegerse de la noche e intentó respirar con tranquilidad. Nadie la conocía; nadie sabía que aún existía. Se aseguró de estar sola, pero todas

las miradas parecían sospechosas. Se dirigió a la pista y visualizó un taxi al lado de la vereda. El conductor hizo la señal. Tres bocinazos le aseguraron que era el sobrino de la enfermera y la puerta del vehículo se abrió.

—No te preocupes por mí —dijo Mariana, al tomar a Camila de la mano—. Una de las enfermeras me ayudará afuera. Ya la conocerás.

—Eso espero —dijo Camila, al notar que alguien se acercaba a ellas—. Porque también necesito ayuda aquí dentro.

La mujer se detuvo frente a ambas y les sonrió. El sol estaba cayendo detrás de una de las paredes, pero el frío aún no aparecía.

—Ya deben entrar —dijo la enfermera, sin quitar la sonrisa—. Pronto será la hora de la última pastilla —le ofreció la mano a Camila y esta se sorprendió—. Tú debes acompañarme primero. Tienes una cita con la doctora, Julia.

La escalera estaba llena de polvo y bolsas de plástico. El suboficial Espinoza sorteaba los obstáculos sin perder de vista lo que su arma apuntaba. Julia lo imitaba como podía, pero su arma simplemente apuntaba hacia el piso. El policía hablaba con susurros y la mujer sólo respondía con un movimiento de cabeza. Que se quedase ahí porque iba a verificar si había gente; si escuchaba un disparo, que regresara a la comisaría, pero que por ningún motivo subiera. Se alejó de ella, sintió el frío que corría a través de lo que alguna vez habían sido ventanas e inició el ascenso por los escalones.

—Nunca los encontramos, capitán Carbonell —dijo Suárez, con el pecho en alto y voz gruesa—. Parece que se fueron del pueblo al siguiente día o en la misma noche. Además, la gente tiene miedo de hablar. Temen que regresen y quieran vengarse.

—Tendré que decirle a la viuda lo que ocurrió —dijo el capitán, al frotarse la barbilla y mirar a Espinoza—. Carajo, esa mujer acaba de dar a luz,

¿no?

—Pido permiso para decírselo, mi capitán —Espinoza sacó de su bolsillo la billetera y el anillo de Mora—. Creo que sería lo mejor.

—Bien, suboficial. Tiene mi permiso para hacerlo —el hombre apretó los puños y cerró los ojos por un instante—. Dígale que los gastos del velatorio y el entierro corren por nuestra cuenta, y que yo me voy a encargar de todos los aspectos legales. También dígale que los encontraremos, que nos dé un poco de tiempo —el capitán dio media vuelta y habló mientras se iba—. Vaya luego de comer. Hoy saldrán temprano. Supongo que querrán ver a sus familias después de esta semana tan... —calló por un segundo y luego siguió su camino—. Bueno. Pueden retirarse, suboficiales.

El pasillo era largo. Espinoza calculó que el techo estaba a dos metros y medio del suelo y notó que había huellas de zapatos en el polvo del piso. Caminó con mucha cautela, como si tratase de no despertar a un bebé. Ingresó a una habitación con el arma al frente, pero no encontró a quién disparar. Regresó al pasadizo y notó que en una de las paredes brillaba un resplandor. Avanzó hasta el último umbral del segundo piso sin dejar de revisar rápidamente el resto de las habitaciones. El miedo se había esfumado de su cuerpo. Empujó la puerta apolillada con el hombro y notó que una vela estaba a punto de derretirse por completo.

—Lo siento mucho, Emilia —dijo Espinoza, sentado junto a la viuda—. Podría contarte todo lo bueno que ha hecho tu esposo mientras fue nuestro compañero, pero supongo que no te hará sentir mejor.

—No me cuentes nada —dijo Emilia, la esposa de Mora, quien había calmado un poco el llanto—. No quiero saberlo. Y tampoco quiero saber que murió por personas que ni saben cuál era su nombre. Es como tener que recoger la basura que ya habías sacado el día anterior.

—Entiendo —Espinoza colocó la billetera y el anillo sobre el cojín del mueble—. Son de él. Creo que hubiera querido que los tuvieras. Especialmente el aro de matrimonio.

La mujer cogió la alianza y se detuvo en el brillo del oro por un momento. Luego se llevó ambas manos al pecho y bajó la cabeza. Espinoza notó que, dentro de la cuna, el bebé se estaba moviendo, pero prefirió limpiar la tela de su quepí y permanecer en silencio.

—Desde el momento en que te vi con el uniforme supe a qué venías —el llanto infantil calló a la mujer por un momento. Cargó al niño y trató de calmarlo con ligeros movimientos sobre su pecho—. Siempre rogué porque no llegara este día. Siempre le supliqué a Dios para que él

regresara por esa puerta. Supongo que de nada sirven las suplicas...

—Lo lamento —Espinoza tocó el hombro de Emilia y de pronto el infante detuvo su llanto—. Perdí un amigo. Perdí a mi promoción, pero sé que me sentiría tan molesto y devastado como tú lo estás si me hubiesen quitado a mi esposa de esa forma —se puso de pie y se colocó la gorra—. No debes preocuparte por los gastos y el papeleo. La Policía se encargará de eso —Emilia se puso de pie, aún con el bebé en los brazos, y caminó junto a Espinoza hacia la salida—. ¿Estarás bien?

—Le diré a mi madre que se quede por unas semanas cuando venga a ayudarme a cuidar del bebé —Emilia abrió la puerta—. Pero antes que te vayas, quiero que me prometas algo, por favor —la mujer levantó el rostro y con lágrimas en las mejillas tomó a Espinoza de la camisa—. Prométeme que los encontrarás. Prométeme que tú vas a encontrarlos.

—Te lo prometo —Espinoza cogió suavemente la mano que sostenía la tela—. Créeme que lo haré. Sólo dame tiempo.

Ingresó a la habitación y apuntó con el arma a cada rincón, pero nuevamente no encontró a quién disparar. Bajó la pistola y observó lo que alumbraba la llama. Un corte grueso en una pared, pintura descascarada, un hilillo de sangre en el suelo, dos nombres dentro un corazón, un lápiz sin punta, un recorte de papel periódico y los tallos de lo que parecía una planta. Salió del cuarto sin prisa y se acercó hasta la escalera. Que ya podía subir si quería; no había nadie en ese lugar. Julia asomó la cabeza, extrañada, y guardó el arma debajo de su falda.

—¿No hay nadie? —preguntó Julia, al subir el último escalón—. Pero ellos dijeron que estarían aquí. Ella se los ordenó. La mujer, Camila, se los ordenó.

—Como ve, no hay nadie en este lugar —dijo Espinoza, al caminar hacia el cuarto del fondo—. Mire esto —esperó a que Julia llegara junto a él—. No estoy seguro, pero creo que es de marihuana. De repente en este lugar se juntan para fumar, pero no puedo explicar la sangre que hay en el piso —señaló la mancha con el índice.

—Pero yo los oí hablar —Julia observaba la vela parpadear, mientras sus manos se cerraban y sus hombros caían—. Los oí decir que se iban a reunir aquí, a esta hora. No me estoy equivocando. No puedo haberme equivocado.

Al llegar a casa, Espinoza notó que era la única que no tenía las luces encendidas. Otra vez, Ana; otra vez veía la tele a oscuras. Dejó su maleta en el suelo y buscó las llaves. Abrió la puerta de metal y vidrio, tomó su equipaje e ingresó. ¡Ana, ya había regresado! La única respuesta que consiguió fue el silencio absoluto. ¿Ana?; ¿estás en casa? Dejó sus cosas

en el mueble y encendió las luces. Caminó por el pasillo y su mano, instintivamente, tocó la cache de la pistola. ¿Ana?; ¿estaba ahí? Revisó el baño, la cocina y llegó a la habitación. En el suelo había gotas rojas que creaban un camino hasta un cuerpo. En el espejo del cuarto, un garabato con la forma de la hoz y el martillo chorreaba de sangre hasta el suelo. Espinoza corrió hacia la mujer y le dio vuelta para ver su rostro. No, no, no. Tenía un corte en la garganta y los ojos inyectados. No, Ana; no, por favor. Golpeó suavemente su rostro con palmadas, como si quisiera despertarla de una pesadilla. La piel fría y el charco seco confirmaron su duda, pero en ese momento sólo atinó a abrazar el cuerpo de su esposa.

—No lo entiendo —dijo Julia, quien se tocaba la cabeza con ambas manos—. No me vieron en ningún momento, nunca supieron que los escuchaba. ¿Por qué no están aquí?

—No lo sé, señorita Venero —dijo Espinoza, al guardar su arma—. Quizás escuchó mal o cambiaron la fecha.

—¿Sólo estamos los dos entonces? —la voz de Julia era cada vez más tenue— ¿No hay nadie más en este lugar?

—No, sólo nosotros —Espinoza se acercó a la vela—. Probablemente acaban de irse los fumones, pero no hay nadie más en este lugar.

—Entonces... De todos los policías de esa comisaría, sólo tú viniste... Y de pronto no hay nadie aquí y yo escuché mal... —Julia retrocedió lentamente hasta el pasadizo, mientras su mano buscaba algo debajo de su falda—. Ahora, sólo estamos nosotros en este lugar...

—Será mejor que regresemos a la comisaría —Espinoza agachó el cuerpo—. Apagaré esta vela. No quiero que haya algún incendio.

La flama se apagó luego del soplado del policía. Con la desaparición del brillo, Espinoza dio media vuelta y notó que Julia ya no estaba. Se sorprendió por un momento y salió de la habitación. ¿Señorita?; ¿estaba ahí? No hubo una respuesta. Apresuró el paso con dirección hacia las escaleras y bajó tan rápido como pudo. ¿Señorita?; ¿dónde estaba? Salió de la casona, miró hacia ambos lados de la calle y encontró a la mujer corriendo en la siguiente cuadra. La siguió como pudo, pero Julia había desaparecido entre las calles pequeñas y los postes de luz. ¿Qué mierda había ocurrido?; ¿qué carajos había dicho para que se fuera así? Se detuvo y respiró profundo por un par de minutos. No entendía qué acababa de ocurrir y al notar la oscuridad supo que debía retornar a la comisaría. ¿Qué le diría ahora a Ramírez y al comandante Salazar?; ni siquiera había podido comprar los cigarros que prometió.

La habitación era pequeña y oscura. Luciana se apoyaba de las paredes como si sus pies no pudiesen soportar su peso. ¿Era nueva en eso, verdad? La mujer sonrió y salió del cuarto. Si necesitaba algo, podía hablar con ella, pero no quería lloriqueos; eso ahí no se podía, no, no, no. La puerta se cerró y Luciana se limitó a sentarse en la cama. Observó la perilla y el cerrojo. Pensó en tomar sus cosas e irse, pero alguien abrió la puerta por ella. Había olvidado decírselo; tenía que buscarse un nombre para los clientes.

—¿Qué hizo cuando se fue del convento? —preguntó Marcos.

—Busqué trabajo —respondió Luciana, al quitar una pelusa de su falda—. Tenía que encontrar la forma de mantenerme sola.

—A esa edad, ¿en qué podría conseguir trabajo? —Marcos levantó una ceja.

Las luces rojas espantaban el frío. Los hombres caminaban por el pasillo que mostraba puertas, números y mujeres. Miraban hacia los umbrales como si estuviesen comprando en un mercado. Las encontraban, les hablaban muy cerca y siempre pedían que les den una rebaja. ¿Treinta mil?; veinticinco mil, pues; bien pagados. Unas rechazaban la oferta, otras pedían diez o cinco mil intis más, mientras que algunas aceptaban luego de dudar por un momento. Luciana sólo mostraba su cabeza por la puerta entreabierta, con el rostro enrojecido y las manos temblando detrás de la pared. Los hombres se detenían frente a ella y le preguntaban si podía salir por un instante. Luciana sólo respondía con el precio y estos replicaban con un fuerte sonido nasal. Notó que cada vez que una de las puertas se abría, ellos se amontonaban al frente y que la mayoría de sus compañeras sólo vestían una trusa y un sostén, mientras que ella aún tenía la blusa puesta.

Pasaron los minutos y ningún hombre se acercaba. Recordó que la señorita Mercedes le había dicho que tenía que pagar la cuota por el cuarto, por lo que decidió mostrar una pierna. Un hombre joven, con camisa y pantalón arrugados, se acercó luego de unos minutos. Treinta mil; lo básico. El sujeto bajó la mirada y sonrió tímidamente. Tenía veintiocho nada más; el resto era para su pasaje. Luciana tragó saliva y

dudó por un momento. Notó que el muchacho tenía tanto miedo como ella y abrió la puerta para que este ingresara. De inmediato, un grupo de hombres murmurando se concentró frente a su habitación.

—Para la gente sólo hay dos cosas que una mujer puede hacer: ser una sirvienta o una prostituta —replicó Luciana, luego de suspirar—. No tenía otra elección: sé cocinar, planchar, lavar, limpiar... ¿Qué más puede hacer en este país una mujer que no conoce a nadie, que carga una bebé y que nunca terminó de estudiar? —bajó la mirada y entrelazó los dedos. Marcos permaneció en silencio—. Por eso me corté el cabello. Cuando está largo es una molestia mientras trabajo.

Si no quería que la gente la reconociera, tenía que maquillarse; también cambiarse el peinado y ponerse ropa que nunca se pondría. La señorita Mercedes era alta, muy delgada, con el cabello rubio en las puntas y negro en las raíces. Según ella misma, era chiclayana y había llegado a Trujillo cuando cumplió los catorce años, pero las compañeras de Luciana sabían que Mercedes había nacido en Lima y que había llegado al lugar luego de quince años recorriendo toda la costa.

—No quieres que te reconozcan en la calle, ¿no es cierto? —preguntó Mercedes, con la voz muy suave—. Habla, hija, que aquí nadie te va a juzgar.

—No —respondió finalmente Luciana, al caminar al lado de la mujer—. Prefiero ser una extraña para todos.

—Muy bien, hijita. Luego de desayunar, vas a ir a la peluquería. Hazte el peinado que quieras. Dile que vas de mi parte para que así te cobre lo justo —Luciana agradeció con una sonrisa forzada—. ¿Qué nombre escogiste, al final?

—Lucero —ambas llegaron a la habitación y Luciana abrió la puerta—. Fue lo único que se me ocurrió cuando el primero me preguntó cómo me llamaba.

—¿Lucero? ¿Como la cantante? —Mercedes sonrió—. Eso atraerá a muchos y, quizás, te lleve a otros lados... —se alejó de Luciana y chasqueó los dedos—. Donde pagan más.

¿Podría usar el baño, por favor? Marcos asintió y se puso de pie. Luciana lo imitó y la acompañó hasta la puerta del tocador. Ella ingresó y le agradeció con una sonrisa. ¿Quería algo de tomar o comer? Luciana lo observó por un momento y apretó los dientes. Algo de tomar, quizás; una taza de té o de café estaría bien. Marcos se alejó y ella cerró la puerta. Se miró en el espejo, buscó entre sus ropas un frasco de vidrio y lo colocó sobre el lavatorio. Un par de gotas serían suficiente, Pierina; sólo necesitaba unos trescientos soles más. Bajó la palanca del inodoro sin

haberlo utilizado y abrió la llave del agua. La dejó correr por unos segundos y se arregló el cabello. Tomó el frasco, cerró el grifo y salió del baño. Caminó hasta la sala y vio que Marcos aún estaba en la cocina. Escondió el frasco entre los cojines y esperó a que regresara. El hombre apareció con una bandeja y dos tazas sobre platitos. Café para la tarde; ya estaba corriendo un poco de aire. Le entregó uno a Luciana y cogió el otro. ¿Y cómo había llegado hasta Lima?

—Estaba trabajando en una casa de aquí —dijo Luciana, al sorber un poco de café—. Empecé hace como cinco meses, pero encontré otro trabajo en Trujillo donde me van a pagar más. Antes de irme, quise visitar a mi amiga del colegio.

—Discúlpela —dijo Marcos, con la taza en la mano—. No es su culpa que esté... —bajó la cabeza y bebió un poco—. ¿De verdad no quiere algo de comer?

—Está bien —Luciana dejó la taza y el plato sobre la mesa—. Pero primero termine su café o se va a enfriar.

—No se preocupe —Marcos se puso de pie—. No puedo tomarlo tan caliente.

Dejó el plato junto al de Luciana y caminó hacia la cocina. Quizá la otra semana, en su día libre, podría llevarla a visitar a Julia. Ella asintió con la cabeza y Marcos desapareció bajo el umbral. La mujer buscó el frasco entre los cojines, vertió tres gotas sobre la taza más lejana y devolvió el recipiente de vidrio a su lugar. Cogió la cucharita de la bandeja y le dio un par de vueltas al café. Asió el recipiente y esperó a que Marcos regresara.

Volvió con un tazón lleno de queso cortado en cuadraditos y galletas. Notó que ella bebía un poco de café y que lo observaba. Dejó el recipiente sobre la mesa y se sentó a su costado. Luciana permaneció quieta. ¿En qué trabajaba él?; ¿a qué se dedicaba? Marcos cogió la taza y se recostó en el mueble. Era obrero en una fábrica textil; le pagaban un sueldo normal, pero era muy cansado. El hombre buscó la cuchara, dio un par de vueltas y bebió. Luciana lo observó quemarse con el líquido, mientras fingía escucharlo. Por favor, Pierina, que dejase la taza en la mesita; no quería que se quemase el cuerpo. Marcos levantó el rostro y parpadeo como si estuviese muriendo de sueño. No se quejaba, al menos tenía un trabajo y le era suficiente para vivir; lo suficiente para pagar las cuentas. Mariana lo vio tambalearse, dejó su taza en la mesa y se apresuró a coger la de su acompañante. Se quemó con la loza caliente, pero logró dejarla junto a la suya. Escuchó su balbuceo y lo acomodó en el mueble. Levantó la bandeja, la llevó hacia la cocina y lavó las tazas. Regresó por el tazón, buscó una tapa de olla y lo guardó en la refrigeradora. Luego rebuscó en los bolsillos de Marcos y encontró su billetera. Cuatrocientos treinta soles en billetes de cincuenta y diez, una bolsa pequeña, documentos y tarjetas.

Cogió trescientos y el diminuto empaque, mientras desaprobaba su contenido con la mirada. Buscó un lápiz y algo sobre qué escribir. Le dejó una nota con la billetera sobre ella, regresó a la cocina y vertió el polvo de la bolsita en el lavadero. Abrió la llave del agua hasta que la mezcla blanca desapareció por completo. Finalmente, volvió a la sala, le acomodó el cabello a Marcos, buscó el frasco entre los cojines, dio media vuelta y fijó sus ojos en los colores de la pared. Que la perdonase, Julia; ya no soportaba vivir siendo un simple objeto.

Me tiene del brazo como si fuese una niña y sus palabras de esperanza generan mi enojo;

escucho mi nombre, giro la cabeza y me encuentro con sus ojos;

abre la puerta de mi habitación, pero la pequeña se esconde y cubre su muñeca de trapo;

corro hacia ella, la abrazo y me pregunta si puedo dejar de jugar por un rato;

“sólo saldrás si te lo propones”, “sólo saldrás si te dejas ayudar”;

¿por qué, mamá?, ¿por qué tengo que cerrar los ojos y esperar?;

camino hacia la niña, me toma de los dedos y mueve la cabeza de lado a lado;

me toca la nariz, sonrío sin ningún motivo y siento que el metal toca mi mano;

no, no tengo que hacerlo, lo he prometido, y empujo a la mujer al suelo;

es una mano de metal, sobre la de carne y hueso;

siento su tráquea en mis dedos, cada vez más fuerte, mientras ella manotea;

debo colgarla sobre mi cuello y cuidarla mucho porque es de plata y era de la abuela;

su cabeza golpea el piso y mis gritos resuenan en el lugar;

que recuerde que nunca estaré sola, cerca del corazón, como un guardián;

el resto de ellos llegan corriendo y dos me toman de los brazos;

¿ya veía?, me queda perfecto, como si Diosito me lo hubiese regalado;

un piquete toca mi piel y los de blanco se preocupan por su jefa;

oímos el golpe de la puerta y mi madre dice que debo guardarlo en un lugar que nadie sepa;

me siento mareada, entre brazos, y con lágrimas en los ojos, me alejan de la pequeña;

“ha llegado papá, Julia”, y tiene que estar con él porque no quiere que una pelea;

el mundo se vuelve negro y no sé si aún respiro;

ve, mamá, que no quiero que tengas más moretones por un descuido.

Capítulo 6

Epílogo

—¿Y ese de ahí? —preguntó el alférez Espinoza, al señalar a un hombre de barba y cabello largo. Este levantó la mirada y observó al policía con desdén—. Creo que lo he visto en otro lado.

—Lo trajimos porque golpeó a un compañero que dirigía el tránsito —respondió el suboficial Broncal, al hojear en la carpeta que llevaba—. Encontramos tres paquetitos de cocaína en sus bolsillos.

—Cada vez hay más pastrulos... No sé cómo vamos a llegar al 2000 si todos están drogados en esta ciudad —Espinoza expulsó aire fuertemente por su boca—. Broncal, lleva a ese a mi oficina en un par de minutos. No sé de dónde lo conozco...

—Sí, alférez —cerró la carpeta y buscó su llave—. ¿Enmarrocado?

—No, quítale las esposas —se alejó de la celda a paso lento—. No creo que se ponga atrevido conmigo.

La oficina del alférez era la más amplia de la comisaría de San Juan de Miraflores. Sobre el filo del escritorio, su nombre montaba guardia al proteger los papeles y lapiceros. Debajo del vidrio que lo cubría no había fotos o algún papel con números de teléfono, sólo el color de la caoba traslucía sobre el reflejo de su rostro. De pronto, Broncal ingresó con el detenido. Espinoza levantó la cabeza y le pidió que se sentase.

—Gracias, suboficial —dijo Espinoza, mientras el detenido se sentaba en la silla—. Ya puedes retirarte. Aprovecha en almorzar —Broncal asintió y salió de la oficina.

¿Por qué lo habían llevado para que hablara con el comisario?; las otras veces sólo había estado una semana en esas pocilgas que llamaban

celdas.

—Las preguntas las hago yo —Espinoza alzó la voz. Se puso de pie, caminó hacia el costado del hombre y apoyó su cuerpo sobre el escritorio—. ¿Cuál es tu nombre?

Una risa llenó la oficina del alférez. Los ojos inyectados del desconocido disgustaban a Espinoza, como si los hubiese visto en otro lugar. Trató de recordar el rostro del sujeto, pero la barba y el cabello desaliñado le impedían lograrlo. Parecía un pordiosero, Anita.

¿Su nombre?; Marcos, Marcos Urrutia.

—¿Por qué golpeó al oficial de tránsito, señor Urrutia? —tomó un lapicero negro y escribió el nombre de detenido en una libreta—. ¿Por qué dice que no es la primera vez que le ocurre esto? ¿Cuántas veces ha sido detenido?

Lo había golpeado porque tenía cara de imbécil; no le gustaban los imbéciles.

Espinoza rio, pero Marcos permaneció serio. ¿De dónde lo conocía, señor Urrutia?; ¿por qué le parecía tan familiar? El hombre alzó los hombros y lo observó fijamente.

¿Y él qué chucha sabía?; si conociera a un tomo no habría estado encerrado toda la puta mañana.

Espinoza dejó el lapicero en el escritorio y se alejó un poco. Que se pusiera de pie, por favor. El detenido se incorporó y escupió en el suelo.

¿Quería pelear, tomo de mierda?; ¿eso quería?

El policía golpeó a Marcos en el rostro y este cayó al piso, con la nariz ensangrentada.

—No te daré lo que buscas —dijo Espinoza, al estirar los dedos y notar que sus nudillos estaban rojos. Marcos se tapó el rostro con las manos—. Aquí no lo vas a encontrar.

¿De qué mierda hablaba?; ¿qué mierda quería de él?

—No vas a encontrar a nadie que lo haga por ti —Espinoza buscó la libreta, arrancó una hoja y se limpió con ella—. Si quieres morir, ten las bolas de hacerlo tú mismo.

Marcos intentó ponerse de pie, pero sólo logró sentarse en el suelo. Aún le ardía el rostro y la sangre empezaba a pegarse en su barba. Escupió una

vez más y levantó la cabeza.

No quería morir; sólo quería que lo dejaran en paz.

—¿Y crees que en la cárcel te van a dejar en paz? —Espinoza apretó los dientes y caminó hasta la puerta—. Ahí tú no decides cuándo morir —Marcos finalmente logró ponerse de pie—. No creas que no recuerdo quién eres. Sólo porque ella te dejó solo no significa que tu vida se ha acabado. Olvídala y sigue tu propio camino —Espinoza abrió la puerta—. Ahora, lárgate. Regresa con tu familia. No quiero verte otra vez por aquí.

Marcos salió de oficina en silencio. Aún cubría su boca, pero la sangre parecía haberse detenido. El alférez lo observó desaparecer desde el umbral, con los brazos cruzados, y luego se dirigió hacia el escritorio de su secretaria.

—Borra todos los cargos de ese tipo —Espinoza trató de calmar el dolor en su mano—. Su nombre es Marcos Urrutia. No vale la pena perder el tiempo con él.

—¿Está seguro, señor? —la secretaria alzó el rostro, sorprendida, y su jefe asintió al mover la cabeza—. Ahora mismo lo hago, señor —la mujer volteó el rostro y chasqueó los dedos—. Por cierto, el general Flores llamó hace unos cuantos minutos. Espera que le devuelva la llamada.

Espinoza le agradeció, dio media vuelta y regresó a su oficina. Al caminar hacia su silla, notó que uno de sus nudillos aún estaba manchado. Se detuvo, cerró los ojos por un momento y volvió hacia el escritorio de su secretaria.

—Olvidé preguntarte cuando llegué —Espinoza había bajado la voz—. ¿Conseguiste los papeles que te pedí?

—Sí, señor. Aquí está —la mujer abrió uno de sus cajones y buscó una carpeta muy gruesa—. Es toda la información que hay. Revisé todas estas copias anoche y comprobé que cada dato es real. Hay nombres, direcciones, fotos y hasta un par de vídeos de la captura del 92 —el oficial recibió los documentos y sintió el aroma del papel.

—Gracias —dijo Espinoza, al sonreír—. Por cierto, cuando leíste todo, ¿alguno de esos nombres era Edelmiro Yupanqui o camarada Raúl?

Se sentía incómoda con aquellos zapatos y la dureza del asiento de plástico. La aguja larga del inmenso reloj parecía demorar más en volver a su lugar. El boleto de su mano se arrugaba entre sus dedos y las letras azules indicaban el nombre "Julia Venero". El lugar era muy grande, de techo alto y piso brillante. Las paredes estaban impecables y los tachos de basura estaban vacíos. Una mujer cruzó frente a ella con un par de maletas y un papel parecido al suyo en la mano. Traía un vestido blanco con rayas negras por debajo de la cintura y el cabello corto. Se sentó cerca, dejó el equipaje en uno de los asientos y volteó a verla.

—¿Viaja a estas horas para dormir por el camino? —preguntó la mujer, con voz suave y una sonrisa.

—Sí —respondió, al devolverle el gesto—. Así no me aburro tanto en el camino.

Es muy cansado. Y más con esos asientos tan pegados —la mujer estiró el brazo y le ofreció la mano—. Mi nombre es Lucero.

—Hola, soy Julia —estrecharon las palmas y notó que su acompañante repitió su nombre con extrañeza, y sin generar sonido alguno—. ¿A dónde viaja usted?

—Al norte, a Trujillo —observó el papel en sus manos y lo guardó en una de sus maletas—. Voy a ver a mi hijita. ¿Y usted?

—Al sur, a Tacna —notó que uno de los buses salía del terminal—. Iré a ver a mi hijo.

Lucero advirtió que la mujer no llevaba equipaje. ¿Había ido a Lima por trabajo?; ¿o a visitar la familia? Julia giró el rostro, dobló su boleto y soltó un suspiro. No, no; había ido por urgencias familiares; ¿y ella? Lucero respiró hondo, observó el reloj y sonrió. Negocios; su jefe la había mandado a que cerrase un trato con un empresario. Se dio cuenta que su vestido tenía un rastro de polvo blanco y lo limpió de inmediato.

—¿Cuántos años tiene su hijo? —preguntó Lucero.

—Siete —replicó Julia, luego de pensar por un momento—. Ya está grande.

—Los niños crecen más rápido ahora —Lucero mojó sus labios—. Mi hija ya va a cumplir cuatro años —cerró los ojos y la sonrisa desapareció de su

rostro—, y es la más alta de su salón.

—Sí, también son cada vez más inteligentes —la voz de Julia era lenta, como si no conociera las palabras que decía—. Créame, yo aún no me acostumbro a la nueva moneda, pero mi hijo ya no extraña para nada a su nido —sonrió—. Recuerdo que yo quería quedarme ahí por siempre, en vez de seguir con la primaria.

—Se adaptan mejor —Lucero inclinó la cabeza y se acomodó el cabello detrás de la oreja—. Creo que no se apegan a las cosas tanto como nosotros.

—Pero usted es muy joven todavía —Julia bajó la mirada—. Cuando tenga treinta y cuatro, como yo, verá que la vejez llega más rápido que los números.

—Pero aún es joven —Lucero observó el reloj, impaciente—. La edad es lo de menos.

Ambas mujeres notaron que un bus había llegado a la estación. El reloj aún no marcaba la hora de salida que indicaba el boleto y Julia dudó en despedirse. Creía que ese era su bus; en esa dirección salían hacia el sur, ¿no? Lucero volteó el rostro y pensó en su respuesta por un instante. Quizás; de repente si le preguntaba a alguno de los trabajadores se aseguraba de no equivocarse. Julia lo pensó por un momento, verificó la hora, el nombre en el boleto y se despidió con una sonrisa. Que tuviese un buen viaje; y que cuidase muy bien a su hijita. Lucero cruzó las piernas y abrió una de sus maletas. Igualmente; que ella también cuidase de su pequeño.

Avanzó entre las puertas de vidrio y se detuvo al final de la columna de pasajeros que subirían al vehículo. Cuando le tocó ingresar, saludó a la persona que verificaba los pasajes y le entregó el papel que tenía en las manos. ¿Ese era el de las nueve y treinta para Tacna?; ¿o aún no llegaba? El operador observó su boleto y respondió que aquel bus iba para la ciudad sureña.

Subió las escaleras y buscó el asiento indicado. Sintió que los pocos pasajeros la observaban como si la hubiesen visto antes, pero se repetía a sí misma, en voz baja, que nadie la conocía. Veintidós, veintidós, veintidós. El número estaba escrito con una tinta gruesa sobre el indicador de los asientos. Veintiuno y veintidós. Se sentó al lado de la ventana y se quitó la chompa. Sentía que los zapatos le quedaban demasiado sueltos y que los pantalones le ajustaban en la cadera. Notó que nadie ocupaba el sitio de al lado y reclinó el suyo. Pensó en dormir hasta llegar a su destino y en cómo se vería su hijo, en cuánto habría crecido en esos tres años. Cuando el bus empezó a moverse, Julia jaló un poco la cortina, buscó a Lucero entre las personas y notó que la mujer se tapaba el rostro al leer

un libro.

¿Alguna vez le hablaría?; habían pasado más de tres meses y nunca le había dicho ni una sola palabra; ni siquiera cómo se llamaba.

La niña observaba a Julia y sonreía sin mostrar los dientes. Caminaba por la casa y jugaba con los adornos del árbol de navidad que Marcos había armado. Le mostró su muñeca de trapo, cuya cabeza estaba a punto de descoserse, y consiguió un ligero suspiro de la mujer que vestía un pijama.

¿Dónde la había visto antes?; ¿dónde la había conocido?; ¿dónde?

Buscó el collar que le había regalado su madre y sintió las formas de la plata. Lo tapó con una mano sobre el pecho y se percató que la niña ya no sonreía.

¿Julia?

Cerró los ojos y notó que había vuelto a la casa abandonada. Subió las escaleras, vio la luz sobre la pared y escuchó tres voces que le parecían conocidas.

—Tienes que matarla —dijo la camarada Camila, al alzar la voz—. O muere ella, o mueres tú también.

—Yo puedo matarla —dijo el camarada Gustavo, con voz rasposa y una sonrisa—. No será muy difícil —giró el rostro y le sonrió al hombre que recibía las órdenes.

—Tú ya hiciste suficiente —dijo el camarada Raúl, con los ojos inyectados—. Mataré a la mujer y luego me encargaré de ti.

—¿Estás seguro? —el camarada Gustavo soltó una carcajada—. ¿Estás tan desesperado por irte con ellos?

Julia escuchó un golpe contra el piso y el forcejo de dos personas. Bajó las escaleras rápidamente y, de pronto, la voz de la mujer generó un silencio

en el segundo piso. ¡Basta!; ¡ya había sido suficiente! Se detuvo en los escalones finales, levantó la cabeza y se aseguró que ninguna sombra se estaba acercando.

—Estará muerta o tú lo estarás —dijo la camarada Camila, al señalar al camarada Raúl con el índice.

—Lo estará... —dijo el camarada Raúl—. Lo haré. Lo prometo.

—Bien —la voz de la mujer se suavizó—. Nos veremos aquí dentro de dos semanas, a la misma hora. Para entonces, cada uno habrá terminado con su delegación.

¿Julia?

Giró el rostro, sorprendida, y vio que Marcos estaba frente a ella. ¿Se sentía bien? La besó en la mejilla y esperó por una respuesta. ¿Recordaba quién era él? Julia dejó de tocar su collar, observó la pared coloreada y tanteó debajo de uno de los cojines.

Recordaba haberla manchado cuando tenía siete años; nadie la había castigado, pero sí habían discutido mucho en esos días.

—Eras una niña —dijo Marcos, al sentarse a su lado—. No sabías lo que hacías.

No volteó a verlo, cruzó los brazos como si tuviese frío y notó que la niña jugaba. Se quedó en silencio y ya no parpadeaba. Marcos se puso en cuclillas y le acarició una mejilla.

¿Julia?

—Siempre la defiendes —dijo su padre, sin mirarla—. ¡Nunca es su culpa!

—Es una niña —su madre sólo sonreía cuando volteaba a verla—. Sólo estaba jugando.

Fingía que no los oía, que no hablaban de ella y que su madre no bajaba la cabeza cada vez que él decía una palabra. Tocó su regalo en el pecho, pero no lo encontró. Lo buscó por todos lados, incluso debajo de la muñeca con la que jugaba, pero no apareció en aquel momento. Recordó que lo había escondido debajo de su almohada y de pronto notó que su padre se acercaba a la mujer, mientras esta retrocedía de manera instintiva.

—Nos va a ver —dijo su madre, temerosa—. Por favor, no —volteó a

verla, pero ya no sonreía—. Ella está aquí. Nos va a ver.

¿Julia?

Marcos levantó el rostro de la mujer delicadamente y notó que sus ojos se dirigían hacia él, pero no lo veían. ¿Estaba bien?; que le hablase, por favor. Al no tener una respuesta, se frotó los párpados y se sentó junto a ella. Sin embargo, Julia aún observaba el horizonte, como si no estuviese a su lado.

Sí sabía lo que había hecho; quería verlo con sus propios ojos.

—¿Ver qué? —preguntó Marcos, al tocar la mano de la mujer.

Lo entendía; ahora lo entendía: lo había hecho para saber si en realidad la golpeaba.

—No pienses en eso —bajó la mirada y notó que las piernas de Julia temblaban—. Eso ya quedó en el pasado. No podemos hacer nada ahora.

¿Julia?

La mujer quitó su mano. Marcos suspiró y se tocó la frente. Sabía que no estaba sola, ¿no?; él estaba ahí para ella. Julia permaneció callada y sin observarlo. De pronto, la niña se acercó y movió la cabeza de lado a lado.

¿Cuánto tiempo había pasado en aquel hospital?; ¿tres meses?

Marcos asintió y volteó a verla. ¿Por qué lo preguntaba?; ¿recordaba más cosas? Los ojos de Julia ahora miraban hacia el suelo y veían a una persona que él no sabía que existía.

¿Le creería si le decía que había una niña frente a ella?

Marcos se percató que la mujer tenía el ceño fruncido y que apretaba los dientes. No había nadie más, amor; sólo ellos dos. Ella cerró los ojos y sonrió forzosamente.

Siempre se había sentido autosuficiente; siempre había sentido que si tenía alguien a su lado era por su propia elección y no porque lo necesitaba.

—Estoy aquí porque quiero, Julia —replicó Marcos, extrañado.

Había pedido la terapia de electroshocks porque no podía procesar que su mente no funcionaba correctamente; no podía entender que lo único en

que confiaba totalmente la había estado engañando por tanto tiempo.

Marcos permaneció callado. Recordó haberle pedido que cambiase de opinión, pero incluso la psiquiatra había estado de acuerdo con ella. "Atacó a una de las enfermeras", le había dicho, "tiene esquizofrenia paranoide y nos ve como si fuéramos amenazas". A pesar de negarse rotundamente a que Julia tuviera ese tratamiento, había ingresado a su primera sesión al siguiente día.

¿Julia?

De nada habían servido esos tres meses; aún veía cosas y personas que no existían, y sólo había roto aún más su mente; no ganaría, nunca ganaría; no importaba cuántas pastillas tomase; la niña nunca se iría.

—No sabemos eso —dijo Marcos, al ponerse de pie—. Pero yo soy real y estoy aquí, como lo estuve antes que ocurriera esto. Sólo confía en mí.

Besó a la mujer en la frente y acarició su rostro con el pulgar. Era hora de su pastilla; iría a buscar un vaso con agua. Julia volteó con los ojos llorosos.

—Regreso en un momento —dijo Marcos, al fingir una sonrisa.

Se dirigió a la cocina y desapareció de la vista de la mujer. La niña mostró su muñeca y la dejó caer. Julia se frotó los ojos y tanteó nuevamente debajo del cojín.

Nunca le diría por qué estaba ahí; no había razón para hacerlo.

Sacó su mano de la almohadilla y le mostró un cuchillo de cocina. La niña se alejó y empezó a llorar. Se observó en el reflejo del metal y notó que había perdido mucho peso en aquellos tres meses.

Era un fantasma de sí misma; era como ella, una niña que no pensaba, que no existía; que nadie realmente quería.

¿Julia?

Bajó el cuchillo y lo colocó sobre sus piernas. La pequeña dudó por un momento y luego se acercó para recoger su muñeca. Julia notó que el juguete ahora tenía un agujero y que el algodón manchaba el suelo. Marcos regresó a la habitación y se percató del cuchillo.

—¿Qué haces con eso?! —tragó saliva y dejó caer el vaso al suelo.

Lo que se debía hacer; lo que se hace cuando algo ya no servía; su

decisión.

¿Julia?

La niña abrazó a su muñeca tan fuerte como pudo, Marcos trató de detenerla, pero Julia sonrió tristemente. La mujer cogió el cuchillo con ambas manos y lo clavó en su pecho. La sangre manchó el pijama y la mano de plata, como el algodón manchaba el suelo. Marcos gritó desesperado, pero no pudo detener la hemorragia.

Sentía frío; se sentía liberada; ya no sería una carga más.

Frío; sentía frío.